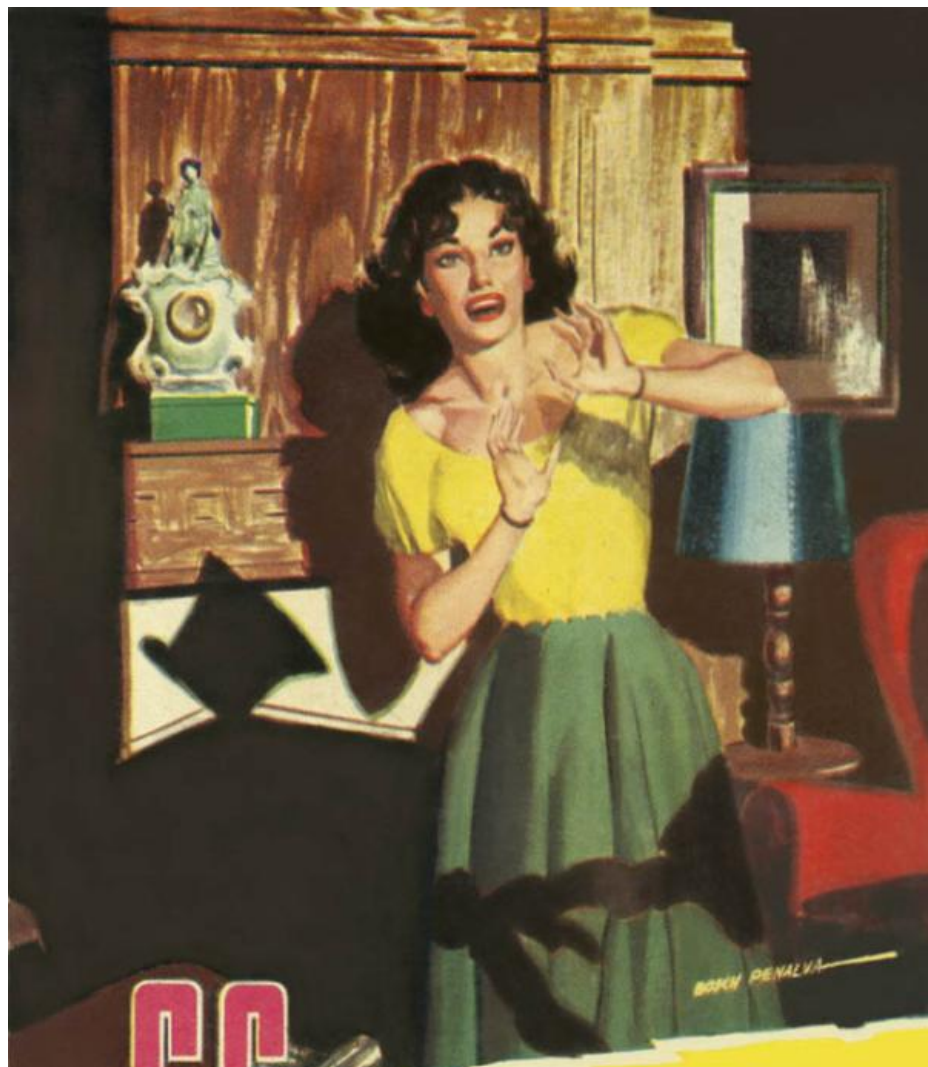




SS

**SERVICIO
SECRETO**

CHARLES MITCHELL
**EL CANTO
DEL HACHA**

EL CANTO DEL HACHA

CHARLES MITCHELL

EL CANTO DEL HACHA

1.^a EDICIÓN
JULIO-1953



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

219. — Ellos los muertos. 224. — Un cadáver a medida. 228. — Diez centavos por su piel.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecte, 2 - Barcelona**



*Arma bella desnuda y pálida,
de cabeza arrancada de las entrañas de la madre,
con tu carne de madera y tu hueso de metal,
Tu único miembro y tu labio único,
tu hoja azul gris fraguada al rojo...*

(Del «Canto del Hacha»)

Poema de WALT WHITMAN

PRÓLOGO

Cerró el diccionario depositándolo nuevamente en la librería, repasando en su imaginación las palabras leídas: «Hacha bipenne; de doble corte y muy temible...»

La luz de la lámpara de cuatro brazos suspendida del salón, se proyectaba desigual y amarilla sobre los muebles caoba del recibimiento.

«Hacha bipenne... para destrozar los escudos del enemigo...»

Allí estaba, igual que en el dibujo, sujeta a la amplia panoplia de madera entre las dos armaduras de hierro oxidado. Se encontraba ahí, al alcance de su mano con los dos cortes afilados como dos perfiles de guillotina, destacando del resto de las armas con un brillo maligno en su pulimentada hoja.

Tuvo que izarse de puntillas para soltarla de su engarce, sintiendo el

contacto frío del arma traspasar el guante. Luego alzóla sobre su cabeza haciendo rebrillar un rayo de luz en la acerada superficie.

Así, contemplando el arma de cerca, pudo advertir incluso su cara reflejada en el metal. «Dios mío, cómo pesa», se dijo interiormente, y no pudo evitar la tentación de despojarse de un guante, para pasar suave la yema de su dedo sobre uno de los filos.

«Esto que acaricio es la muerte; el canto mismo de I? muerte... y tiene dos filos, dos muertes...»

El contacto helado del hierro, circuló como una bocanada de aire frío siguiendo el mismo curso que sus arterias: como un injerto de dos terribles potencias en una sola cosa. En un solo objeto.

Volvió a calzarse el guante, acariciando el mango con voluptuosa reverencia.

Arriba, Miss Linch cantaba la canción del «Pájaro Petirrojo»:

«... sus plumas eran de fuego,
igual que su amante corazón...»

Abandonó la sala, andando despacio por el angosto pasillo sumido en la penumbra. Ya antes de llegar a la cocina, pudo advertir una respiración jadeante, acompasando el murmullo de una bayeta al deslizarse contra el suelo. Dobló el último recodo, entrando en el cono iluminado dimanante de la cocina.

Una mujer, de espaldas a la puerta se arrodillaba al lado de un cubo, apoyada sobre sus manos, fregando los baldosines. La falda, descuidadamente alzada por detrás, dejaba al descubierto dos muslos blancos oprimidos fuertemente por unas ligas quizá demasiado estrechas.

Permaneció por espacio de unos segundos contemplando a la mujer, mientras experimentaba una sensación extraña. La fregona, absorta en su tarea, prosiguió afanosa, ignorando el deslizarse de unas suelas de goma tras ella. Ya casi encima, llamó a la mujer por su nombre, usando una voz suave; cadenciosamente lejana como el morir del eco:

—Dorry... ⁽¹⁾

La criada recogió con su mano izquierda un penacho de cabello color zanahoria, ladeando su cara para mirar sonriente. Tenía un rostro bello, de piel tersa y blanca como el color de sus muslos.

No tuvo tiempo siquiera para cambiar de expresión: lo último que vieron sus ojos en vida fue el filo pulimentado y brillante de un hacha surcando el aire con veloz precisión hacia la muerte.

Su cuerpo al caer volcó el cubo, derramando su contenido, que fue a mezclarse con un charco color bermejo.

En el piso alto, Miss Linch, a pleno pulmón, atacaba el estribillo:

... «y todos los pájaros lloraban:

¿Quién mató al feliz Petirrojo?»

CAPÍTULO PRIMERO

Sir Percival Macomber, quinto Barón de Blandford, Conde de Leicester, Caballero de la Orden de Saint-Albano, y otra serie de minucias que ahora no vienen al caso, se hallaba aquella noche en el «pub»^{(2)}} de «La Ballena Sin Dientes», contando sus tribulaciones al propio señor Jones, propietario del establecimiento, que, con los brazos en jarra detrás del mostrador de estaño, escuchaba a Sir Percy con el gesto entre aburrido y resignado, que se suele esbozar cuando la radio del vecino toca esa canción que no nos gusta.

El quinto Barón de Blandford, Conde de Leicester, etcétera... llevaba media hora de emotiva disertación en el instante que seguidamente transcribimos.

—¿Y quién si no yo te aconsejó lo que debías hacer para que además de *whisky* te dejaran vender «Irish Stew»^{(3)}} pagando una sola contribución?... Yo soy tu amigo, ¿no?... ¡Naturalmente!... te lo he demostrado. Yo no hago lo que otros... yo siempre demuestro las cosas. El mismo Lord Alcalde me suplicó un día... «Sir Percy, como el mejor abogado de todo el Imperio que es usted, tengo que encomendarle un delicado asunto en el cual están interesados ciertos reales personajes que...»

El señor Jones más conocido en su medio ambiente por «Whimper»^{(4)}} a secas, hizo una salvedad a Sir Percy, mostrando sus dudas sobre la autenticidad de tal encargo, dado el caso que si él tuviera o hubiera tenido algún asunto de semejante importancia no estaría ahora ejerciendo de inspector afecto a la plantilla de Scotland Yard.

—¡Cuestión de gustos, amigo Jones! —el Barón de Blandford no se inmutaba por tan poca cosa—. El caso es que yo a ti, si te he aconsejado como abogado, porque te considero mi amigo... y ser amigo mío no es lo mismo que serlo de «Bill el Chivo» o de «Hans el Polaco»... ¡y qué sé yo!... Por si lo ignoras, te diré que mi bisabuelo, Condestable de Farthingale...

Aquí el señor Jones tuvo ocasión de aprenderse por veinteava vez todo el entroncamiento de los Macomber, desde Eduardo el Confesor hasta el desembarco de Dunkerke, gesta esta última a cargo de Sir Percy en persona; más todo el interés que Jones podía sentir por la historia de la Gran Bretaña centrábase sola y exclusivamente en el Chelsea, equipo de

primera división de liga cuyos once componentes eran, para él, la única dinastía aceptable sobre la cual se asentaban la estabilidad y el honor de todo el Imperio. A pesar de ello, Jones no tuvo más remedio que reconocer lo relevante que sería Sir Percival si este no se hubiera empeñado en demostrar a la humanidad que un solo hombre puede gastar en cinco años todo lo que varias generaciones, excluido el pirata Domini Macomber, pudieran acumular a costa de no perderse una guerra por espacio de cinco siglos.

Al llegar aquí, Sir Percival, etc... creyó haber tocado por fin al tabernero en lo más escondido de sus sentimientos.

—... queda entonces bien entendido que yo soy un caballero... además de tu amigo. ¿No?

«Whimper Jones» hizo un gesto afirmativo de cabeza, pensando quizás en otra cosa, circunstancia que el elocuente noble interpretó a su manera.

—¡Claro que sí; tú mismo lo reconoces...! —en este punto la voz de Sir Percy se metamorfoseó en tierna súplica—...entonces, ¿por qué no me fías? Sólo un par de vasitos más; dos insignificantes cantidades de líquido, casi la proporción que se pierde mudando el *whisky* de las botellas.

Paseó golosamente su mirada por las estanterías repletas de frascos color ambarino, a espaldas del tabernero.

Jones, con una dialéctica que en contenido hubiera hecho llorar al más impertérrito centinela de Buckingham Palace, creyó llegado el turno para hablar del pan de sus hijitos, de las tres pagas anticipadas en *whisky* que ya le adeudaba Sir Percy, de aquel barril de Oporto que le salió agrio, de cierta hipoteca sobre el local, de las paperas de Jones «Junior» y de varias importaciones de extraños bacilos volcados sobre su familia, combatidos única y exclusivamente con el peculio particular de «Gimoteo Jones, esclavo del trabajo», y otras cuantas cosas más.

Sir Percival se estaba despidiendo del *whisky* cuando alguien a su espalda le chilló en la oreja:

—*Werry well!* Sólo he tenido que recorrer cuatro tabernas para encontraros, «Lord Bottle» ⁽⁵⁾. ¡Eso se llama tener suerte!

El aludido, de codos sobre el mostrador, hizo el mismo caso al recién llegado que el que prestaría un elefante a una pulga amaestrada. William Pinwell, inspector como Percy de New Scotland Yard, situóse al lado de éste, pasándole una mano por encima del hombro.

—Lo siento, chico, pero te llama al *Super* ⁽⁶⁾. Enjuágate la boca y deja algo de *whisky* para la exportación.

Sir Percy desvió su mirada de las estanterías, volviéndose a su interlocutor para declamar con malhumor evidente:

—¡No estoy para el *Super*! ¡No estoy para el Comisario Adjunto! ¡No estoy para ninguno de los Big Four! ⁽⁷⁾. ¡Ni siquiera para el Ministro del

Interior! ¡Y aunque me llamara el mismo Jack el Destripador por teléfono rogándome que le fuera a detener... *NO ESTARÍA!* ¡Hoy no tengo servicio, es mi día libre y yo soy un inglés libre, y si estallara la tercera guerra mundial, tendrían que valerse sin mí! — cortó su perorata en seco para, de repente, con la más esmerada de las cortesías, añadir distraídamente—: A propósito, déjame una libra.

La respuesta de William Pinwel fue para Percy notoriamente confusa:

—¡Escucha, Rey Arturo; puedo proponerte todavía algo mejor! Tú me das a mí siete de los veintisiete que me debes y así queda reducida la cuenta a veinte libras en números redondos.

Decididamente «hoy» era un mal día.

Entonces Pinwell tuvo un gesto enternecedor.

—Pon dos vasos, «Gimoteo» —dijo al tabernero.

—Sin prisa, amigo Jones —arguyó emocionado Sir Percy—. Puedes servirme primero uno y luego el otro.

—Uno de los dos *es para mí* — vióse precisado a aclarar Pinwell.

El gordo tabernero colocó dos vasos sobre el mostrador, separándolos convenientemente entre sí, para mejor orientar al héroe de Dunkerke sobre la propiedad del suyo.

—¿Qué quiere el *Super*? Hoy es mi día libre, no tengo servicio... no tengo, por tanto, obligación de...

—¡No, no, querido: ya me lo has contado una vez...! Tornóse repentinamente serio —. De veras, Percy; yo soy uno (si no el único) de los que, inexplicablemente, además de prestarte dinero, todavía te aprecian. No sé qué viento te ha traído desde Oxford hasta aquí, lo que sí puedo decirte es que si de verdad tienes interés por permanecer en el cuerpo debes tomar las cosas un poco más en serio.

—¡La culpa la tiene mi tío abuelo Harold Macomber! Ingresé provisionalmente... hace cinco años. Él tiene noventa... y el ataque de gota más benigno de toda la historia de la medicina. Si se lo propusiera podría hacer gimnasia en la barra fija y cruzar luego el canal a nado. *PODRÍA*, pero no lo hace... Por eso estoy yo aquí, ¿comprendes?

El señor Jones miraba al joven con ojos de búho, dirigiendo Percy a él lo que pudiéramos llamar «el golpe de efecto» de su conversación.

—¡Algún día pasaré por esta calle en carroza con la princesa Margarita y seguiré de largo sin detenerme a invitarle a un siempre vaso de agua! ¡La gente dirá de ti: «Ese es el pobre señor Jones, que *pudo* tener ocasión de haber sido Proveedor de la Real Familia»!

El señor Jones manifestó que a quién verdaderamente le hubiera agradado ver por su casa habría sido al delantero centro del Chelsea, y Percival comenzó a meditar si en realidad el señor Jones no sería filocomunista.

—¡Andando, Percy: el *Super* debe estar ya echando las muelas!

El aludido alzó su vaso antes de beberlo, como en realidad corresponde a un noble de reglamento. Seguidamente dijo un «De qué se trata», como podía haber brindado por la Commonwealth.

—No lo sé exactamente — respondió Pinwell —. Una parienta a la que han abierto la cabeza con un hacha, en Lisen Street.

Percy suspendió su recién comenzada libación, inquirendo con visible extrañeza:

—¿Lisen Street...? — luego reanudó con avidez la ceremonia de vaciar el vaso, ante el posible fenómeno de una evaporación.

—Sí, no estoy seguro. La chica se llamaba Dorothy o algo así, y era sirvienta en el número diecinueve. Pero eso ya...

El *whisky* ingerido por Sir Percy tuvo un momento de indecisión en cuanto a su trayecto en la mitad exacta de la garganta, hasta que por fin, merced a esa norma invariable que rige toda clase de emociones, optó por salir estrepitosamente al exterior, manchando las solapas del traje de inspector de William Pinwell. Fueron unos minutos de tos violenta, a los que el señor Jones puso caritativo fin añadiendo un vaso por cuenta de la casa.

Pinwell, sin dejar de darle palmadas en la espalda, dijo compasivo:

—Eso es *delirium tremens*, chico. Tú ya no puedes ver el licor ni en letra impresa.

—¡Has dicho Lisen, diecinueve...!

Su compañero le miró sin comprender.

—Sí, pero... ¿se puede saber qué es lo que ocurre?...

Sir Percy apuró la última gota de su vaso, oprimiendo el vidrio como si fuera un limón.

Luego dijo simplemente:

—Yo vivo allí.

CAPÍTULO II

Los estudiantes de las Universidades suelen dividirse en dos clases: los que estudian y los que hacen gimnasia. Percival Macomber, para honra del historial remero de Oxford, se contaba entre estos últimos.

Desde el suelo hasta el extremo más alto de su cabeza contaba casi dos metros de admirables músculos. Su cara le recordaba al Superintendente Hogarty (Richard Hogarty) la del individuo «ése», con taparrabos, que suele interpretar las películas de Tarzán de los Monos.

Sentado a su lado en el coche que les conducía a Lisen Street, el *Super* hacía la pregunta de por qué encontraría agradable la personalidad de este sujeto, que solo parecía vivir para heredar a sus antepasados, en beneficio exclusivo del gremio licrero de toda la nación.

—... no me va a gustar ver a Dorothy «así». «Sé que no me va a gustar». A fin de cuentas hoy era mi día libre. *Yo no tenía por qué...*

—¡Cuando tenga interés por saber sus gustos particulares, se lo preguntaré, INSPECTOR MACOMBER!

El Superintendente recalcó lo de «Inspector», delimitando bien las vueltas que puede dar el mundo en un ciclo comprendido desde Eduardo el Confesor hasta nuestros días. De todas formas, Sir Percy continuó pensando en lo poco que iba a disfrutar viendo a la pobre Dorothy muerta.

Richard Hogarty dijo algo sobre lo cual no se le había ocurrido explayarse antes.

—Le he elegido precisamente a usted por saber que habita en la pensión. Conoce a todos los hospedados. La muchacha fue muerta en la cocina cuando estaba fregando, hará escasamente una hora. Nada parece haber sido robado, ni allanada aparentemente la casa. Existe un noventa por ciento de probabilidades de que el asesino habite en la pensión.

—Lo siento por Mamá Jelly⁽⁸⁾ —dijo Percy, después de permanecer callado durante un buen rato.

En la pensión «San Patricio» nunca había reinado mayor desconcierto, exceptuando el día en que a Mamá Jelly le extirparon la vesícula biliar.

Cuando el Superintendente Hogarty hizo su entrada acompañado de todo un ejército policial, cada uno de los pensionistas concentrados en el salón parecía meditar con vistas al futuro.

Sir Percy, como si pretendiera justificar su presencia entre los

componentes de la invasión policial, dijo al fin:

—Buenas noches, amigos.

Miss Linch, solista de arpa en la Filarmónica, estrujó contra sus párpados un humedecido pañuelo de encaje, musitando, quizá por enésima vez un «¡Ha sido horrible!». Mr. Relheight, con su bigote cano engomado y su severo porte militar (personal aditamento éste que, según Mr. Fosserit, no habían podido quitarle con el retiro), hojeaba un tomo de ejemplares encuadernados del «The Illustrated London News», pasando las páginas como si solo pretendiera abanicarse con ellas. Mrs. Herbertway, viuda, taquillera del «Pleyel», suspiraba entrecortadamente, sentada en el diván ante la chimenea victoriana, haciendo estremecerse su cuerpo regordete. A su lado, el contable Nicolás Blummer, con sus casi sesenta solícitos años, acariciaba una mano de la mujer, intentando tranquilizarla en voz baja.

El Superintendente Hogarty dejó resbalar una mirada panorámica sobre los presentes, continuando su camino hacia la cocina con intuitivo olfato de sabueso, seguido por William Pinwell y todos los demás componentes del destacamento.

Sir Percy fue perdiendo terreno hasta quedarse rezagado en el salón.

—¡Ha sido horrible! —Miss Linch era de imaginación bastante comedida. Así se lo manifestó Thomas Fosserit, dejando de hacer solitarios sobre la mesita de *bridge*, sin despegar de la comisura de sus labios un humeante cigarrillo.

—¡Por Dios, ya nos lo ha dicho varias veces, Miss Linch! Porque usted se lamenta nadie va a componer de nuevo la cabeza de esa pobre chica...

—¡Déjela que llore! —intervino Percival—. Cada uno es libre de hacer lo que mejor le venga en gana.

El aludido miró a Macomber con los ojos entornados, a través de la cortina de humo de su propio cigarro.

—*Well!* No se me había ocurrido pensar que en este caso tenemos la policía a domicilio.

—No me hace usted ninguna gracia, Fosserit —cortó agriamente Sir Percy—. ¿Dónde está Mamá Jelly?

—Está arriba. Fue ella quien lo descubrió... —dio suelta a un suspiro tan profundo que pareció brotar de la suela de sus zapatos—. Tuvo un ataque de nervios... y ahora está acostada. Miss Elisabeth y su madre la están atendiendo...

Percival subió de tres en tres peldaños por la encerada escalera de roble hasta el primer piso de la casa.

Una mujer redonda y colorada como una porcelana se hallaba sentada en una silla estilo jacobino. Percival dirigióse a ella solícito.

—¿Se encuentra bien, Mamá Jelly?

La aludida hizo una señal afirmativa.

Su rostro esférico y sencillo de campesina de Stafford parecía pronto a romper en asustados sollozos que dejábanse adivinar por un tímido mohín de angustia. Habló con cariñoso respeto.

—Sí, Sir Percy; solo ha sido la impresión... ¡Pobre Dorry!

—¡Vamos, Miss Rusell, olvide eso! Está usted muy excitada.

Percival Macomber levantó la cabeza para fijar su atención por vez primera en las dos mujeres que a ambos lados de la silla acompañaban a la indispuesta dueña de la pensión.

La que había hablado era una joven de cabellos rubios rizados y el rostro de una dulce y apacible expresión. Junto a ella, una dama, ataviada con bata larga, semejaba un espejo donde se reflejara la cara de la primera con veinte años más de vida. Aun así, los rasgos de esta última mostraban cierta rigidez inexpressiva, en los que se adivinaba una dureza poco femenina.

Natalia Singleton hubiera resultado bella, de haberse conformado con su propia edad, prescindiendo de su excesiva preocupación por los polvos y las cremas faciales. Con una dicción que hubiera hecho palidecer de envidia a una actriz, dijo:

—Esto nos va a traer muchas molestias.

Sir Percival Macomber curvó los labios con desagrado queriendo decir algo; luego, pareció cambiar de parecer, para salir a continuación sin decir palabra.

* * *

En el piso inferior, el Superintendente Hogarty había comenzado los interrogatorios.

Se hallaban en el salón los mismos de antes, más Margarita, la doncella y cocinera en una pieza, con el rostro congestionado a causa de un reciente llanto.

Desde la cocina llegaba ruido de voces carentes de emoción, como las de cualquier grupo de tapiceros que estuvieran desesterando una habitación.

Las preguntas empezaron a brotar.

—Mr. Ralheight. ¿Dónde se hallaba cuando Miss Rusell descubrió el cuerpo de la sirvienta?

El aludido levantó su pálida cara del tomo de revistas para responder con voz tranquila:

—Padecía un fuerte dolor de cabeza y me hallaba en mi cuarto descansando. Al oír gritar a Miss Rusell bajé precipitadamente. Casi al mismo tiempo llegó Miss Lynch; de no haber acudido seguidamente Mrs. Natalie y su hija, me hubiera visto en un apuro para atender a las dos

primeras.

Miss Linch, sin dejar de llorar sentada en el sillón, asintió con la cabeza. Los ojos de Hogarty se posaron ahora en Thomas Fossarit, que, ajeno incluso a una explosión de carácter atómico que hubiera acaecido en el recinto, continuaba su solitario ante un cenicero repleto de colillas.

Un ruido de pasos descendiendo por la escalera hizo al *Super* volver la cabeza. Mamá Jelly, atendida por Elisabeth y su madre, bajaba al salón. La abatida actitud de la patrona hizo que Percival maldijera entre dientes.

El inspector ayudó a la dueña de la pensión, tendiéndole una silla que crujió bajo el peso de la mujer como si fuera a resquebrajarse.

—¿Miss Rusell? —saludó atento el jefe de policía—. Soy el Superintendente Richard Hogarty, de Scotland Yard. Le ruego antes que nada me disculpe sí, a pesar de su actual estado de ánimo, me veo obligado a molestarla con unas breves preguntas.

Miss Rusell dijo un sí resignado.

—¿Qué tiempo llevaba Dorothy a su servicio?

Mamá Jelly respondió con la voz característica del que ha llorado mucho o tiene un catarro nasal.

—Siete meses —hipó— aproximadamente. Vino recomendada por la agencia que me procura el personal en caso de necesitarlo. No tenía familia... y era una excelente joven, de moralidad intachable... muy trabajadora.

—Díganos, Miss Rusell, cómo descubrió el cuerpo de la infortunada Dorothy — el *Super* continuaba su interrogatorio.

—Antes de tropezarme con la pobre... en la cocina — tuvo un estremecimiento — había estado en el piso superior hablando con Miss Linch — ésta hizo un nuevo gesto afirmativo sin dejar de estrujar su pañuelo—. Luego subí a la buhardilla. Precisaba coger una esterilla para el cuarto de Mr. Fossarit. Pensaba cambiarla por la que él tiene a un lado de la cama; Mr. Fossarit tira sin querer los cigarrillos encendidos al suelo. Temo que algún día tengamos un incendio...

Macomber sonrió mirando indulgentemente a su superior.

—Miss Rusell... ¿cuántos huéspedes más tiene en la casa? —continuó preguntando el *Super*.

La aludida paseó la mirada por la habitación con la habilidad del granjero que hace recuento en su corral. Tras el primer golpe de vista dijo rápida:

—Faltan M. Andrés Deverguer, un caballero francés que ha sido célebre en su época, y Mr. Spiros no sé cuántos, un apellido griego que no consigo meterme del todo en la cabeza. Trabaja en una funeraria; es de esos que arreglan los muertos para que no huelan... o algo así.

—... Embalsamador —sugirió el policía.

Miss Russell asintió como si el superintendente acabara de acertar el primer premio de la lotería irlandesa.

—Ambos son dos perfectos caballeros. Sobre todo M. André, que es muy limpio...

Oportunamente hizo su entrada el propio M. André, andando sobre la alfombra del salón como si pisara el escenario de la Comedia Francesa. Era de estatura normal, aunque su elegante esbeltez le hacía parecer más alto. Vestía un traje gris de franela con chaleco de ante, sombrero de ala ribeteada y botines de paño amarillo crema. Todo ello disimulaba su vejez, amparado en una concienzuda labor de plancha y el digno semblante de su dueño, orlado con una perilla entrecana. Deverger prensó bajo su axila izquierda el bastón de caña, para quitarse unos guantes grises sobre los que, mirando cuidadosamente, podía advertirse algún cosido.

Dijo un «Buenas noches» que le condensaba muy a las claras como sabedor de lo ocurrido. Hogarty presentóse a sí mismo, haciendo escueta referencia de los últimos sucesos.

M. André tendió sombrero, bastón y guantes a Margarita, que tuvo que andar por lo menos tres veces el trecho que a Deverger le hubiera llevado el llegar basta el perchero.

—M. André, no le molestará si le pregunto dónde se hallaba hace hora y media... —preguntó el policía.

Deverger arqueó sus cejas, poniendo cara de Mefistófeles sorprendido. Luego estuvo rebuscando entre los bolsillos hasta que el propio Hogarty le ofreció su pitillera.

—Esta tarde he estado en el Covent Garden presenciando «Lucía de Lamermoor». Después he venido despacio, dando un paseo hasta aquí; un día sin niebla en esta tierra de ustedes es tan tentador como lo sería una nevada en el desierto del Sáhara.

Mostró una entrada utilizada, que el superior de policía se introdujo en el bolsillo después de consultar la fecha. El francés encogióse de hombros, yendo a sentarse bajo una panoplia con armas de época.

Dos hombres portando una camilla con un bulto cubierto por una manta color ceniza atravesaron por el centro del salón hacia la puerta de salida. Hubo quien tosió nerviosamente, oyéndose el llanto contenido de alguna mujer. Fosserit dejó de jugar a las cartas para seguir con la vista el tapado cadáver, hasta que la comitiva, precedida por varios individuos con aspecto aburrido, traspuso la puerta. Al grupo del salón se sumaron el inspector Pinwel, más tres hombres con impermeable azul.

El *Super* dirigióse ahora a la regordeta Mrs. Herbertway.

—Mrs. Herbertway, ¿qué puede decirnos que nos sirva de ayuda?

La aludida miró a su acompañante del diván, Nicolás Blummer, con el mismo gesto entre mimoso y tímido con que un niño, miraría a su padre

antes de enseñarle las notas obtenidas en la escuela. El calvo Mr. Blummer dióle dos cariñosas palmaditas en la mano, que entre otras muchas cosas, podían significar: «¡Valor, querida amiga, mucho valor!»

—Si lo que desea saber, señor Superintendente Mayor — lo de Mayor lo añadió por su cuenta—, es qué hice esta tarde, le diré que soy taquillera del Pleyel. Acabado mi turno, Mr. Blummer, que trabaja casi al lado, tuvo la gentileza de venir a recogerme — dirigió una mirada agradecida al contable, quien restó mérito a su acción con una modesta bajada de párpados; Mrs. Herbertway prosiguió—: Luego vinimos hasta aquí dando un paseo.

—Muchas gracias, Mrs. Herbertway.

Seguidamente preguntó a Miss Linch, quien manifestó haber estado en su cuarto rebuscando en su baúl de música la partitura que habría de interpretar en el arpa con motivo del próximo concierto. Al oír los gritos de Miss Rusell bajó hasta la cocina. Aquí, su declaración se perdió confusa en una verdadera orquestación de lágrimas.

Natalia Singleton y su hija Elisabeth hallábanse igualmente en sus respectivos cuartos. El resto de sus manifestaciones coincidía con lo dicho por los demás moradores de la casa al ocurrir el hecho.

Richard Hogarty fue a situarse ante la mesita en que Fosserit jugaba con los naipes.

—¿Puede decirnos a qué se dedica, Mr. Fosserit?

Este, antes de contestar, apagó su cigarro contra el montón de colillas, mirando al policía de pie ante él, como si fuera el hombre de Scotland Yard quien en realidad estuviera declarando.

—Soy agente de ventas. «Lamson Paragon y Co. Limited»; papeles continuos y sistemas de organización. Casas filiales en las cinco partes del globo —añadió perezosamente—. Esta tarde estuve con una dama. No espere que le diga quién es ni dónde vive. Cuestión de principios.

Hogarty fue a preguntarle algo, cambiando repentinamente de parecer; el otro le sostuvo impasible la mirada.

—Lo siento, señores —dijo roncamente el *Super*—, pero tengo que registrar la casa, incluidas las habitaciones de todos ustedes.

Sir Percival Macomber, contrariamente a los preceptos de su buena educación, vióse obligado a hablar en voz queda al oído de su superior. Este, una vez que hubo acabado el joven, miró hacia la panoplia de armas al fondo del salón, bajo la cual se hallaba sentado André Deverger. Ambos hombres avanzaron hasta situarse frente a los diversos trofeos. Se observaba en su centro claramente la falta de un arma, que rompía la simetría del conjunto. Percival dijo ahora en voz alta:

—Es un hacha de doble filo. Hace juego exacto con la otra que está a su lado. Fue utilizada por los francos, y era muy temible...

El Superintendente inquirió al joven con extrañeza—: ¿Está seguro de que la que falta es igual a ésta?

Con el dedo señalaba el hacha reluciente, concretando su atención sobre el arma con que se pudo cometer el asesinato, sin mostrar el menor interés por la historia. Sir Percival vióse obligado a aclarar con cierta desgana sus fundamentos.

—Muchas cosas de las que hay en la casa son de mí propiedad —miró hacia Mamá Jelly como disculpándose por verse en la necesidad de decirlo—. Miss Rusell, en vida de mi padre, estuvo a nuestro servicio en casa durante muchos años. Luego ella puso esta pensión para ayudarse a vivir después que yo... bueno, conserva algunas cosas mías. A mi regreso a Inglaterra decidí hospedarme aquí, mejor que en ningún otro sitio.

Al Superintendente Hogarty tampoco parecía interesarle la historia particular de su subordinado. Como si se tratara de encontrar una bomba de relojería, dijo a los silenciosos policías que poblaban el salón:

—¡Inspector Pinwel: registren todo, incluido el jardín de la parte trasera, hasta que encuentren un hacha igual a ésta! —señalaba el lugar vacío en el tablero, junto al arma gemela, con el brazo estirado—. Ustedes, O'Connor y Fisher, intenten sacar posibles huellas en el perímetro aproximado donde debía hallarse el arma.

Los policías se diseminaron por la casa. Percival se disponía a ir tras ellos, cuando la voz del Superintendente le detuvo.

—Usted quédese aquí, Macomber.

Quedóse recostado contra el barandal torneado de caoba donde comenzaba la escalera. Ahora que nadie hablaba, el ambiente del salón se notaba áspero y denso, como si la niebla de todo Londres se colara por la chimenea.

La afligida Miss Rusell, sobresaliendo su bien dotada humanidad por los lados del asiento sobre el cual reposaba, sugirió débilmente al Superintendente Hogarty:

—Mr. Inspector, ¿podría la doncella ir haciendo sus cosas? Tiene que preparar la cena.

El referido «Mr. Inspector» miró a la obesa regente de la pensión Lisen con el mismo asombro con que contemplaría a su bisabuela en caso de descubrirla en un solárium poniéndose morenas las piernas. Dijo confusamente:

—... Eh... bueno... ahora mandaré a ver si han acabado ya en la cocina... no hay inconveniente, claro... si es que ustedes quieren cenar.

—Gracias, Mr. Inspector...

—El señor es Superintendente, Mamá Jelly —intervino Percival.

—Perdón, Mr. Intendente; se trata de Mr. Spiros; no creo que tarde en llegar.

Hogarty arqué los hombros, enviando a uno de los hombres a la cocina. Oculta en la penumbra del pasillo, descubrió a Margarita, la cocinera.

—Pase, pase... —la otra obedeció tímida—. ¿No estaba usted en la casa cuando ocurrió el... el accidente?

Era puro formulismo. Él mismo encontró ridícula la pregunta. La cocinera balbuceó a medias que hoy era su día libre, circunstancia por la cual había permanecido toda la tarde con su novio.

Pinwel, destacado en la cocina, regresó en compañía de dos hombres más. El registro y la toma de huellas estaba infructuosamente acabado.

—Ya pueden pasar a la cocina... aunque supongo que tendrán que baldearla.

La cocinera se adentró en el pasillo con el mismo recelo que si traspusiera la frontera rusa.

En el piso alto sonaron pasos apresurados. Percival Macomber levantó la cabeza en dirección a la escalera, para advertir en la obscuridad de los primeros peldaños la sombra de dos agentes descendiendo apresuradamente. Uno de ellos, portaba en la mano un bulto que al principio no pudo distinguir.

El superintendente avanzó hasta el pie de la escalera para coger entre sus dedos la toalla manchada en sangre. El policía murmuró al jefe algunas palabras, que pese a la proximidad de Macomber, no fueron siquiera audibles para éste.

La densa atmósfera del salón se hubiera podido cortar ahora como un pastel de manzana. El superintendente Richard Hogarty, abarcó con la mirada todo el área de la habitación, creando intencionadamente una tensión insoportable; luego dijo fríamente, con voz impersonal, como el jurado que lee la notificación de una sentencia de muerte:

—Mr. Ralheigt. ¿Tiene usted por costumbre dormir con un hacha debajo del colchón?

Al decir esto, desenvolvió el paño todavía con sangre húmeda, dejando al descubierto un arma gemela a la sujeta en la panoplia.

Era un hacha todo metálica con dos cortes exactos a cada extremo de su hoja. En uno de sus filos podían advertirse, a distancia, descriptivas manchas rojizas, irradiando algo intangible y patético como si el arma fuera la muerte misma...

El aludido irguió su porte militar lanzando un respingo, como si dentro suyo se hubiera movido el cerrojo de un fusil.

—¡Conteste, Mr. Ralheigt!

Y Mr. Ralheigt contestó con un potente rugido, volviendo a caer tambaleante en el sillón.

CAPÍTULO III

El militar, hundido en la butaca con la cabeza oculta entre sus dos manos, jadeaba dificultosamente igual que un atacado de disnea. De repente pareció recobrar todo su aplomo, irguiendo el busto para mirar al Superintendente con entereza.

—No sé qué hacía eso debajo de mi cama; cualquiera pudo colocarlo.

Pese al firme acento, la piel de su rostro era blanca cual un paisaje navideño.

El superior de policía parecía querer horadar con las pupilas el cerebro del otro, mirándole fijamente a los ojos. Dio una orden a los agentes sin separar su vista de Mr. Relheight.

—Tomen las huellas dactilares de todos; comprueben también si tiene algunas el hacha.

Con el entrecejo fruncido, fue a unirse al grupo de sus hombres, que sobre una mesa de roble, al otro extremo de la habitación, manipulaban cuidadosamente con el hacha, preparando a un tiempo una especie de tampón.

—Señores, ¿tienen la amabilidad de ir pasando por aquí?

Habló el Superintendente de pie junto a la mesa en que se hallaban los utensilios de dactilografiar. Dos policías, a su lado, aguardaban pacientemente con aire de celadores de algún cepillo parroquial, dispuestas varias cartulinas blancas sobre la mesa como si fueran estampitas.

Entonces hizo su entrada Spiros Gregoropoulos, andando con pasitos menudos y examinando la concurrencia de la sala con la misma dormida expresión con que suelen mirarse los postes del telégrafo desde un ferrocarril en marcha.

Percival se adelantó hacia él, haciendo su presentación al Superintendente Hogarty.

—Este es Mr. Spiros Gregoropoulos — el griego, en posición de firmes, saludó con una inclinación de cabeza—. Mr. Spiros, no sé si tendrá usted conocimiento de ello, pero ha ocurrido un lamentable... accidente: Dorothy, la sirvienta, ha muerto... o mejor dicho, la han asesinado. Este es el motivo por el cual está aquí la policía.

El griego puso cara de asombro, rascándose la barbilla con unas uñas espesas y enlutadas. Habló algo en su idioma, volviéndose seguidamente a Macomber con cara contrita, como si correspondiera al policía recibir el pésame.

—Lo siento —dijo escuetamente.

Hogarty examinó fugazmente la figura de Mr. Spiros. Este era más bien delgado, y vestía un traje de un negro tirando ya a parduzco. Los cabellos le montaban por detrás de las orejas, colgándole hasta el cuello de la chaqueta, que por el roce de la grasa parecía de charol. Guiñaba continuamente los ojos en tic nervioso, absorbiendo a un tiempo por la nariz, grande y llena de espinillas, en absoluta contradicción con lo que se entiende por una nariz griega. Hogarty se dijo que ni aun sumergiendo al hombre en una piscina de esencia, habríase conseguido quitarle el penetrante olor a formaldehído ⁽¹⁹⁾ que emanaba del griego.

—Deseo que me diga con exactitud dónde y qué se hallaba haciendo a las seis y media.

El griego rascóse la encrespada cabellera, llenándose el pantalón de diminutas partículas de caspa.

—Puede que fuera a esa hora aproximadamente cuando empecé «lo de Mr. Corelli» —miró al policía como sí, al llegar aquí, le extrañara la pregunta. Se mordió una uña, prosiguiendo: Trabajo en la casa de Pompas Fúnebres «Nicholson Brothers». Creo que a esa hora que usted dice me hallaba embalsamando a Mr. Corelli. Un buen trabajo, desde luego, pero me ha llevado bastante tiempo. Tenía usted que haber visto a Mr. Corelli cuando lo llevaron esta mañana después que lo atropellara la motocicleta; hasta hace media hora he permanecido con él. El parietal derecho...

—Bien... bien, Mr. Spiros. Pero deseo saber si durante ese tiempo alguien estuvo con usted.

Gregoropoulos miró al jefe de policía un poco molesto.

—No sé si bajó alguien al sótano dónde está el depósito de embalsamar. —Mr. Spiros intentaba hacer memoria—. A las siete se va todo el mundo del establecimiento y sólo queda un guarda para los recados. Cuando acabé de «arreglar» a Mr. Corelli, salí por la puerta trasera; me coge más cerca del metro — con esto pareció haber agotado su interés por la difunta Dorothy, y las infortunadas circunstancias de su muerte —. ¿Han cenado ustedes ya, Mr. Macomber?

El Superintendente Hogarty con la piel de su rostro roja como si tuviera sarampión, dijo airadamente.

—*¡Good Lord!* Creía que estábamos hablando de un asesinato.

El griego miró al policía con la prudente actitud del que contempla a un loco. Sir Percival creyó oportuno intervenir.

—Mr. Spiros está acostumbrado a ver muertos todos los días.

Mr. Spiros también acostumbraba invariablemente a comer todos los días, a juzgar por su insistencia al requerir nuevamente:

—¿Han cenado ustedes ya, Miss Russell?

El jefe de policía levantóse de su asiento, como si entre otras razones, el olor a formaldehído hubiera dado por fin al traste con la feliz digestión de su merienda. Miss Russell dirigióse hacia la cocina seguida del embalsamador.

—Ese animal lleva la podredumbre consigo. Es toda una institución de pompas fúnebres con las uñas sucias.

Natalie Singleton tiró su cigarrillo a medio consumir entre los leños de la chimenea, haciendo al decir esto una mueca de asco y desprecio.

—¡Inspector Macomber!

Desde el otro extremo de la habitación el Superintendente llamaba. El requerido atravesó la estancia en tres zancadas.

—El hacha tiene unas huellas bastante claras, exactas a otras halladas en la panoplia de armas... que no coinciden con ninguna de las tomadas a los presentes. Falta solo el griego: tráigamelo.

Mr. Spiros comía sobre la mesa de la cocina, inflados ambos carrillos hasta deformar aparatosamente su cara. Mamá Jelly, en compañía de la criada, freía algo en una sartén. La patrona se hallaba a sus anchas atendiendo a uno de sus pupilos.

—¿Puede venir un momento, Mr. Spiros?

El aludido tardó varios minutos en desocupar su boca.

—Enseguida acabo.

Percival hubo de explicarle lo apremiante de la orden, para que el embalsamador se decidiera al fin a abandonar el plato y seguir al detective.

* * *

—¡Inspector Macomber!

—Las huellas del Gregoropoulos «ese», tampoco coinciden.

* * *

A la una de la madrugada aproximadamente, el Superintendente Richard Hogarty comenzó a darse por vencido, anotando mentalmente el primer *round* en favor del asesino.

Mamá Jelly hizo su entrada en la sala con la cuarta jarra de café,

siendo como siempre, Mr. Spiros el primero en tender su taza.

En un rincón, juntas sus dos sillas, Mrs. Herbertway, cogida de la mano de Mr. Blummer, dormitaba respirando con ruido análogo al de una máquina, de mezclar cemento. Miss Linch, y Elisabeth Singleton, calentábanse ante la chimenea, en tanto Thomas Fosserit y el francés jugaban al póker con trocitos de cartón.

Mr. Ralheight, con la cara escondida entre las manos, parecía orar.

En ese instante, *Monsieur* André Deverger, con un *full* de jotas ases, apostaba el palacio de Las Tullerías contra La Cámara de los Comunes. Fosserit meditaba la jugada como si de verdad le doliera el perder tan histórico edificio en provecho de la libertina Francia. Tiró sus cartas para dirigirse al jefe de policía.

—Creo que han omitido el tomar unas huellas.

Parecía tan divertido como sí, merced a una buena baza, el Palacio de Las Tullerías acabara de pasar a su peculio particular.

Hogarty esperaba el menor pretexto para llevárselo detenido. Aguardó, empero, a que el jugador acabara de explicarse.

—Faltan unas huellas por tomar... las de Sir Percival Macomber.

Esta vez el quinto Barón de Blandford no contó hasta diez, y Thomas Fosserit describió tres «loopings» completos, con silla y todo, al impacto del puñetazo recibido en pleno mentón.

Súbitamente, el salón volvió a cobrar animación. El Superintendente Hogarty dudó durante unos instantes entre aplicar la rigidez del reglamento, o inclinarse por la comprensión humana, optando al final por no darse por enterado. No obstante, ordenó al joven que estampara sus huellas.

La tensión de todos los presentes, excepto la del propio Macomber, semejaba a esa expectación que suele despertar en los circos el número del trapecio. Incluso el propio Mr. Ralheight parecía seguir con minucioso interés los movimientos de los hombres encargados de la dactilografía. La expresión perpleja de uno de ellos, inflamó más la curiosidad general.

—Qué? —el Superintendente interrogaba desde el centro del salón.

Tras dudar un poco, el hombre respondió con voz opaca:

—Coinciden.

Y Thomas Fosserit, todavía sentado en el suelo, acaricióse suavemente la barbilla, como si el puñetazo recientemente recibido, fuera la caricia más delicada que le hubieran prodigado a lo largo de su vida.

CAPÍTULO IV

Sir Percival Macomber, quinto Barón de Blandford, abrió la boca para expresar consternado, cual si hablara consigo mismo:

—Sí... claro.

Pero lo dijo como si se refiriera al inconveniente de llevar mal planchada la raya de los pantalones. Por el contrario, el superior Hogarty, no parecía mostrarse muy a tono con los plácidos soliloquios del agente.

—¿Qué es lo que está claro...? —tronó.

—Perdón, señor. Había olvidado por completo que anoche mismo, durante la cena, mantuve una animada conversación con Mr. Ralheigt acerca de armas medievales; quizá alguno de los presentes lo recuerde... ¿no es cierto, Mr. Ralheigt? — el aludido, sumido en su constante gesto aletargado, movió de manera lenta la cabeza sujeta entre ambas manos —. Si mal no recuerdo, usted sostenía que ésa era un arma de origen britano. Luego salimos ambos aquí al salón, y consultamos el diccionario. Inclusive creo que yo descolgué el hacha y la tuve un rato entre mis manos.

Hogarty parecía furioso, hasta el extremo de atropellarse sus palabras al hablar.

—¿Y por qué no me lo dijo usted antes, Mr. Macomber?

El aludido se encogió de hombros con gesto impreciso, buscando un objeto o persona donde posar la mirada. El oasis fue la propia Elisabeth, todavía al lado de su madre junto a la chimenea, sonriéndole con aire protector.

—Ninguno de ustedes podrá abandonar Londres sin previa autorización. Serán requeridos nuevamente; no hace falta que les diga, señores, que las molestias a partir de ahora serán las menos posibles. No obstante las habrá, y algunas no muy agradables; también deben comprender que un criminal suelto es motivo suficiente para adoptar las más enojosas medidas. Eso es todo por esta noche... perdonen, y pueden retirarse —dijo Hogarty.

Todos comenzaron a ascender por la escalera, distanciados prudentemente, como si temieran recibir de improviso un hachazo en sus cabezas. Mr. Ralheigt con los brazos caídos y la cabeza gacha, remontaba los peldaños en último lugar, ofreciendo la fatigada estampa del alpinista

que, habiendo perdido su máscara de gas, escala el tramo más pesado de la ascensión.

—¿En qué está pensando ahora, Macomber?

—¿Eh...? ¡Ah, perdón, señor...! Meditaba en que uno de ellos... cualquiera, con el que yo comparto la mesa, puede ser un asesino...

—Yo puedo opinar lo mismo, incluyendo a usted...

—Sí, señor...

Y Macomber, al notar pastosa su boca, advirtió ahora que durante toda la noche había tenido una sed rabiosa.

* * *

Ya en su despacho de Scotland Yard, el Superintendente Richard Hogarty, se entretuvo en explicarle al honorable Sir Percival todo lo que pensaba de él.

El exhorto no fue muy largo, teniendo bien en cuenta que con las solas palabras de *vago, borracho e incompetente* puede expresarse mucho en favor de un individuo.

Luego le dio las buenas noches, según la particular interpretación de Macomber a la frase «Quítese de mi vista».

En la misma puerta de la calle le esperaba William Pinwell. El «Big-Ben» aporreaba en ese momento una segunda campanada.

—¿Hubo temporal, no?

Percival contestó a su compañero con un gruñido, buscándose algo infructuosamente en los bolsillos de sus pantalones. Al final musitó «dame un cigarrillo», que Pinwell introdujo amorosamente en su boca como si le ofreciera un chupete.

—Debo estar envejeciendo; de otro modo no me explico cuál es la razón por la que tu nefanda persona hace despertar en mí, instintos maternos.

—¡Pinwell, por San Cristóbal; bastante desgracia tendré con que me lleves hasta mi casa en tu piojoso coche!

—Conforme; no te diré nada. Posiblemente sea esta la primera vez en tu vida que te encuentres en una situación apurada sin ser del todo culpable. Quisiera poder ayudarte.

Abría en ese momento la portezuela de su deslucido «Austin», cuando Percival, solemne, le retuvo la mano.

—¿De veras, William...?

—De veras, Macomber.

—Entonces préstame esas cinco libras.

—¡Vete al diablo!

El Honorable tuvo que coger el coche casi en marcha, cuando el otro, sin esperar a que él entrara, desembragó y puso primera.

Rodaron por Oxford Street.

No había niebla que empañara la luz de las farolas, que se reflejaba en el suelo húmedo y brillante. Macomber bajó el cristal de su ventanilla, y el aire penetró en el coche, dándoles en la cara como una esponja bañada en agua fría.

—Ahora va en serio, guardia — Percival llamaba guardias a todos los que integraban la plantilla de New Scotland Yard, incluido el *Chief Comissioner of Police* ⁽¹⁰⁾ —. Yo no tengo la culpa de que a mí me surjan los asesinatos a domicilio.

Pinwell frenó el coche, haciendo que éste chillara como una vieja histérica y advirtiéndolo con ello a Percival que estaban frente a la pensión de Mamá Jelly. La calle parecía tranquila y desierta, a excepción de varias sombras situadas en las esquinas de la manzana.

—Hogarth ha puesto vigilancia, ¿eh?

El honorable Barón de Blandford hizo un ligero movimiento de hombros.

—¿Qué más vigilancia que yo, metido dentro de la casa?

Pinwell entornó los ojos.

—Envidiable servicio que te coloca al lado de una sílfide de pupilas celestes y silueta de gacela. ¿Cómo has dicho que se llama esa chica?

—Yo no he dicho nada, pero si te refieres a Elisabeth te advierto que pertenece a ese tipo de mujeres que para invitarlas a tomar el té, tienes que bailarles primero un anillo de compromiso delante de las narices.

—Merece la pena, ¿no crees?... Oye, ¿a qué se dedican ella y la madre?

—Elisabeth diseña figurines de modas; en cuanto a la madre percibe una pensión de viudedad, o por lo menos eso dice. ¡Y lárgate ya de una vez, porque quiero dormir!

Comenzó a ascender los peldaños de entrada, sonando a sus espaldas la voz de William Pinwell, singularmente prometedora.

—¿De veras necesitas esas cinco libras, Percy...?

Macomber desanduvo los escalones, esta vez de un solo salto.

—Prometo presentarte a la chica, Pinwell. A fin de cuentas no creo que a ella le hagan falta más de diez minutos para percatarse lo lejos que estás de ser eso que llaman «un hombre interesante».

A pesar de todo, el billete cambió de propietario con más velocidad por parte de Percival de la que es frecuente aún, en estos casos.

—Una última pregunta, Sir Percy... pero mírame a los ojos — su gravedad estuvo a punto de impresionar al Honorable—. ¿De verdad no eres tú el asesino?

—¡Si no te largas pronto, creo que sí!

—¡Vamos, Percy, sé buen amigo! Podrías alegar un motivo pasional; la chica no te hacía caso... comprende, eso me valdría a mí un ascenso, y a ti treinta libras al contado sin descontar lo que me de...!

Pinwell tuvo la pericia de saltar al coche en el momento justo que el otro le alargaba un furioso puntapié.

Luego, el Honorable Macomber penetró en la casa, lamentando muy sinceramente que un muchacho tan buena persona como William Pinwell no fuera por lo menos Caballero de la Orden de San Pancracio.

* * *

Percival se revolvió agitado entre las sábanas, intentando una vez más conciliar el sueño. Pese a que la temperatura de la habitación era notoriamente baja, sentía su pijama bañado en sudor. Maldijo en voz alta el insomnio, y su capacidad inagotable para contar corderos mentalmente.

Abajo, en el salón, el reloj sonó dando una media, que Macomber, de forma intuitiva, asoció a las tres, desistiendo al final en su idea obsesionante de dormirse para enfrentarse con sus pensamientos.

Hogarty, al hacer referencia del asesino, le había llamado «Mr. Hacha». La circunstancia de que éste pudiera albergarse en la misma pensión, alteraba su ánimo. De ser cierta la hipótesis, cualquiera de los moradores con los que diariamente hablaba sobre el tiempo o el rearme alemán, era un sádico cuya apacible apariencia exterior le hacía doblemente peligroso.

Pese a formar todos los pensionados entre sí un núcleo mal avenido, el detective intuía un «algo compacto», acorde, como el



Se arrodilló en una muda e inútil súplica

mecanismo aunado de dos ruedas dentadas girando hacia un mismo fin; fundiéndose en una misma fuerza.

Barajó, en su cerebro, los diversos componentes de la pensión «San Patricio», haciéndolos desfilar ante él, como una animada colección de fotografías.

Era un buen reparto, añadiendo, tal vez, a alguno de los personajes la doble y siniestra personalidad de «Mr. Hacha», un verdugo implacable carente de instintos humanos.

Percival dio media vuelta en el lecho, como si pretendiera ofrecer la espalda a sus ideas, consiguiendo con esto que parte de la ropa de la cama, se viniera al suelo. Masculló algo con acento desabrido, teniendo que encender la luz para ordenar su cobertor.

Luego, contrariamente a lo que habría hecho su abuelo, Harold Macomber, paladín de la guerra de los Boers, hizo girar la llave de la puerta, quedándose por ello rábidamente sosegado, hasta el extremo de oír como algo ya muy lejano, las siguientes campanadas en el reloj del salón.

* * *

«Mr. Hacha», desde su cama, pudo percibir, sonoras y espaciadas, las cuatro campanadas de referencia, suspirando con perezosa resignación.

«Válgame Dios; ya es la hora», se dijo a sí mismo. Luego, al tacto, estuvo buscando en la obscuridad sus zapatillas de fieltro.

Había dormido de un tirón desde que se marchara la policía, cosa que desde mucho tiempo atrás no podía lograr.

«Qué fácil ha sido...» —prosiguió monologando interiormente—. «Demasiado fácil... cualquiera puede hacerlo».

Tardó unos instantes en anudarse con esmero el cordón del batín y ajustarse los guantes. Seguidamente deslizóse con sigilo en dirección al salón.

La luz de la luna filtrábase en la despejada noche a través del montante de la puerta de entrada, proyectándose directamente sobre la panoplia de armas. Ahora el hacha desparejada, destacaba más sobre la pulida madera, brillando con reflejos azules.

«Mr. Hacha», tras de contemplarla unos segundos arrobadamente respiró con alivio. «Esta debí esconderla...».

Al contacto de sus manos enguantadas con el arma sintió nuevamente una peculiar excitación y rió... «¡Qué fácil es... qué— fácil...!».

Solamente a dos pasos, el reloj sonaba con un tic-tac monocorde al mismo compás que sus sienes.

«¡No queda otro remedio... no queda otro remedio... no queda!...»

Y ascendió la escalera con la mano derecha apoyada voluptuosamente sobre el barandal torneado de caoba, como si acariciara una espina dorsal gigante.

Ante la puerta, «Mr. Hacha» contuvo la respiración al intentar girar el picaporte. Algo hizo un leve *clik*, permaneciendo inamovible la madera. «Mr. Hacha» sonrió entre dientes al extraer del bolsillo de su batín una llave, que con la misma cautela de siempre introdujo en la cerradura. Esta vez oyóse claramente el pestillo al descorrerse, cediendo la puerta unos centímetros.

Agudizó por segunda vez el oído, pasando al interior del cuarto para avanzar en la obscuridad. Tanteó los barrotes de la cama, deslizando suavemente la mano enguantada, como el roce de una pluma, intentando localizar la posición del cuerpo.

A partir de ahí, ya no tuvo tranquilidad ni precaución alguna que refrenara sus nervios. El Odio, un odio desenfrenado circuló por sus venas, latándole el corazón con salvaje violencia.

...Y a tientas, casi a tientas, por tres veces seguidas, dejó caer el hacha.

* * *

Aquella mañana, hasta Percival Macomber, sumido en el más profundo de los sueños, tuvo ocasión de oír el agudo chillido de Margarita, la doncella, ahogado en su final por el estruendo de una bandeja al chocar contra el suelo. Luego una confusión de carreras, voces y ruidos de puertas al abrirse y cerrarse, vino a confirmar en el adormecido subconsciente del Honorable, que algo anormal estaba ocurriendo.

Repentinamente, la luz vino de forma progresiva a su memoria, y eso le hizo saltar de la cama con sorprendente agilidad.

En el pasillo, la totalidad de los pensionados, más o menos ligeros de ropa, se agrupaban confusos frente a la puerta de una de las habitaciones, al parecer cerrada. Macomber abrióse paso, intentando luego accionar el picaporte.

Elisabeth, con el rostro demudado, dijo ahogadamente:

—Está cerrada por dentro...

Percival, al volverse, sintió crujir bajo sus chinelas los restos de porcelana esparcidos por el suelo. La doncella, con el traje manchado de mermelada, lloraba a gritos, sin que al parecer nadie prestara atención a sus lágrimas.

El detective volvió a pasear la mirada entre los presentes, comprobando al instante una falta. Tuvo que inclinarse mucho para mirar a través de la cerradura.

La luz dimanante de la interior ventana, se proyectaba sobre la cama de

Mr. Ralheigt, donde el retirado militar, con el rostro destrozado, reposaba el más eterno de todos los sueños.

CAPÍTULO V

El Superintendente Richard Hogarty, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, atravesó la puerta de Lisen Street diecinueve, en misión de servicio; aunque en esta ocasión no saludó a nadie.

En el salón, diseminados como la noche anterior, hallábanse todos los moradores de la pensión. Spiros Gregoropoulos, rumiando en su boca restos del reciente desayuno, fue el primero que salió al paso del Jefe de Policía.

—¡Mr. Macomber no me ha dejado salir, y tengo que trabajar. Dígaselo... Tengo un cadáver que embalar...!

—¡Cállese; nosotros tenemos también más cadáveres de lo que en realidad nos gustaría!

—¡Pero yo...!

—¡Agente Carran; si este señor vuelve a abrir la boca, espóselo por desacato a la autoridad!

Spiros Gregoropoulos enmudeció a mitad de frase, como un aparato de radio al que le arrancan el enchufe. A la decidida mirada del agente Carran, respondió con la más sumisa y estúpida de las sonrisas. Hogarty, en compañía de Percival, con todo su séquito pegado a los talones, ascendió presuroso por las escaleras.

—¿Cuándo fue?

—No lo sé, señor. Lo descubrió esta mañana la doncella al llevarle el desayuno. Como no contestaba miró a través de la cerradura. No he intentado abrir hasta que usted viniera.

La bandeja con sus triturados restos continuaba en el suelo. Le tocó a Hogarty atisbar por el hueco. Su rostro no denotaba ninguna impresión agradable al retirarse de la puerta.

—¿Quién tiene la llave de aquí?

—Mamá Jelly da a cada uno la llave de su cuarto. No hay duplicados, señor; habrá que abrir con ganzúa.

A la orden del Superintendente, uno de los agentes manipuló en el pestillo, oyéndose claramente el sonido de la cerradura al saltar en retroceso. Hogarty dio la vuelta al pomo, y la puerta quedó abierta de par en par, mostrándose a los ojos de todos una macabra estampa.

El asesino no habíase limitado solamente a volcar su furia vesánica sobre el maltrecho Mr. Ralheigt; toda la habitación parecía arrasada por alguna fuerza demoníaca, a tono con la homicida violencia ejercida en el viejo militar.

Varios cuadros que Percival recordaba haber visto pintar al viejo, mostraban los lienzos rasgados, hasta lograr que la pintura fuese prácticamente irreconocible. El caballete, hallábase volcado en el suelo, y aplastados los tubos del óleo, manchando de pasta polícroma la alfombra. La ropa sacada desordenadamente del armario, mezclábase por doquier, contribuyendo a aumentar la sensación de hecatombe.

Pese a todo, nada más sobrecogedor, acaparando la atención de la escena, que la abatida imagen de Mr. Ralheigt. Percival Macomber dio la espalda a su superior sintiendo la saliva obstruida en la garganta. El agente Pinwell, a su lado, le miraba entre sorprendido y confuso, como si se hallara poco menos que ante la mujer barbuda.

Por fin, Hogarty rompió el silencio.

—¿Y usted no fue capaz de oír nada de esto...?

Percival carraspeó, descubriendo con la mirada sus zapatos todavía sin acordonar.

—Yo no, señor... Duermo al otro extremo del pasillo. A los demás ya les interrogué abajo. El griego Spiros, que tiene la habitación de al lado, cree que oyó algo; el resto no están muy seguros, o no le concedieron importancia.

—¡¡No le concedieron importancia!!

—Ignoraban de qué se trataba, señor.

El Superintendente iba a responder algo, tomando previamente aire a dos pulmones, cuando a costa de ponerse rojo como una cereza, decidió dar por terminada la cuestión. Acto seguido adentróse en la habitación andando de puntillas y procurando pisar solo en sitios determinados. Volvióse hacia sus ayudantes para ordenar:

—Hay huellas bastante claras sobre la pintura fresca. Saquen pruebas de cada rincón de la estancia. Usted, Palmer, puede examinar el cadáver.

El mismo hombre obeso de abrigo color gris y un maletín en la diestra, que la vez anterior reconociera el cadáver de Dorothy, avanzó con análogas precauciones a las de Hogarty, hasta el borde de la cama. Al pasar junto a su lado, Macomber saludó al forense.

—Era una buena persona...

—Todos lo somos después de muertos, muchacho.

El fotógrafo comenzó a disparar su flash con un aburrimiento profesional que a Percival, en este caso, parecióle excesivo.

—Vamos abajo; deseo hacer unas preguntas a esa gente —dijo Hogarty.

En el salón, la panoplia mostraba ahora el hueco perfilado de las dos

armas. Todos permanecían inmóviles, inclusive Thomas Fossierit, sin jugar esta vez a las cartas. De las mujeres, Mamá Jelly, Mrs. Herbertway y la solista de arpa Miss Linch, lloraban conjuntamente en la mejor de las armonías. El griego masticaba algo, y Deverger, el francés, pensativo, acariciaba su erizada barba.

Las dos Singleton y el contable Blummer, ocupaban el sofá, formando sus rostros un expresivo tríptico de cómo se puede demostrar la consternación, el pesar y el miedo.

Hogarty comenzó sus preguntas, anotando las respuestas de todos cuidadosamente. Percival trató de pensar por su cuenta, sin llegar a más conclusión de lo que ya sabía.

La puerta de la calle, una vez congregados todos los huéspedes en la casa, atrancábase por dentro herméticamente. El asesino, valiéndose de un duplicado de la llave de la habitación de Mr. Ralheigt, había penetrado en su cuarto, matándole. El que cerrara después tras sí, no tenía en realidad ningún objeto. Casi todos creían haber oído algún ruido, pero en horas diferentes. Faltaba la nueva arma homicida y...

Palmer, el forense, hizo en ese momento su entrada en el salón. Su rostro sonrosado, habitualmente inexpresivo, parecía ahora impreso con el sello de una digestión forzada.

—Señores —dijo—, si entre nosotros está «Mr. Hacha», lamento el tener que darle un ligero disgusto: anoche, cuando descargó sus golpes sobre Mr. Ralheigt, éste hacía cuatro horas que ya había muerto envenenado.

* * *

Pese a la multitud de desagradables sorpresas acaecidas en las últimas veinticuatro horas, los habitantes de la pensión «San Patricio», parecieron acoger ésta con la mayor de las atenciones. El llanto de las tres mujeres se cortó de improviso, oyéndose alguna que otra exclamación.

Percival precisó ahora con claridad sus vagas sospechas de la noche anterior. *Las dos ruedas dentadas*, en una sola finalidad de muerte.

Le pareció absurda la idea... o demasiado amarga para ser admisible.

Deverger avanzó hasta el Superintendente andando con excesiva rigidez. Estuvo titubeando unos segundos hasta dar con la expresión correcta de lo que iba a preguntar.

—¿Quiere decir esto que existen dos asesinos?

—Puede —le dijo Hogarty lacónico; luego dirigió la mirada en derredor, abarcando la totalidad del salón—. ¿Quién de ustedes emplea soporíferos para dormir?

—...?

—Estoy esperando que me responda usted, Mrs. Singleton.

—¿Por qué tengo que ser yo?... Todo el mundo ha usado alguna vez en su vida algún remedio para poder conciliar el sueño —chilló la aludida.

Hogarty parecía tranquilo; abrió su mano sonriendo, para mostrar envuelto en un pañuelo un pequeño tubito de cristal.

—No se altere, Mrs. Singleton; me refería al hecho como costumbre habitual. O concretando más: he preguntado quién empleaba comprimidos actualmente. Este tubo de Luminal, estaba en su mesilla de noche. Según las primeras impresiones forenses, Mr. Ralheigt bien ha podido morir de una fuerte dosis de este mismo producto.

Natalie Singleton, con los ojos brillantes y la mandíbula temblándole, semejava un puma próximo a un ataque de rabia. Avanzó hacia Hogarty gritando atropelladamente:

—¡Es usted un necio, estúpido...! ¿Qué pretende dar a entender?... ¡Me está acusando de asesinato!... ¡Si hubiera aquí algún hombre...!

Al decir esto volvió su rostro congestionado hacia Fosserit. Elisabeth, su hija, vino presurosa hasta su lado intentando apaciguarla. El Superintendente, bailaba el frasco de «Luminal» sobre la tela doblada del pañuelo, como si la colérica explosión no fuera con él.

—Serénese, Mrs. Singleton, y piense que podría hacerla detener por el solo motivo de insultar a la autoridad. Mi obligación es la de hacer preguntas... y la suya, contestarlas. Cuando quiera acusarla de algo, no habrá preámbulos ni indirectas de ninguna clase — al llegar aquí, su voz pareció endurecerse—. Ahora contésteme procurando refrenar sus nervios: ¿Cuándo utilizó usted *esto* por última vez?

Natalie inducida por su hija, tomó asiento envarada en una de las butacas junto a la chimenea. Con un diminuto pañuelo estuvo enjugándose las sienes antes de contestar.

—Ayer por la noche tomé dos comprimidos...

—¿Qué más...?

Mrs. Singleton titubeó un momento, mirando con desesperación la alfombra; al fin, en un inesperado arranque, levantó la cabeza para mirar al policía con desafiante aplomo.

—¡Sí; hay algo más! ¡Alguien antes de acostarme, vino a mí habitación a pedirme por favor un comprimido. Ignoro los que cogería, yo hacía algo en ese momento y no presté atención; me di cuenta más tarde cuando precisé utilizarlo. Sólo quedaban las dos pastillas que le he dicho, y el tubo tenía que haber estado casi entero, puesto que lo compré el día anterior!

—¿Quién era esa persona, Mrs. Singleton?

En el amplio salón se hizo un silencio grave, angustioso; cargado de electricidad como un día de tormenta. Luego Natalie, hizo sonar el trueno

que sacudió por entero a toda la habitación.

—... Era... ¡Mr. Thomas Fossorit!

El inculpado dio un brinco de la silla, quedándose parado ante la mujer mirándola entre torvo y sorprendido.

—¿Es cierto eso Mr. Fossorit? —interrogó el Superintendente.

Thomas volvióse con gesto idiotizado.

—¿Eli...? ..Ah, pues... no recuerdo... No recuerdo...

—Le devolvió luego el tubo. ¿No es cierto Mrs. Singleton?

—... Sí... sí.

—¿Y entonces cómo se explica usted, que en el cristal se hayan encontrado las huellas del difunto Mr. Ralheight, y no las de Thomas Fossorit?

Natalie comenzó nuevamente a estrujar entre sus manos el pañuelito mirando fijamente al suelo. Su voz sonaba desacorde, mezclada de sonidos tan pronto roncós como agudos.

—¡No sé... no soy yo quien debe saberlo, usted es policía!

—Por eso Mrs. Singleton voy a ayudarla. ¿No sería el propio Mr. Ralheight quien le pidiera el «Luminal»? Quizás usted le recomendó más pastillas de las prescritas...

—¡No es cierto; él cogió las que quiso... yo no le...!

Calló de repente. Hogarty imperturbable, seguía con su tono amable de siempre.

—Luego, fue a Mr. Ralheight a quién prestó usted el tubo —hizo una pausa sin que Natalie osara ni a levantar la vista—. Hay dos cosas que merecen mi reprobación. El que usted, Mrs. Singleton, conscientemente intente lanzar lo que podríamos llamar una falsa acusación de asesinato. La otra, Mr. Fossorit va con usted al no haber intentado rebatir de cualquier forma la imputación tan comprometedora realizada por Mrs. Singleton. Yo por mi parte podía pensar lo siguiente — dirigió el dedo sobre la expresada con enérgica rapidez—: Usted por ejemplo, con cualquier motivo hizo que Mr. Ralheight pusiera sus huellas en el tubo; luego Mr. Fossorit administró la dosis mortal diluyendo las pastillas en el vaso de leche que Mrs. Russell ponía todas las noches sobre la mesilla del asesinado. La actitud actual de ambos, bien puede ser... un poco de comedia.

Tanto Thomas como Natalie, parecían ahora desconcertados y nerviosos. Fossorit fue a decir algo, atajándole nuevamente el policía.

—¡No, no...! He citado la acusación a título de ejemplo. Pero sí, quiero advertirles, que resuelvan sus asuntos personales sin entorpecer para nada la acción de la justicia. Evitarán perjuicios y el tener que ponerse en

evidencia.

Ella con la cara roja, musitó veladamente:

—¿Qué quiere decir...?

La respuesta fue acusada en la reprobatoria mirada del policía, acentuándose más el tono escarlata en las mejillas de la mujer. A pesar de todo, Hogarty dio por concluido el asunto al añadir con un suspiro de hastío:

—Dejaremos eso... de momento. Ahora unas preguntas más, y cada uno podrá incorporarse a sus ocupaciones.

Preguntó a la acongojada Mamá Jelly; refiriendo ésta entre balbuceos, que la noche anterior, como todas, Margarita, la doncella, había subido al viejo militar su vaso de leche.

Mr. Ralheight estaba en el baño cuando ella lo depositó en la mesilla. Al salir, la puerta quedóse entornada, pudiendo cualquiera entrar en ausencia del propietario del cuarto. La declaración de los demás se ciñó a lo ya dicho. Natalie Singleton corroboró lo expresado acerca de la petición de comprimidos por

Mr. Ralheight.

El resto de las pesquisas no arrojó ninguna nueva luz sobre la última muerte. El hacha no fue hallada por ninguna parte, y el Superintendente Richard Hogarty, dio la encuesta por concluida.

Spiros Gregoropoulos tendió alegremente su mano al policía.

—Gracias; verdaderamente no me ha causado ninguna molestia. Perdone si antes...

—¿Qué es eso?... — Hogarty señalaba la valija negra que el embalsamador transportaba en su mano derecha.

—¿Esto...? ¡Ah, son mis útiles de trabajo! No me gusta dejármelos en la funeraria.

—¿Me permite?

El policía, al hablar, asía ya entre sus dedos el maletín de cuero. Spiros, por un momento, pareció contrariado; luego esbozó una complaciente y larga sonrisa, seguida por un brusco cambio de expresión, pareciendo agrandarse su nariz de papagayo.

—Mr. Spiros; me parece poco adecuado que con su instrumental mezcla usted *esto*.

El «esto» que Hogarty mostraba en su mano, eran dos zapatillas de fieltro completamente manchadas de pintura.

Hacía ya diez días que Spiros Gregoropoulos fuera detenido. La nación entera, de Thurso a Falmouth, había hervido de expectación, desbordándose la exaltada imaginación de los periodistas en más «tiradas extraordinarias» de lo razonable, cantando en diversos tonos la sagacidad policial del Superintendente. Richard Hogarty, y estremeciendo a todos los lectores del Reino con diversas fotografías en primera plana del griego, tomadas desde los ángulos menos propicios para su ya desafortunada fotogenia.

Por aquella época, todo lo helénico cayó en bastante desuso, siendo ésto tema para que un renombrado comentarista publicara un artículo patético sobre *«la caótica degeneración espiritual y humana de la raza que otrora fue cuna del arte y la civilización»*. Cierta embajador pidió explicaciones, y aunque las hubo, ese vino a ser nuevo y estupendo motivo para robustecer alguna que otra tirada especial.

La pensión «San Patricio», vióse también conmovida por una publicidad como nunca soñó tener, siendo retratado en su interior hasta el tipo de nudo con que Mr. Spiros solía enrollar su servilleta. La afluencia comenzaba antes de las ocho de la mañana, sirviendo Mamá Jelly de cicerone a verdaderos grupos de curiosos, que siempre con alguna oportuna excusa, desde alquilar una habitación, hasta inspirarse en una conferencia Pro-cruzada de Salvación, afluían como hormigas desde el último rincón de la Imperial Isla.

Miss Rusell atendía solícita la invasión de importunos, hasta que los pensionados, todos de mutuo acuerdo, decidieron atajar la inconsciente amabilidad de Mamá Jelly, en beneficio a la tranquilidad general, so pena de tener que abandonar en grupo la pensión.

Percival hizo que colocaran un agente uniformado junto a la entrada, tomando éste tan al pie de la letra su cometido, que costó trabajo convencer al lechero para que nuevamente sirviese el pedido, después que el celoso vigilante lo despidiera por la mañana a puntapiés, quedándose los habitantes de Lisen Street sin desayuno.

Aun así, la tranquilidad de los hospedados discurrió de forma relativa, al deambular taciturnos por la casa sin cambiar entre sí más frases de las estrictamente precisas.

Inclusive las cenas, a la sola contemplación de las dos sillas vacías (Mr. Ralheight y Mr. Spiros), perdieron aquel ambiente de discusión, que a más de volcar algún plato de sopa, sirvió en otro tiempo para dar calor y ambiente familiar.

A excepción de Mamá Jelly, nadie mencionó a los tres ausentes, ocurriendo el hecho insólito de que Mr. Deverger, no intentara en ninguno de los veinte postres (desayunos aparte) recitar el «Cyrano».

Fue esa una época tan depresiva, que hasta Percival Macomber, se

olvidó de beber.

* * *

Mientras tanto Spiros Gregoropoulos clamaba a todos los diablos, pregonando a gritos su inocencia, en inglés, griego y algún que otro idioma que nadie se tomó la molestia de traducir. Richard Hogarty, por el contrario, mostrábase orondo y satisfecho, como un campeón pantagruélico después de digerir un pastel relleno de tachuelas.

Las pruebas habían sido (según comentaba un «original» cronista de la prensa matutina) «atómicamente demoledoras». Gregoropoulos, no había tenido más remedio que reconocer como de su propiedad las manchadas zapatillas de fieltro que sirvieron para pisotear los tubos de óleo del desdichado Mr. Ralheight. El que a su vez manifestara haber notado la sustracción de las mismas la noche de autos, no pudo ni con mucho, horadar la credulidad del fiscal de turno y demás autoridades. Por si fuera poco, registrada su persona minutos después de halladas las comprometedoras zapatillas en la valija personal, encontróse en el bolsillo de su americana, un tubo casi vacío de Luminal.

Ese fue su canto funerario; las disculpas por su parte, en el sentido de alegar haber callado la pertenencia de dichos comprimidos, dada la anterior escena ocurrida la mañana del interrogatorio con Mrs. Natalie Singleton, fueron para los del birrete lo que vulgarmente se denominan «cuentos de camino».

El Superintendente recibió felicitaciones y la alabanza general, y Mr. Spiros (pese a su calidad de monstruo) el secreto agradecimiento de los programadores de televisión, bajo cuya inspiración, el griego dio tema palpitante para más de un serial terrorífico.

En el día a que ahora nos transportamos, el almuerzo en la pensión de Mamá Jelly tuvo un giro si no apacible, por lo menos originalmente innovador.

Miss Rusell había puesto de primer plato espinacas con puré de tomate. Por su parte, Miss Herbertway, la taquillera del cinema «Pleyel», haciendo un mohín de desagrado, apartó con dos dedos la vajilla, diciendo escuetamente que le molestaba el color del tomate.

Mr. André Deverger propinó un soberbio puñetazo sobre la mesa; el primer puñetazo de alguien a lo largo de diez incoloros días.

—¡Señora! —tronó con voz potente — ¡tenía que ser usted la primera que a la hora de comer nos evocara cosas desagradables! ¡Todavía nadie ha insinuado nada sobre lo sanguinolento de su colorete; ya que no se decide del todo a lavarse la cara, le encarezco a que nos deje comer sin aprensión!

El contable Blummer intervino gentilmente en favor de la agraviada

demostrando ésta, merced a una oratoria de lo más «floreado», no precisar ayuda de ninguna clase. Entre otros insultos de melódica sonoridad gramatical, Mr. Deverger oyóse llamar Landrú, vituperio al que Mr. André estuvo dando vueltas durante varios días, sin hallarle lo que pudiéramos llamar *mordiente*. Acto seguido, alguien volcó el puré de tomate, y la comida no pasó del primer plato.

Macomber encontróse con Elisabeth cuando los dos, abrochándose todavía la gabardina, mostraban intención de cambiar de aires.

—Transmisión de pensamiento, si es que el pensar tiene algo que ver con el estómago —dijo jovialmente Percival—. En este momento me lanzaba a la búsqueda de cualquier restaurante, con la misma ansiedad con que una gallina hambrienta busca un gusano gordito. Si quiere acompañarme, tendré sumo gusto en compartir con usted la mitad de mi lombriz.

Elisabeth sonrió amargamente.

—Me pregunto a mí misma, si no habrá en todo Londres alguna otra pensión donde, por el mismo precio, se pueda vivir tranquila. Arriba he dejado a mi madre, con uno de sus ataques de nervios. Me exaspera esta gente, Percival; excluyéndole a usted, son todos igual que una manada de gatos salvajes, buscándose siempre el flanco por dónde poder atacarse.

Macomber cerró la puerta, saliendo ambos a la calle. La niebla empezaba a descender como el vapor de una inmensa tetera que hirviese en el cielo. Al pie de los escalones, el policía de servicio les saludó al pasar, llevándose su mano enguantada al barbuquejo. Parados ante la acera, un par de curiosos señalaban la casa con el dedo, como suelen hacer los turistas cuando descubren por primera vez la Torre de Londres.

—Podríamos convertir la casa en museo del crimen, cobrando a penique la entrada. Con mi parte yo tendría para realizar un crucero de placer por todo el mundo, haciendo algo de tiempo hasta que heredase.

Ambos rieron, encontrando Percival en la expansiva hilaridad de la joven cierta alegría nueva, reprimida, como si Elisabeth almacenara en su alma una segunda personalidad sinceramente feliz.

—Hoy no me toca servicio, Elisabeth; y aun en caso contrario, no perdería la ocasión de estar todo el día con usted, con tal de oírla reír nuevamente.

La niebla habíase ido espesando, hasta hacer las formas de las cosas desvaídas y lechosas, como vistas a través de un cristal opalino. Sin que Percival hiciera indicación alguna, la mujer colgóse de su brazo igual que si buscara protección.

Y ambos se perdieron en la densa atmósfera, cual dos pequeñas figuras en un mullido paisaje de algodón gris.

CAPÍTULO VII

Miss Merrit, al llegar a la esquina de Lisen Street, consultó su reloj de pulsera, comprobando con cierto fastidio la posición de las manecillas. Eran las nueve y veinte.

Contrariada, aceleró la marcha, guiando sus pasos a través de la tupida niebla, para pensar una vez más que lo desagradable de la noche suponía un motivo suficiente para justificar ante Mr. Garret el retraso.

En verdad que constituía una fatalidad que su día libre de la semana fuera a coincidir con el «puré de guisantes» más espeso que recordábase a lo largo de todo el año. Eso, y el que *la persona* que ella deseaba, no hubiera pasado hoy el día a su lado, hacía que a la hora de recogerse nuevamente, su malhumor fuera en aumento.

Llevaba ya casi dos años soportando las intemperancias de Mr. Garret, en calidad de enfermera, a cambio de una buena remuneración. A pesar de todo, tanto su paciencia, como la duración en el empleo, constituían un verdadero *récord*. Mr. Garret, desde su sillón de ruedas, hubiera sido capaz de hacer abandonar con hastío su pedestal a los cuatro dragones de bronce del monumento al Gran Incendio.

Casi a diez centímetros de su rostro esquivó hábilmente la forma borrosa de un transeúnte a la deriva, como ella. Calculó que restarían unos veinte metros para arribar por fin a su casa, cuando una voz conocida la detuvo.

—¡Miss Merrit!

Hasta tener cerca de sí a la persona qué citara su nombre, no pudo identificarla.

—¡Hola! —saludó—. Mal tiempo para andar por la calle.

—¡Oh, más que la niebla, ahoga el no salir de casa! Estaba en la puerta cuando pasó junto a mí. La reconocí por el perfume; lo encuentro excitante, Miss Merrit...

La enfermera, tras de agradecer el piropo con una obligada sonrisa, consultó nuevamente su reloj de pulsera, sobresaltándose al comprobar la hora.

—Bueno; creo que llego ya bastante tarde. Buenas noches.

—La acompaño hasta su casa.

—No, no... gracias. Puede decirse que ya estamos junto a ella.

Su oponente insistió con voz meliflua; una voz que sin saber por qué, comenzó a inquietar a Miss Merrit.

—Es que deseo enseñarle algo. Venga; acérquese aquí.

Cogióla de un brazo, atrayéndola junto a la silueta mortecina del farol. Pese a que la luz debiera ser potente, a efectos de la niebla solo dimanaba un débil destello, visible a pocas pulgadas. Los dedos cernidos sobre el brazo de Miss Merrit, ejercieron una singular presión.

—¡Mire!

La enfermera agudizó sus ojos para observar lo que le mostraban, sintiendo su garganta paralizada por el terror.

—¡Es un hacha...!

—Exacto, querida; un hacha bipenne.

Miss Merrit sintió que las piernas negábanse a sostenerla. La vaga incertidumbre que momentos antes sintiera, fue tomando cuerpo hasta hacerla tiritar en una especie de paroxismo. Trató de demostrar entereza, pero su voz cascada y temblorosa la delató.

—Debe... debe usted entregar... ese... esa arma a... a la policía...

—¡No; se la quedarían como hicieron con la otra! ¡Tengo un escondite; un buen escondite! —su tono se hizo burlesco y confidencial.

La enfermera hubiera podido defenderse, inclusive gritar; pero el miedo la atenazaba paralizando en ella todo síntoma de vida. Recurrió a una débil argucia.

—Si Mr. Spiros es... el culpable, solo entregando el... el hacha podrá demostrarlo. Su... suélteme... iremos a buscar un... un guardia.

Una risa burlona fue la preliminar respuesta a sus palabras. La voz se hizo pastosa como el mismo ambiente para decir:

—Mr. Spiros... ¿Qué? Sí; hubiera resultado bien, pero no queda otro remedio. No. Lo siento, querida; la culpa la tiene la niebla... tu perfume y tu belleza. ¡Ella lo corrompe todo... lo destruye con su veneno. La belleza es el disfraz de la serpiente...!

Miss Merrit gimió con angustia al acentuarse la presión sobre su muñeca. El terror prevaleció sobre su instinto de defensa, y cayó de rodillas en el húmedo suelo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para sollozar suplicantemente:

—¡¡No me mate... por Dios, no diré nada; pero no me mate...!!

«Mr. Hacha» soltó su presa caída en el suelo, para afianzar el arma con ambas manos.

...Y por tercera vez en Lisen Street, el hacha bipenne cantó su balada de sangre.

Habían comido en un modesto restaurante de la calle Sutton, donde un hombre vestido de húngaro tocaba el violín. Luego, tras de echar a suertes sobre su itinerario, fue la niebla quien decidió que se refugiasen a charlar en un salón de té, donde más hombres con blusas de raso, languidecían con la barbilla apoyada en otros tantos violines. Ambos descubriéronse ignoradas cualidades, siendo el mayor sorprendido Percival Macomber.

Por una sola vez, olvidóse de su condición de Honorable, diciendo esas cosas sinceras, que a veces inspira en un hombre cualquier mujer de las cinco partes del mundo.

Por su parte, Elisabeth, alabó en Percival el tono ladrillo de su corbata, con la más pura y firme de las convicciones.

Al final de la jornada, Macomber, a pesar de tener que personarse en el despacho del Superintendente, ofrecióse galantemente para acompañarla en su retorno a la pensión, alegando un exagerado temor a que se perdiera en la niebla.

El ferrocarril subterráneo les condujo hasta Euston.

El resto del trayecto lo hicieron andando. En la esquina de Lisen Street, Elisabeth le hizo detenerse.

—Usted tiene que hacer, y yo puedo seguir sola. He pasado una tarde deliciosa, y ha sido muy amable conmigo, Percy...

Este Percy fue tremolante y armonioso; cadencioso, como un solo de órgano. Macomber la hizo coro con UB sentido «hasta luego» y tras de besarle la mano con más efusión de la que habría prestado a la Reina Virgen, dio media vuelta, alejándose del lugar.

El bucólico policía llevaba unos segundos fluctuando feliz sobre la niebla, cuando un grito potente hízole frenar en seco, cual si acabara de topar con una pared. El chillido fue otra vez repetido, sintiendo Percival al reconocerlo, como si una mano helada se apretase contra su corazón.

Inició una ciega carrera a través de la niebla, emulando todos sus *récores* universitarios, hasta tropezar con la figura de Elisabeth, quien se abrazó con vehemencia a su cuello. Seguidamente rompió a llorar de forma desgarradora, presa de histéricas convulsiones.

—¡Elisabeth!... ¿Qué le ocurre, cariño?

La aludida tartamudeaba, hundido el rostro nerviosamente en el pecho de Macomber... Éste, a la luz casi ahogada del farol, descubrió algo. Tuvo que desasirse de la llorosa joven para comprobar su primera impresión.

Con voz velada dijo:

—Volvamos a casa, querida. Debo avisar por teléfono. La muerte parece que sigue habitando entre nosotros.

El Superintendente Hogarty y sus segundos, debido al mal tiempo, tardaron más de lo normal en arribar al lugar del suceso. Macomber había ya pedido una manta a Mamá Jelly para cubrir el cuerpo de la desventurada joven.

A distancia, oyó Percy la comitiva, teniendo que gritar para atraerlos. Minutos después, el rostro contrariado y enfurecido del *Super*, emergía a través de la niebla.

—¿Qué ha pasado?...

Macomber señaló el bulto, separando el extremo de la manta con cautela, como si esperara ver brotar de debajo alguna bandada de codornices.

—Se llamaba Gloria Merrit, señor. Vivía aquí al lado cuidando como enfermera a un viejo paralítico, un tal Mr. Garret, que ha sido capitán de barco o algo por el estilo.

Ambos se separaron del cuerpo caído dejando espacio libre a los de la Especial. Hogarty, con el rostro cejijunto, extrajo una pipa del bolsillo y comenzó a chuparla sin hacer intención de encenderla. El mismo fotógrafo de las veces anteriores, disparaba ahora sus magnesios casi encima de la muerta. Pese a lo intransitado de la calle, algunas sombras comenzaron a agruparse en torno al cadáver.

—Vamos adentro, Macomber.

Los dos hombres se encaminaron hacia la pensión, interrogando el *Super* de repente.

—¿Y el agente que tenía que estar de guardia en la puerta?

—Se retira a las ocho, señor; usted dio la orden. A esa hora ya no suele venir ningún curioso a molestar.

Hogarty gruñó por lo bajo.

La propia Mamá Jelly salió a abrirles, precedida por Margarita, la doncella, ambas llorando como dos magdalenas.

—¡Pobrecitas Miss Gloria, con lo bonita que era...!

Hogarty quitóse la pipa de la boca para preguntar ceñudamente:

—¿Quién le ha dicho que se trata de esa señorita?

—El cadáver lo descubrió Elisabeth Singleton —intervino Percival—. En este momento se halla en su habitación con Miss Linch reponiéndose de la impresión recibida.

Acto seguido, el joven policía se entretuvo unos minutos esbozándole lo ocurrido. Mamá Jelly retiróse a la cocina gimoteando, con la doncella pegada a sus talones.

Hogarty comenzó a preguntar algo a su subordinado, pero sus palabras quedaron cortadas repentinamente. Por la trayectoria de su mirada, pudo Macomber descubrir una espiral de humo ascendiendo sobre el respaldo de uno de los sillones. El *Super* rodeó la butaca en dos zancadas, para

enfrentarse con la menuda estampa de Mr. Deverger, virtualmente hundido entre los almohadones de la amplia butaca. Fumaba en una boquilla de ámbar, demasiado larga para que pudiera resultar práctica.

—¿Qué hace usted aquí? —tronó el policía.

—Yo estoy en mi casa. ¿Y usted?

—¡Me refiero a su forma de acechar conversaciones!

Mr. Deverger depositó cuidadosamente la ceniza de su cigarrillo en un viejo cenicero de bronce, grande y pesado como un mortero de machacar ajos. No parecía intimidado al contestar...

—Se equivoca usted... otra vez.

La alusión directa hizo mella en el riego sanguíneo del policía. Iba a contestar acremente, cuando una llamada a la puerta contuvo su explosión. Macomber mismo abrió el batiente para dar paso al obeso forense, que sin saludar a nadie, dirigióse en línea recta a Richard Hogarty.

—Hará aproximadamente una hora. Todavía está caliente. Ha sido instantáneo.

El *Super* dio media vuelta para enfrentarse fieramente con el francés.

—¿A qué se dedicaba usted hace una hora?

—No he salido en toda la tarde. He estado leyendo en mi habitación.

—¿Ah, sí...? —fue el remedo de una voz crédula e ingenua.

—Leía un libro de John Collier. Puedo decirle de lo que se trataba.

—¡Y yo puedo recitarle a usted de memoria el cuento de Caperucita Roja!

—Bien; si no me cree...

Deverger encogióse de hombros con resignación. Hogarty le mandó retirarse, obedeciendo el otro con más aburrimiento que sumisión.

—¿Quién más está en la casa, Macomber?

—Miss Elisabeth y Miss Linch. Están arriba, en el cuarto de la primera, que se encuentra acostada. Los demás, todavía no han regresado.

El jefe de policía hizo que bajaran las dos mujeres.

Aparecieron apoyándose una en la otra, descendiendo los escalones con mecánica rigidez. El rostro de ambas parecía blanco como si hubiera estado sumergido en harina.

Elisabeth refirió entrecortadamente cuanto ya sabía Hogarty.

Miss Linch, por su parte, alegó haber estado toda la tarde ensayando con el arpa para un próximo concierto. Mamá Jelly fue consultada sobre este extremo, corroborando haber oído continuamente tocar el instrumento.

Deverger, al ser preguntado nuevamente, agregó lo mismo, sin dignarse bajar del todo la escalera.

Luego a requerimiento del policía cada cual retiróse nuevamente a sus

El batintín de la puerta sonó anunciando la llegada de Mrs. Herbertway y Nicolás Blummer. Venían cogidos de la mano como si estuvieran formando rueda para jugar al corro. La cara radiante de la madura taquillera, hacía suponer que fuera, en vez de una calle neblinosa e intransitable, había una campiña dorada llena de violetas y apacibles borregos.

La presencia de Hogarty y demás acompañantes, sirvió para que la pareja *tomara tierra* en un mundo bastante distinto.

—¿Ocurre algo?

Hogarty dióles las buenas noches a su manera.

—¿Dónde han estado ustedes en esas últimas dos horas? —el contable fue a contestar, interceptándole el policía—: ¡Le he preguntado a ella!

—Mr. Blummer vino a recogerme a la salida de mi turno. Después regresamos dando un paseo... quizás tardamos algo a causa de la niebla.

La siguiente llamada en la puerta de la calle, hizo que el *Super* se olvidara de la pareja. William Pinwell descorrió esta vez el pestillo y todos hicieron un gesto de extrañeza: Thomas Fosserit y Natalie Singleton, saludaron a los presentes con un gesto de cabeza. Hogarty estuvo a punto de decir «creí que ustedes se odiaban», cambiando seguidamente de parecer...

—Se recogen ustedes un poco tarde.

—Ventajas de haber llegado a la mayoría de edad —repuso Fosserit entre dientes.

—Han coincidido en la puerta, ¿no es eso?

—Desde luego que no. Hemos estado toda la tarde juntos, en el Gaumont. Teníamos interés por ver el programa.

Hogarty desarchivó su anterior pensamiento.

—Creí que ustedes se odiaban.

—Me parece que se excede en sus funciones —intervino Natalie con acritud.

El policía suspiró profundamente.

—Ha sido cometido un nuevo crimen, señora. Espero de su comprensión que puedan probarme dónde han estado en estas últimas horas.

—Quedamos citados en Bond Street, esquina a Piccadilly. Cuando la niebla empezó a bajar nos metimos en el cine. Tendrá que creerlo, o llevamos detenidos.

Percival y el agente Pinwell cambiaron una mirada de inteligencia.

Hogarty aprovechó el silencio para, con la punta del zapato, bordear un dibujo de la alfombra.

—La asesinada es Miss Gloria Merrit; una enfermera que vivía aquí al lado. ¿La conocían ustedes?

Fosserit fue el primero en responder sombríamente.

—Sí; vimos algo ahí fuera. Venía de vez en cuando a charlar o jugar una partida. El viejo Garret no la dejaba mucho tiempo libre.

Natalie respondió lo mismo. Tanto en la apariencia exterior como en sus palabras, ninguno de los dos parecía traslucir emoción alguna. Percy se dijo que tal postura resultaba demasiado apacible para ser natural. Hogarty, en su interior, pensaba, «Tal para cual».

—Pueden ustedes retirarse; muchas gracias.

Ambos remontaron los escalones con el envarado compás de dos trapeceistas al ascender por la escala.

—Macomber.

—¿Diga, señor?

—Ya es bastante tarde. Queda usted encargado de interrogar mañana a Mr. Garret y...

La puerta comenzó en ese momento a retumbar, como si un ballet de caballos danzara sobre ella. Pinwell accionó el pestillo, y una avalancha de individuos con el sombrero puesto, y armados de máquinas fotográficas, invadió la sala. Hogarty comenzó a maldecir en voz alta, sorprendiéndole varios disparos de magnesio en una actitud poco favorecida. Instintivamente hizo por reportarse, esquivando preguntas, amparado más en el cargo que en su propia habilidad. Al final fue imponiéndose el orden.

—¿Qué va a pasar con el griego, Mr. Hogarty?

El *Super* tragó saliva.

—Si la superioridad no dispone otra cosa, mañana será puesto en libertad. Ahora buenas noches a todos, señores.

Y después de hacer desalojar el local casi a viva fuerza entre una salva de protestas y disparos de magnesio, abandonó la pensión seguido de toda su plantilla, para embutirse en la niebla.

La calle volvió a recuperar su tranquilidad, alterada únicamente, por la celosa mirada de varios hombres, de guardia en torno a la trágica mansión de Lisen Street.

* * *

A la hora del desayuno, todos los hospedados coincidieron con notable exactitud en el comedor. A juzgar por sus rostros somnolientos, nadie parecía haber disfrutado de pleno descanso.

Miss Linch dirigióse a Percy con su eterna voz llorosa.

—La calle está llena de guardias... y gente, mucha gente. Estoy tan nerviosa que no sé si mañana podré actuar.

Mamá Jelly servía café en ese momento al honorable Macomber. Hizo indignado coro a la solista de arpa, a punto casi de volcar el contenido de la cafetera sobre el *chaviot* del joven.

—¡A mí me han seguido dos hombres cuando he salido esta mañana con Margarita a comprar la carne para el asado!

—No se inquiete, mamá; eran policías. Hay orden de seguir a todos los moradores de la casa para prestarles protección.

—¿Para prestarles protección...? —intervino Fosserit con expresión burlona.

—Sí; contra quien quiera que sea el asesino.

—¡Por favor, dejen ese odioso tema! —solicitó Mistress Herbertway.

Deverger sorbía el café con teatral exquisitez, pese a hacer un ruido de todos los diablos.

—Debiera estar ambientada a este tipo de *masacres* aunque solo fuera por las películas americanas que proyectan en su cine.

—¡Detesto el cine, *Monsieur André*; y mi labor en él se limita solo a despachar entradas!

—¡Diablo! ¡Yo diría que ese peinado que usted lleva se lo he visto a Claudette Colbert!

—¡Y yo esa cara, al judío errante!

* * *

El día se hallaba bastante despejado cuando Percival pisó los escalones del pórtico descendiendo a la calle. Instantáneamente una salva de fognazos hízole parpadear, como si frente a su rostro acabara de estallar un cajón de proyectiles luminosos.

Varios periodistas intentaron cercarlo vomitando preguntas sin orden ni concierto, teniendo que intervenir dos *cops* ⁽¹¹⁾ para disolver el grupo.

—Buenos días, Mr. Macomber —saludó uno de los guardias—. Están como fieras hambrientas; creen que usted, como policía y habitante de la casa tiene que saber más que nadie de la vida y milagros de «Mr. Hacha».

Chips Kirbing, del *Evening Post*, dijo suplicante a varios pasos del policía:

—¡Vamos, Macomber; sea buen chico y cuéntenos algo! ¡Llevamos aquí, sin dormir, toda la noche!

—Sé menos que ustedes. Esperen los acontecimientos.

Jig Leander, fotógrafo del *Nigth and Day*, recostó la cabeza

cómicamente en su Rolleiflex, como si ésta fuera una almohada.

—Esperaremos, *bobby* ⁽¹²⁾. ¿Quién va a ser el próximo muerto?

Percival anduvo la distancia que separaba la pensión de la casa de Mr. Garret. Reunía ésta, poco más o menos, las características del *boarding-house* ⁽¹³⁾ de mamá Jelly, con la sola diferencia de un pequeño jardín en su parte delantera.

En la puerta, un guardia uniformado le detuvo, identificándose Macomber como persona afecta al cuerpo. El hecho de que Hogarty colocara un policía de servicio en este sitio dióle que pensar.

Tras de atravesar los cuatro metros escasos de jardín, Percy oprimió el llamador. Mrs. Clarence, el ama de llaves, salió a abrirle.

—Buenos días; Mr. Garret le está esperando.

El aludido tuvo que reprimir un gesto de asombro.

—¿A mí...?

Pero la sirvienta se adelantaba ya hacia el interior, sorteando un laberinto de muebles de los más dispares estilos y aplicaciones, como si Mr. Garrett, en sus travesías por el mundo, hubiera practicado de paso la doble ocupación de ropavejero.

Mrs. Clarence se detuvo ante una puerta de cristales, llamando comedidamente con los nudillos.

—Adelante.

La amplia habitación era la misma que Macomber, a su cotidiano paso por la calle, contemplara a través de la ventana que daba sobre el jardín. La lámpara simulaba un fanal; sobre la chimenea un pez espada disecado junto a un antiguo timón de barco. Luego las más laboriosas maquetas de navíos se prodigaban por toda la estancia, haciendo de ésta una especie de acogedora sucursal del *Marine Museum*. El propio Mr. Garrett, sentado en un sillón de ruedas ante una mesa camilla, manipulando distintas herramientas de marquetería, trabajaba con reverente atención sobre un trozo de madera de pino en cuya airosa línea adivinábase ya la silueta de un nuevo barco.

Al entrar Percival, no hizo la menor intención de levantar la cabeza.

—Buenos días, Mr. Garret.

El aludido contestó como si dialogara con el barco.

—Buenos días, joven. ¿Qué es lo que quiere?

—Mrs. Clarence me dijo que usted me esperaba. Soy Percival Macomber.

El inválido, tras de separar sus ojos grises del pequeño buque, dedicóse a examinar al policía en un minucioso recorrido que inició por la punta de sus zapatos.

—Estuvo un oficial de Scotland Yard que me anunció su visita por si precisaba algo. Le dije que no, y a pesar de todo me han colocado un

guardia en la puerta.

—Quizás haya sido para evitarle las molestias que puedan ocasionarle los periodistas y demás curiosos.

—Joven, yo solo recibo en mi casa a quién estimo oportuno.

—Muchas gracias por la deferencia, Mr. Garrett —repuso sin gran calor.

—¡Oh! Su caso puede ser una excepción; todo depende.

—¿De qué, Mr. Garret?

El impedido sacudió de sus manos el diminuto polvo de serrín, limpiándose seguidamente sobre la manta escocesa doblada sobre sus rodillas.

Mr. Garret tenía, el pelo crespo; revueltos mechones grises daban a su cabeza la apariencia de un singular oleaje. La frente era ancha y cuadrada, igual que su maxilar inferior. Todo el rostro traslucía la enérgica serenidad del que ha mandado mucho, sabiéndose hacer respetar. Sólo sus ojos pardos, inquisitivos y absorbentes cual dos ventosas, dejaban al desnudo cierta amargura que el policía tradujo como ese poso de rencor que suele fomentarse en el ánimo de los tullidos o fracasados.

Sin poderlo evitar, Percival dirigió su mirada a las ocultas piernas bajo la manta de alegre color.

—El oficial a que me referí antes ha estado aquí dos reces; anoche y esta mañana. Si fuera capitán de barco, no cruzaría con él ni el Támesis. Es un asno.

Macomber maldijo para sí al Superintendente Hogarty.

—Lo siento, Mr. Garret; de saber que ya habían estado a informarse yo no le hubiera molestado.

—Bueno; de todas formas me ha divertido bastante que después de revolver todas las pertenencias de Miss Merrit, no hayan encontrado cosa alguna que les pudiera interesar. También es verdad que si su jefe no ha encontrado nada es porque previamente lo escondí yo.

Macomber hizo un esfuerzo por mostrar desinterés, sosteniendo la mirada del viejo marino.

—Mr. Garrett, ¿cuál es su juego?

—¡No quiero que me moleste para nada la policía!

—Usted sabrá hasta qué extremo tiene responsabilidad en el presente asunto — repuso Percival tranquilamente. El otro le miró enfurecido, haciendo verdaderos esfuerzos por mantenerse sereno. Puso sus manos extendidas sobre ambos brazos del sillón de ruedas, mostrando unos dedos largos y nudosos.

—Usted evitará que me molesten... —dijo.

Percival dedujo ahora que el hombre sentado frente a sí se hallaba dispuesto a hablar. El policía quedó esperando sin despegar los labios, con la impasibilidad de un asiático, cruzadas las manos sobre las rodillas.

Así la potencia de los dos hombres estuvo debatiéndose en silencio, oponiéndose salvajemente ambas voluntades...

—Estas cartas pertenecían a mi enfermera.

Garret había cedido al fin, desviando su mirada con brusquedad del rostro de Macomber. Introdujo su mano derecha bajo la doblada manta para extraer un paquete que arrojó sobre los muslos del inspector. Este, haciendo un esfuerzo por no mostrar ansiedad, atrajo indolentemente hasta sus ojos el fajo de misivas sujeto por una cinta. Antes de desatarlo leyó el nombre y dirección de la infortunada muchacha, escrito con letra picuda y alargada.

De reojo pudo observar al inválido contemplándole maliciosamente. Hizo un alarde de indiferencia antes de abrir el paquete. Luego tiró de la cinta, cayendo sobre las rodillas de Macomber y de entre los ordenados sobres una fotografía dedicada.

Pareció ser la misma caligrafía que la manuscrita en las cartas y rezaba: «A mi adorada Gloria, en prueba de un cariño eterno».

El hombre sonriente que se mostraba en la foto era Thomas Fosserit.

CAPÍTULO VIII

—¿Sorprendido, Mr. Macomber?

—¿Eh...?

Percival levantó la mirada del escrito para atender de forma ausente a la pregunta del marino.

Desde que descubriera la fotografía de su cínico compañero de pensión había leído dos de las cartas escogidas al azar, en las que Fosserit, tras un apasionado comienzo, acababa recomendando paciencia en tanto ultimara unos negocios que habrían de reportarle lo suficiente para poder disfrutar ambos de un feliz porvenir.

—¿Sabía usted lo de sus relaciones con Fosserit?

—No. No obstante sospechaba la existencia de algún hombre. En este momento sigo ignorando quién es él, salvo que vive aquí al lado, y que, a juzgar por su correspondencia, es un completo granuja. Encontrará usted alguna misiva en la cual le pedía dinero. El resto es asunto suyo averiguarlo.

Macomber levantóse lentamente de la silla en que se hallaba sentado, guardándose las cartas en el bolsillo.

—Gracias, Mr. Garret. Diré que las cartas las he encontrado yo; con esto creo ahorrarle más molestias de las que usted se imagina.

El inválido había vuelto a su barco, lijando delicadamente un pequeño

mástil.

—¿Qué va a hacer ahora, Mr. Macomber?

Percival frunció los labios para contestar:

—Lo que usted desde un principio se proponía que hiciera, Mr. Garret: detener a Thomas Fossorit.

Luego, volviéndose de espalda, salió de la habitación.

* * *

El Superintendente Richard Hogarty había dispuesto que Thomas Fossorit fuese conducido en compañía de Natalie Singleton a su austero despacho de Scotland Yard.

Transcurrida una hora justa desde que el agente Macomber hablara con él, la pareja anteriormente citada sentábase ante la mesa metálica color aceituna del jefe de policía.

Ambos permanecían serios, expectantes, con la muda inquietud del hortelano que presagia un granizo.

Hogarty hizo tamborilear el cortaplumas, semejante al artista de circo que antes de comenzar su actuación precisa unos redobles de tambor.

—Les he hecho venir para aclarar algunas pequeños puntos sobre lo ya expuesto anoche — señaló al hombre con la punta de la plegadera —. Usted, Mr. Fossorit, manifestó, si mal no recuerdo, no ignorar la identidad de la muerta. Tenía la cara bastante desfigurada. ¿Cómo pudo reconocerla?

Fossorit miró de reojo a Natalie, comenzando a ponerse pálido. Tartamudeó:

—Qué sé yo... una suposición... el vestido tal vez...

—¡Ah!... Estaba usted habituado, entonces, a su vestuario.

—¡No... no! Quiero decir... o sí, ¿por qué no? Hay algo en las personas que no se nos despinta...

—¡Claro, claro... entendido! De las veces que pasara a la pensión a visitarles, ¿no es cierto?

Thomas asintió levemente con la cabeza. Natalie movía sus ojos nerviosamente por toda la habitación, como si buscara algo. El *Super* estuvo redoblando por unos instantes nuevamente la plegadera, para cesar de repente. Del cajón central de su mesa extrajo la fotografía dedicada. A pesar de dirigir la palabra a Fossorit, colocó el retrato delante de Natalie.

—¿Fue en una de esas visitas cuando usted le obsequió con esta fotografía...?

El aludido, con el rostro demudado, hizo intención de alargar la mano para quitar a Natalie la esmaltada cartulina, siendo ésta más rápida en el ademán de abalanzarse sobre el retrato. La respiración de la mujer fue haciéndose agitada por instantes, dilatándose desacompañadamente las

aleatas de su nariz, transparente en ese momento como un postizo de cera. Hogarty acabó de arreglarlo cuando con voz condolidada dirigióse al desconcertado Fossierit.

—¡Vamos, Thomas, muchacho! Sabemos el golpe que esto ha significado para usted — el paquete de cartas hizo su aparición, esparciéndose todas por la mesa, y Hogarty prosiguió, paternal: Los dos se querían, y a no ser por la desgracia acaecida habrían acabado casándose. Pero ¿por qué lo ha ocultado? El amor no es ningún crimen...

—¡Cállese! —chilló el aludido—. ¡Sólo pretende enfurecerla a ella!

—¡Qué tiene que ver! —repuso beatífico el policía—. No va a hacernos creer que estaba jugando con dos barajas. Eso no sería decente. ¿Es cierto, Mrs. Singleton?

Pero Mrs. Singleton, con la foto entre sus crispadas manos, no parecía prestar atención a las observaciones del Superintendente Hogarty, ni de nadie que habitara en este mundo. Con los ojos fuera de las órbitas, comenzó a emitir pequeños ruidos nerviosos, como si tiritara castañeteando sus dientes, y antes que Percival llegara a su lado caía de la silla pataleando, presa de un ataque epiléptico.

Fossierit hizo oír su voz llorosa por encima de la confusión reinante para recriminar al jefe de policía.

—¿Ve usted lo que ha conseguido...?

Hogarty le cruzó la boca con la mano abierta, retrocediendo el jugador. William Pinwell apartóle a un rincón con forzada delicadeza.

Transcurrieron diez minutos largos de forcejeo, intentando sujetar a la mujer en su enfurecida inconsciencia. Al final, con el rostro perlado de sudor, fue quedándose apaciblemente quieta. Percival acercóle a los labios un vaso de agua que Natalie bebió a sorbos. Fossierit, empequeñecido y cobarde, se encogía en el rincón.

—Lo siento, señora — disculpóse Hogarty—. La policía es solo un organismo...

Natalie se apoyó en la mesa, arreglándose con femenino impulso sus desordenados cabellos. Estuvo un rato silenciosa, con la mirada vacía, hasta centrarla al fin sobre las desperdigadas cartas que cubrían la mesa.

—¡Canalla! —murmuró entre dientes.

Fossierit vino de un salto a ponerse junto a ella. Tomándola de un brazo intentó reconvenirla ahogadamente.

—¡No hagas caso, es una trampa... yo te explicaré... quieren hacer que declares contra mí...!

Natalie separó su mano de un zarpazo, clavándole las uñas.

—¡No me toques! —chilló histéricamente—. Vete a que te proteja ella, anda... la muy... —soltó una interjección—. ¡Bien muerta está, bien muerta está!

Pinwell puso su mano en la solapa del abatido Fosserit.

—Usted al rincón sin abrir la boca — y el otro obedeció sumiso.

—Vamos, señora; díganos cuanto pueda ser de provecho

—intervino Hogarty—. Ese farsante está en un grave aprieto. Si intenta protegerle inmerecidamente —recalcó lo de *inmerecidamente* — lo único que puede conseguir es perderse con él.

Natalie Singleton volvió la cabeza para mirar a Fosserit con odio. Sin separar sus ojos de él, vomitó toda su virulencia.

—Ayer tarde no estuvimos juntos...

—¡Calla, Natalie... calla o te pesará! —chilló el otro. Pinwell, con la mano abierta, le tapó la boca.

La mujer regocijose en sus palabras, prosiguiendo la rencorosa declaración.

—... No estuvimos juntos. Al llegar cerca de la pensión lo encontré. Estaba esperándome. Me propuso que dijéramos haber pasado la tarde juntos... ¡Yo sí puedo probarles dónde estuve!... ¡Yo sí...!

—Muchas gracias, señora. De momento no deseamos molestarla más. Le ruego que me disculpe, pero verá que todo ha sido preciso. — Hogarty levantóse de su asiento ceremoniosamente—. Haré que un agente la acompañe hasta casa.

La mujer desdeñó la invitación, retorciéndose las manos.

—Gracias; no es necesario. Prefiero ir sola dando un paseo.

Hogarty, puesto en pie, dijo con aire grave:

—Thomas Fosserit, queda usted detenido bajo la acusación de asesinato.

Natalie, al salir, miró enconadamente al jugador, con la expresión del árabe del axioma que, sentado ante la puerta de su tienda, ve al fin pasar el cadáver de su enemigo.

* * *

Mamá Jelly nunca tuvo intención de que el retorno del griego Spiros fuera festejado como la vuelta del bíblico hijo pródigo; no obstante, la circunstancia de que su reincorporación a la familia de pensionados coincidiera con la petición de mano de Miss Herbertway sirvió de disculpa para matar dos pájaros de un tiro.

En cuanto a la diestra de la inefable taquillera se sobreentiende que solo a Mr. Blummer podía caberle el honor de tan cumplida adjudicación.

Miss Rusell pasó toda la tarde cociendo bizcochos y pastelillos de riñones; se trajo vino de pasas comprado a granel, y la servicial Miss Linch tuvo la delicadeza de hacer que «los caballeros» bajaran al salón sus ochenta y pico libras de arpa, obsequiando después a la concurrencia con

varias baladas escocesas y una cancioncilla picaresca, donde una tal Mimí...

...en un baile de postín, a un galán de mucho empaque, dijóle la muy taimada:
«Vamos juntos al jardín a que se airee el miriñaque, porque estoy acalorada».

Miss Herbertway sonrojóse en el grado que corresponde a una recién prometida, rehuyendo con coquetería la almibarada contemplación del contable. Y, al final, Mr. Deverger unióse al grupo, recitándose casi entero todo el segundo acto de «Cyrano», con alguna que otra improvisación, si es que como tal puede interpretarse el confundir el drama de Rostand con «La cabaña del tío Tom».

Sólo Natalie, alegando una fuerte jaqueca, recluyóse en su cuarto sin dejarse ver en toda la tarde. La ausencia de Fosserit fue tan notada como la del Duque de Northumberland, de cuyo natalicio es poco probable que la mayoría de los comensales tuviera ni siquiera referencia.

Gregoropoulos, después de intentar vanamente explicar entre pastel y pastel la técnica de cómo se embalsama un cadáver, dio al fin por terminada su presencia en la reunión alegando motivos de trabajo. Mamá Jelly, enternecida ante la entusiasta acogida prestada por el griego a sus bizcochos, obsequióle con media docena para el camino, que Spiros, en el momento de coincidir con Percival en la antesala, guardaba en su maletín negro, entre las herramientas de practicar su profesión.

—Ahora que estamos solos, Mr. Spiros, quiero darle mi enhorabuena porque todo haya acabado felizmente.

—¡Oh, muchas gracias! —quedóse meditando un rato antes de cerrar nuevamente el maletín—. ¿Por qué iba yo a matar a nadie...? De eso ya se encargan los demás. Por otra parte, dejar un cadáver así es ir en contra de la profesión. Créame, Mr. Macomber; tal y como quedó Mr. Ralheight no hay embalsamador que pueda lucirse... ¡Se lo aseguro!

—Sí; verdaderamente es una falta de consideración.

Gregoropoulos abandonó la sala después de lamentarse a Percival de la labor a destajo perdida durante su confinamiento.

Las siete campanadas del reloj de pared le sonaron a Percy más desafinadas que de costumbre.

Aquella noche el honorable Macomber soñó que era un Caballero de la Tabla Redonda; más concretamente, Sir Percival, el paladín blanquiazul buscador del Santo Grial.

Se hallaba junto al vallado de una pista de torneos, ciñéndose las hebillas de una pesada loriga. Frente a sí, a cien pasos de distancia, la

figura de un caballero negro aguardaba sobre su cabalgadura.

Ahora los caballos trotaban, blandiendo ambos contrincantes las pesadas lanzas en el torneo a muerte. No podía distinguir el rostro de su enemigo, cubierto por la visera metálica. Llegaron a las cabalgaduras a la par, siendo volteado Percival por la lanza contraria. Caído en el suelo, vio llegar al de la armadura negra con una hacha en la mano para rematarle.

Gimió angustiado, despertando entonces con el cuerpo bañado en sudor. Dio la luz, sentándose al borde de la cama con la cabeza entre las manos.

Fue entonces cuando oyó tenuemente el crujir de una tabla en el pasillo. Creía en su sensible intuición de Comando para advertir el peligro; alguien andaba por fuera, con más prevención de lo normal. Se ajustó rápidamente el batín, y montando el cargador de su pistola se dispuso a jugar (esta vez en serio) su baza en el torneo.

Con la luz apagada fue abriendo tenuemente la puerta de su habitación para salir al pasillo. La absoluta oscuridad hacía trepidar el pulso del policía como un motor acelerado. Se mantuvo unos instantes inmóvil, intentando localizar algún ruido.

Este no se hizo esperar. El sonido, casi imperceptible, llegó desde el otro extremo del corredor, aproximadamente al comienzo de la escalera.

Percival mantuvo su respiración, avanzando sigilosamente pegado a la pared con la pistola firmemente asida.

Al borde mismo de la escalera se detuvo, y el crujir de los peldaños bajo el peso de un cuerpo hizo que apretara los dientes de impaciencia.

El nocturno paseante descendía en ese momento los escalones.

Tuvo que aguardar a que el otro acabara de bajar, con el fin de no delatar su presencia. Un tenue cono de luz filtrándose por el montante de la puerta de entrada del salón perfiló por unos momentos la silueta imprecisa de una persona avanzando con todo género de precauciones en dirección al pasadizo de la cocina.

El policía, desde arriba, tuvo que contenerse para no disparar sin previo aviso. Inició ahora el descenso, maldiciendo el ruido de la madera vieja al ser pisada.

La sala, en penumbra, parecía estar desierta. Se adentró por el pasillo camino de la cocina. El silencio y la oscuridad eran ahora completos. Se mantuvo unos momentos inmóvil, tratando de orientarse como un murciélago.

Fue como una inspiración del cielo, propia del Caballero Percival, lo que le hizo ladear la cabeza, sintiendo entonces el aire de algo pesado al cruzar como una exhalación rozándole la oreja. No obstante, el instrumento de hierro le golpeó precisamente la mano en la cual empuñaba el revólver.

El arma rebotó en el suelo, sintiendo Percival sus dedos lacerados de dolor. A oscuras, lanzó su cuerpo en dirección al invisible atacante, aferrando las solapas de seda de su batín. La improvisada arma de su contrario volvió a golpearle, esta vez en el hombro, rugiendo Macomber más de coraje que de dolor. Disparó el puño a ciegas, notando en sus nudillos el impacto de una nariz. Su enemigo chilló, oyéndose al mismo tiempo el ruido característico de una cacerola al chocar contra el suelo. El policía levantó nuevamente el puño, quebrándose éste en su trayecto al sentir su dueño la amargura de una potente patada en la espinilla.

Fueron unos segundos de indecisión por su parte, que el otro aprovechó para zafarse de la garra de Macomber. Estaban junto al mismo marco de entrada a la cocina. Percival alargó la mano hacia el interruptor de la luz, agachándose al mismo tiempo que giraba la llave.

La claridad inundó la estancia, quedándose el policía perplejo ante la contemplación de su oponente, inmóvil en el centro de la pieza.

—Buenas noches, «Mr. Hacha».

Spiros Gregoropoulos, con las solapas de la bata rasgadas y la nariz reventada como un tomate aplastado, miraba a Percival con ojos de horror. En su mano derecha blandía un enorme cuchillo de cocina.

—¿Co... cómo dice? —tartamudeó.

—Que desde cuándo ha cambiado usted el cuchillo por el hacha.

—¡No sé de... de qué me está hablando...!

Percival se inclinó a coger su arma para apuntar al embalsamador.

—Queda usted detenido, Mr. Gregoropoulos.

—¡Yo...! ¿Por qué? —chilló el otro, aterrado.

—¡No me diga que ha bajado hasta aquí para lavar la vajilla! —el policía señaló con el pie la cacerola caída en el suelo.

—Es... escuche, Macomber. Tenía hambre, mucha hambre... me han matado de hambre cuando he estado detenido. Ba... bajaba a la cocina a comer algo...

—¡Ya! Por eso ha venido usted a oscuras y armado con un cuchillo.

—El cuchillo y la cacerola los cogí al sentir ruido tras de mí. Creí que se trataba de «Mr. Hacha». No hice más que defenderme. No... no quiero que mamá Jelly se entere de que vengo a la despensa...

Pero mamá Jelly asomaba en ese momento por la puerta de la cocina envuelta en una bata de franela grande como la tela de un paracaídas, y el gorro de dormir calado hasta las orejas.

Miró a los dos hombres, a la cacerola caída y a las narices de Mr. Spiros.

—Pero... ¿Qué pasa aquí?

—Mr. Gregoropoulos que tiene hambre.

—Ya... ya no tengo hambre; se me ha quitado.

—¡Que se cree usted eso! ¡O me demuestra su apetito o me lo llevo detenido!

—¡Bendito sea el cielo, Mr. Spiros; con lo que ha merendado usted esta tarde! —se escandalizó la patrona.

—He dicho que... que no como — sostuvo el embalsamador mirando a Percival con desafiante entereza.

—¡Vamos, vamos; váyanse los dos a acostar! Éstas no son horas de andar por ahí.

Subieron ambos la escalera sin dirigirse la mirada.

Spiros limpiándose su averiada nariz, y Macomber maldiciendo en voz baja.

—La próxima vez que tenga usted hambre baje con las luces encendidas.

Mr. Spiros no se dignó contestarle.

* * *

En la mañana siguiente estuvo durante dos horas en compañía de William Pinwell y varios agentes con el Superintendente Richard Hogarty, haciendo lo que este último llamaba cambiar impresiones.

Ni que decir tiene que el único que hizo uso de la palabra fue el jefe de policía.

Pinwell habíase permitido insinuar la posibilidad de que Fosserit no fuera «Mr. Hacha», soportando durante el resto del «cambio de impresiones» algunas miradas alusivas remachadas con aseveraciones tan terminantes como por ejemplo: «Pese a lo que algunos ineptos puedan suponer», o bien: «Es probable que más de un obtuso piense...» A partir de ahí, Pinwell fue paulatinamente perdiendo el color, cual rosa de Jericó sumergida en lejía.

«¡Es una mula con cuello de pajarita!», manifestó alteradamente en su descargo el Inspector Pinwell a su amigo Percival, cuando ambos, dos horas y pico después, pisaron la calle como el que pisa la salida de un campo de concentración.

—¿Tú crees que Fosserit no es el «abrecabezas»?

—¡Yo no aseguro tanto! Lo que sí digo es que hubiera sido mejor dejarle en libertad y estrechamente vigilado. Para «trincarle» ya habría dado motivo. Las pruebas que en este momento existen en su contra tienen la misma consistencia que un acuerdo de la O.N.U. Por lo demás, es ese avestruz de Hogarty quien sirve para ilustrar los chistes de los periódicos. ¡Allá cada cual si asoma la cabeza sin ponerse casco!

Era verdad. Efectuada la segunda detención, toda la Prensa londinense

establecía un pugilato de ingenio para satirizar las *dotes policiales* del Superintendente. *Punch* había llegado inclusive a publicar un chiste en primera plana mostrando a Hogarty pescando pacientemente en un río de aguas transparentes, donde podía verse un buzo con escafandra y un hacha bajo el brazo izquierdo, colocándole peces en el anzuelo.

Ello, unido a la protesta popular, manifestada a través de la correspondencia particular más arrolladora que recuerda la historia del *Home Office*, había dado como resultado que el propio Ministro del Interior tomara baza en el asunto, descargando toda su repulsa sobre el inferior más inmediato. Aquí, el origen teórico de lo que puede suceder si desde lo alto de una montaña rueda cuesta abajo una insignificante piedrecita. La protesta, después de rodar por todos los despachos del Alto Ministerio, fue a dar sobre la cabeza del Superintendente Richard Hogarty, pagando al final los platos rotos el insignificante inspector de segunda William Pinwell.

Todo esto ocurría a la semana justa de ser detenido Thomas Fossorit. Los interrogatorios al presunto asesino habíanse sucedido con una continuidad agotadora, cerrándose el acusado en una palinodia lacrimosa, para pregonar a gritos su inocencia. En tales circunstancias, el Superintendente Hogarty hervía de desesperación, sin más pruebas entre sus manos que una colección de misivas amorosas.

Percival, después de hacer algunos jocosos comentarios sobre estas consideraciones, despidióse del atribulado Pinwell.

—De veras, William; si estuvieras casado, ahora tendrías donde desahogar tus penas.

El aludido, pese a su mal humor, situóse frente a su amigo mirándole con extrañeza.

—¡Tú sí que llevas varios días preocupándome, honorable bossy! Razonas como lo haría una persona normal, y por si fuera poco puede encenderse ante tu boca un fósforo sin peligro a que se te inflame el aliento. ¿Estás enamorado o es que se ha declarado la Ley Seca?

—¡Oh...! El que me hayas visto acompañado todos estos días no quiere decir nada. Yo... ¡Vete al diablo, Pinwell!

—¡Adiós, pichoncito!

Percival tomó el metro en Alwych, canturreando entre dientes una canción.

* * *

Al salir en la estación de Russell Square compró a la mujer del puesto de flores un pequeño ramo de violetas.

Aspiró el aroma de las flores, mezclado con el olor a hollín de la niebla.

Hallábase en ese momento en el mismo Lisen Street, cerca de la pensión, que tenuemente bosquejaba su silueta a causa de la niebla. Más no fue la calle, ni tampoco la casa, lo que sugiriera una singular asociación de ideas. Subconscientemente acababa de descubrir algo habitual al lugar que le hizo quedarse parado, como el que despierta repentinamente de un profundo sueño. Luego, sus penetrantes ojos sorprendieron la conocida figura de Natalie caminando ante él en dirección también hacia la casa.

Macomber se mantuvo quieto junto a un corpulento árbol de la acera, sin saber siquiera el porqué. Se dijo a sí mismo que le molestaba la circunstancia de entrar a un mismo tiempo los dos en la pensión, teniendo que cruzar alguna frase obligada acerca del tiempo.

La dama, al llegar junto a los escalones de la entrada, detúvose buscando algo en el bolso; seguidamente miró hacia ambos lados de la calle, pasando de largo sin hacer intención de penetrar en el número diecinueve.

Percival, escondido detrás del árbol, silbó entre dientes, apretando en su mano envaradamente el manojó de violetas. A continuación deslizóse sigilosamente en pos de la mujer, pegado a la pared, y a una distancia prudencial.

No tuvo que andar mucho, viéndose obligado a silbar por segunda vez: Natalie, tras de mirar nuevamente a su alrededor, empujó prestamente la verja de Mr. Garret, introduciéndose en el jardín.

Ante la puerta principal pulsó nerviosamente varias veces el timbre, saliendo al fin a abrir el ama de llaves. Ambas mujeres se miraron unos segundos, sin que entre ellas mediara una palabra y Mrs. Singleton pasó dentro.

Macomber rascóse la cabeza sorprendido ante la inesperada visita de Natalie al paralítico. Sospechó por unos instantes que esta trataba ahora de averiguar la verdadera relación de la enfermera muerta con Thomas Fosserit. Desechó la idea, orientándose a través del jardín para situarse bajo la ventana del salón donde viera últimamente a Mr. Garret rodeado de sus maquetas navales.

El cielo habíase ido oscureciendo hasta parecer algo compacto que flotase mezclado con la misma niebla. Una pareja de novios pasó junto a la verja riendo en voz alta. Macomber acurrucóse contra la pared. Del interior salieron voces airadas que el policía no logró identificar.

Apoyando los pies en el friso de piedra, se izó a pulso sobre la barandilla protectora de la ventana. A pesar de estar las cortinas corridas, consiguió atisbar por un pequeño hueco.

Tuvo que sujetarse firmemente, parpadeando durante unos segundos sorprendido, mordiéndose los labios para no emitir su peculiar pitido.

Natalie Singleton, de cara a la ventana, accionaba aparatosamente con

el rostro excitado, en tanto que el paralítico Mr. Garret, con la cabeza hundida y las manos cruzadas a la espalda, paseaba a grandes zancadas por el centro de la habitación.

CAPÍTULO IX

El honorable Macomber, aplastando las violetas contra los hierros de la ventana, intentó vanamente por unos instantes ponerse al corriente de la situación; después, arrimó sus largas narices al cristal, con la misma avidez que Miss Linch prestaba a los seriales amorosos de la televisión, pegando su cara extasiada a la pantalla.

Mr. Garret hablaba en ese momento enseñando los dientes. Toda su cara irradiaba fuego; un calor de fiera contenida, que le hacía arquear el cuerpo, como un gato cuando se despereza. Natalie, a su vez, semejaba el ratón microscópico que, incomprensiblemente, hacía cara al gigante, alzando retadora su mirada histérica y desesperada frente al falso tullido.

Ambos se estuvieron midiendo unos segundos, intuyendo Macomber una pelea de gallos feroces. Al final, Garret, poniendo gesto de hacer un esfuerzo desesperado, dio media vuelta para dirigirse presuroso a un armario situado al fondo. De su bolsillo extrajo nerviosamente un manojito de llaves, abriendo el mueble.

No obstante la distancia, al policía le fue fácil adivinar que el hombre sostenía entre sus manos un talonario de cheques.

Estuvo escribiendo sobre un talón que arrancó después para tendérselo a Natalie con ademán airado. La mujer, tras arrebatárselo de un tirón, salió de la habitación con el mismo aire retador que había mantenido a lo largo de toda la entrevista.

Garret, presa de la ira, temblaba como un azogado.

Avanzó hasta la mesa donde la maqueta casi acabada del velero alzaba sus mástiles de palo al cielo de la habitación, cogiéndola con manos crispadas. Esta vez Macomber pudo precisar con perfecta claridad el rugido de rabia que brotó de la garganta del hombre, mezclado con el ruido de la frágil maqueta al estrellarse contra el suelo.

El policía tuvo que agazaparse al oír el ruido de la puerta de la calle al abrirse, temiendo por unos instantes ser descubierto. La luz del recibidor, deslizándose por las baldosas de la entrada, proyectaba la silueta de la mujer en el umbral. Oyóse un portazo.

Natalie Singleton pasó junto al oculto Percival, con los ojos brillantes cual luciérnagas y el andar altivo de una reina.

La mañana londinense presentábase tupida. Los guardias de la circulación alzaban más de lo normal sus manguitos fosforescentes, regulando el tráfico con gran dificultad.

El parte meteorológico de última hora había predicho «puré» en su máxima concentración, y más de un ciudadano precavido, desistiendo de sacar a la calle su propio vehículo, optaba por los medios habituales de transporte, haciendo con esto que en las primeras horas subir al metro resultara parecidísimo a la retirada de Dunkerke.

Este fue el motivo por el cual dos personas (distanciadas lo suficiente como para que la primera no advirtiera a su seguidor) tardaran hora y cuarto en arribar al French Bank.

El cobro del talón demoróse poco tiempo; Natalie Singleton contaba con gesto complacido los billetes antes de guardarlos en el bolso, cuando una mano inesperada vino a posarse suavemente en su hombro.

—Buenos días, Mrs. Singleton.

La mujer, sofocando un grito, dio media vuelta, escondiendo los billetes. Percival Macomber sonreía amablemente, con el más jovial de sus matinales saludos.

—Mrs. Singleton... no quisiera con ello ocasionarle ninguna molestia, pero... va a tener que acompañarme —lo último lo dijo con acento firme.

—Ten... tengo prisa... ¡Déjeme pasar!

Le interceptó el paso con el cuerpo.

—¡Ahora no soy más que un agente de la autoridad! Le ruego, señora, que me ahorre la violencia de tener que requerir ayuda.

El desconcierto inicial de la mujer se vio sustituido por uno expresivo de rabiosa impotencia. Echaba chispas por los ojos, golpeando el suelo nerviosamente con el tacón. La costó gran trabajo hablar a través de sus dientes apretados cuando dijo ponzoñosamente:

—¡Le pesará...! ¡Le pesará esto, Macomber...! ¡Y no se acerque a mi hija...!

—¡Deje a su hija en paz y no la mezcle en nada...!

Salieron del Banco sin volver a cruzar la palabra, únicamente en el taxi, Natalie comenzó a musitar algo en voz baja, como si orara una nerviosa letanía.

—¡Le pesará, Macomber...!

Percival tuvo que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para alejar de la imaginación la imagen de San Jorge aplastando la cabeza del dragón.

El Superintendente Hogarty, miró fugazmente las manecillas de su reloj, lamentando la hora y cuarto perdida, con análogo dolor al del niño a quién acaba de robarle la merienda el perro.

—¡Por Dios, señora; llevamos aquí media mañana, y usted se obstina en no responder unas insignificantes preguntas! Comprenda, Mrs. Singleton, que su situación es bastante delicada; ayudando a la policía, se ayuda a sí misma.

Natalie clavó sus largas uñas en el cuero del bolsillo.

—Esto es cosa mía... no tiene nada que ver con sus crímenes. El hecho de que yo cobre un cheque, no es ningún delito...

—Ya sé, ya sé, señora; pero no es solo un cheque; son varios, y de la cuenta de Mr. Garret — después de airear el papel que tenía en la mano, estuvo leyendo algunas cantidades—. Julio, quinientas libras, agosto... ídem, setiembre ochocientas. Luego salta a diciembre con un talón de dos mil. En lo que va de año, enero, febrero y parte de marzo, extracciones por un valor total de... tres mil novecientas setenta y ocho libras. Señora... es mucho dinero para que pensemos en tómbolas de caridad.

—¡Y qué le importa a usted ni a nadie si él me entrega dinero...!

Hogarty paseó su mano abierta por la boca, como si hiciera esfuerzos para tragarse una píldora de paciencia.

—Señora, yo soy la Ley. Tiene que intrigarme toda la vida y milagros de posibles sospechosos... ¡Y en este caso hay «nada más» que tres muertos por medio!

Natalie hizo centellear sus pupilas cuando, cogida con ambas manos al borde de la mesa, dijo virulentamente:

—¡Ya tiene usted detenido al asesino!

El Superintendente desvió los ojos de la iracunda mujer, oscilando la cabeza con desgana en imprecisa dirección. Al final, quedóse mirando a Percival, de pie junto a él, en respetuoso silencio.

—... Necesito pruebas, señora, ¡pruebas! Pequeños indicios... algo más efectivo y que pueda conducirnos a alguna parte. ¡A un hombre no se le puede llevar a la horca por el simple hecho de escribir una colección de cartas amorosas!

Con esto tocó una tecla que hizo vibrar a Natalie como un registro de órgano. Los ojos de la mujer adquirieron aspecto de luminarias. Percival contrajo la nariz igual que si la atmósfera de la habitación invadida por un repentino odio, se hiciera irrespirable como una cámara de gas.

—¡No es suficiente... para usted no es suficiente! ¡Entonces si quiere pruebas, pregúntele a él; ande...! ¡¡Pregúntele!!

—Pensaba hacerlo sin que usted me lo indicara, Mrs. Singleton. Le preguntaré a él; preguntaré a Mr. Garret... y preguntaré al mismo diablo si hace falta. Todo guarda un orden en esta vida, señora; a usted he querido brindarle el principio por considerarlo más... leve.

Levantóse de la silla mirando a la mujer desde arriba, como se mira una serpiente. Tras de pulsar un timbre con la palma abierta de la mano, dijo silbante:

—Siento, señora, que mientras yo me dedico a preguntar a la gente, usted tenga que quedarse aquí.

Natalie saltó de la silla, doblando su cuerpo de pantera por encima de la mesa.

—¡Usted no se atreverá a detenerme! —chilló.

—No se enoje, Mrs. Singleton. Es solo una simple medida de precaución —repuso Hogarty secamente.

La mujer miraba ahora fijamente a Percival, como si de un momento a otro fuera a abalanzarse sobre él para devorarlo.

—¡Usted tiene la culpa de todo! ¡Me las pagará... le juro que me las pagará! ¡Hipócrita! ¡Cómprele violetas a mi hija, ande...!

Un guardia uniformado abrió la puerta.

—¡Llévesela!

Natalie salió gritándole a Percival la más floreada colección de vituperios que el noble se oyera dedicar jamás en su vida. Los dos hombres miráronse en silencio, como si el despacho acabara de cobrar la palidez de un cementerio.

—¿Qué ha dicho de unas violetas, Macomber?

—No... no lo sé, señor. Entiendo bastante mal el lenguaje de las arpías.

Y el Superintendente Richard Hogarty, contemplóle aviesamente, como se suele mirar a un convicto de atraco.

* * *

Percival comenzó a morderse pensativamente la punta de sus guantes según se iba acercando a la pensión de Mamá Jelly.

Nada hasta el momento se le presentaba claro.

Tres crímenes.

Y coartadas a discreción por parte de todo el mundo.

Tres crímenes.

Tres piedras dejadas caer a plomo sobre un charco fangoso, empañándolo todo.

Tres crímenes.

En principio sin relación aparente con ninguno de los personajes vigilados por la policía, para al final, resultar todos sospechosos, estrechamente vinculados entre sí, por las más variadas pasiones.

Mr. Garret, Natalie y Fosserit. Un extraño triángulo.

Nicolás Blummer y Mrs. Herbertway.

¿Por qué no Gregoropoulos y Deverger?

...Y Elisabeth y él mismo, y Hogarty; y mamá Jelly aguantándoles a todos...

—¡Tres crímenes, Señor, tres crímenes...!

Ahora, la sola idea de tener que enfrentarse con Elisabeth participándola la detención de su madre, producíale cierto malestar físico, semejante al que, de niño experimentaba cuando le hacían recitar poemas delante de las visitas.

—Buenas tardes, inspector Macomber.

El agente uniformado de guardia ante la puerta de la pensión saludóle brotando de la niebla.

—Hola, Griffiths. Magnífico día; maravilloso día... ¡para vivir en cualquier sitio menos aquí! Procure que con esta niebla no le roben el casco; los guardias a pelo defraudan al turismo.

Después de oír un «Lo tendré en cuenta, señor», Percival traspuso la puerta maldiciendo su sino.

—¡Límpiese los pies en el felpudo, Sir Percy; luego me pone usted la casa perdida! —el aludido sometióse mansamente a la orden bajo la tutelar mirada de Mamá Jelly en persona—. En días así ¿por qué no sale con los chanclos de goma? ¡No es extraño que la gente muera de pulmonía!

—¡Oh, si toda la gente muriera de pulmonía, qué plácida y deliciosa sería mi profesión!

—Vamos, Sir Percy, que se enfría la sopa.

En el comedor, los comensales parecían ir por el último plato. Macomber saludó al entrar, procurando no dirigir su mirada hacia el lugar donde sabía que Elisabeth tomaba asiento.

La mesa parecía desolada sin la presencia de Natalie, Mr. Deverger y el griego Spiros.

—¿Qué pasa hoy? ¿Se ha declarado huelga de hambre?

Elisabeth aclaró su pregunta.

—Mr. Spiros ha telefoneado diciendo que tenía demasiado trabajo. Mi madre debe haberse quedado a comer por ahí, a causa de la niebla, y Mr. Deverger prefiere hoy comer en su cuarto.

—¡Es el mejor sitio donde puede comer ese «tipo» a falta de porqueriza! —intervino airada, como de costumbre, Mrs. Herbertway—. ¡«Ese» sujeto,

se ha permitido insinuar que prefiere comer debajo de su cama, antes que soportar... bueno, dice que la actitud de Nicolás y mía... en fin, se comprende.

Percival hubiera jurado que Mrs. Herbertway, se hallaba sentada más bien encima de «Nicolás», que en su propia silla. Mr. Blummer, dio dos cachetitos conciliadores sobre la mano que acabara de serle otorgada días atrás.

—No te alteres, querida; ese rufián acabará el día menos pensado viéndose la cara conmigo.

Miss Linch abrió por una sola vez la boca, para dar su funesta opinión.

—Yo creo que Mr. Deverger se siente un poco solo; a mí me es muy simpático...

Las censuras de Mrs. Herbertway corrieron por la mesa como si de la sopra brotaran lagartos.

Minutos más tarde, Elisabeth reunióse con Percival, fumando éste pensativamente ante la chimenea.

—Me pregunto por qué de un tiempo a esta parte, constituye un récord imposible el llegar hasta el postre.

Macomber respondióla sin separar su cabeza, apoyada en la repisa de la chimenea.

—Están todos nerviosos; mejor dicho, lo estamos. Lo siento por Mamá Jelly; cuando esto acabe y cada cual pueda campar por su cuenta, la pensión se va a quedar vacía. En el fondo, somos desagradecidos hasta con nosotros mismos.

—¿Usted se quedará, Percy?

—Mamá Jelly me vio nacer; ésta es un poco la prolongación de mi casa. En tanto no cambie mi situación y...

—¿Y qué, Percy?

El policía tragó saliva sepultando firmemente la testa en su antebrazo; aun así, sintió el aliento cálido de Elisabeth haciéndole cosquillas en el cuello.

—Quiero decir, que... que, podría casarme... a lo mejor.

—¿Sí; Percy?...

Elisabeth debió acortar distancias, sintiéndola Macomber mucho más cerca de lo que en ese momento le habría gustado evitar. Esa bomba impelente y extraña que llevamos todos en el estómago, hizo que la sopa se le subiera nuevamente al paladar. En unas décimas de segundo, renegó de sí mismo, y hasta de Mr. Ribert Peel, ajeno este último, cuando el 15 de abril de 1829 presentara el proyecto de creación de Scotland Yard a la Cámara Inglesa, de los inconvenientes y sinsabores que siglo y cuarto después habría de proporcionar a uno de sus subordinados.

—Percy... Percy. ¿En qué piensa? Quisiera tener algún ascendiente en

usted para...

La mano tibia de Elisabeth fue a posarse inesperadamente sobre los cabellos de Macomber. En su vida podía imaginar el Honorable, que una caricia tan deseada, habría de proporcionarle la misma repentina impresión que la coz de un caballo en plena rabadilla.

Cuando quiso recordar, se hallaba sudoroso bajando los escalones del pórtico de entrada, con la gabardina todavía al brazo y la respiración entrecortada, como el nadador que sale a flote después de resistir cinco minutos buceando.

—Buenas tardes, inspector Macomber.

—Buenas narices, agente Griffiths.

Pero lo dijo tan cadenciosamente, que el guardia uniformado, no las entendió claramente.

* * *

Mr. Garret hallábase sentado en su sillón de ruedas reparando cuidadosamente la maqueta que Percival viera estrellarse el día anterior contra el suelo. Al entrar el detective, saludóle afablemente.

—¡Buenos días, Mr. Macomber! ¿Qué le trae de nuevo?

El recién llegado, permaneció de pie, sombrero en mano.

—Creía una obligación venir a decirle que Thomas Fosserit se halla detenido acusado de asesinato.

El marino dejó cuidadosamente el velero sobre la mesa, rectificando la posición del sillón de ruedas para situarse frente al policía. En las comisuras de sus labios Percival adivinaba una dura sonrisa contenida, como si interiormente le regocijara la noticia.

—¿Y bien?

—La cosa se ha complicado con la intervención de unos nuevos sospechosos.

—Será interesante leer la Prensa de esta noche.

—¡No hace falta, Mr. Garret! —repuso afiladamente el policía—. Voy a ofrecerle las primicias de cualquier primera plana. Los sospechosos a que me refiero son dos; uno, Natalie Singleton, y el otro usted.

Desde su silla de ruedas, Garret, con el ceño fruncido y la mirada taladrante, parecía ahora un capitán de portada en colores, en el centro mismo del temporal. Separó los labios unas décimas para decir con frialdad:

—Por favor, no se interrumpa, joven; es usted quien ha venido a darme noticias.

Su impasibilidad irritaba a Percival hasta el extremo de llevar la

entrevista por unos cauces imprevistos.

—Sabemos que ha estado entregando cantidades a Natalie Singleton, por valor de varios miles de libras. Esta mañana fue sorprendida cuando cobraba el último cheque.

—¡Bravo, joven; admiro su envidiable sagacidad! Alcánceme el Jerez y brindaremos por el relleno de su cabeza.

Percival estiróse vivamente, sentenciando con voz silbante:

—¡Levántese usted mismo, Mr. Garret y vaya a cogerlo! Puede hacerlo perfectamente.

El hombre estiró la curtida piel de su cara como si fuera una máscara de cuero. Tenía los dientes perfectos, grandes y compactos, cual un extraño cepo de marfil.

—¿Qué quiere decir...?

—¡Que no es necesario que finja usted más; sabemos de sobra que no es inválido! La próxima noche que sienta usted deseos de correr por la habitación, díglele a su ama de llaves que cierre bien las cortinas. ¡Entre otras cosas, me dolió entrañablemente que rompiera su barco contra el suelo!

Garret lanzó la manta escocesa a un lado, alzándose majestuosamente del sillón. Visto de cerca, aventajaba en estatura al propio Percival; su maciza complexión resultaba inclusive sorprendente para un hombre de su edad.

Avanzó hacia el detective andando despacio, con los brazos arqueados a los lados del cuerpo y los ojos chispeantes como dos ruedas de fuegos artificiales. Macomber inclinó el cuerpo hacia delante esperando la acometida.

Sin embargo no hubo lucha; las palabras pronunciadas por Garret, fueron más que suficiente para que Percival se sintiera abatido y desconcertado.

—Y... ¿Quién le ha dicho a usted jamás que yo fuera inválido?

Macomber parpadeó indeciso, encontrando el vocabulario inglés más reducido en palabras de lo que nunca llegara a imaginar.

—Eh... bueno... aparentemente lo ha estado demostrando.

—¿A quién...? ¿A los intrusos que invaden mi casa? ¡Soy muy dueño de andar por ella en silla de ruedas o a caballo, si es que me da la gana! Si he tenido a mí servicio una enfermera, ha sido para que cuidara de mi sistema nervioso.

Percival se hizo fuerte, intentando hallar respuestas eficaces.

—Tendrá que declarar el porqué de esas cantidades entregadas a Natalie Singleton y su relación personal con ella.

—¡El dinero puedo dárselo porque quiero! Existe una cosa que se llama filantropía. Está necesitada y yo la ayudo; esa es también la relación que

existe entre ambos. ¡Y ahora, si quiere hacer más preguntas, se las hace a ella!

Sus propias manifestaciones enardecíanle como si entonara un himno patriótico. Sabía que el tifón estaba vencido, y él, triunfante como un soberbio tritón, invencible a la furia de los mares.

—Ha de probar sus coartadas. Usted está tan en condiciones como cualquiera de los sospechosos para poder cometer un crimen.

—¡Enseguida, jovencito! —caminó hasta la chimenea para oprimir un timbre. El policía pudo percibir en sus alterados pasos una imperceptible cojera.

Casi en el acto, abrióse la puerta de cristales, apareciendo en su marco la figura del ama de llaves Mrs. Clarence.

—¿Llamaba, señor?

A pesar de dirigirse a Garret, su mirada sombría observaba a Macomber. Este a juzgar por el odio que emanaba de su persona, dedujo que la mujer había estado escuchando gran parte, si no toda la conversación.

—Clarence —interrogó el viejo—. ¿Recuerda exactamente cuándo salí por última vez a la calle?

La criada repuso rápidamente sin titubear.

—Siete años y tres meses, señor. Desde que vinimos a esta casa.

Garret volvióse encolerizado al policía, enseñándole los dientes, grandes como teclas de piano.

—¡Ya lo ha oído; transmítaselo a su jefe. Ahora márchese...! ¡Ah... y otra advertencia; espero que no vuelva a espiarme a través de las ventanas. Yo no soy Thomas Fosserit y aunque tuviera que gastarme todas mis rentas, veríamos de qué forma se ejerce la Ley todavía en Inglaterra!

Estaba todo dicho; Macomber lo comprendió así, dándose irremisiblemente por vencido. Sólo su amor propio picábale en la garganta como un caramelo de guindilla. Por unos segundos, estuvo imaginando mil excusas, para emprenderla a mamporros con el viejo zorro.

—Alguno de los dos está equivocado, Mr. Garret. Por bien de usted, ojalá sea la policía.

Cuando él llegó con el sombrero encasquetado hasta la puerta de la calle, Mrs. Clarence todavía corría, tratando de acompañarle por la mitad del pasillo.

* * *

El Superintendente Richard Hogarty, daba saltos por la estrecha habitación como un mono enjaulado. En el centro del despacho, Percival, siguiendo en panorámica los paseos del otro, encomendábase a todos los

santos en muda súplica de paciencia.

—¡Le dije a usted que si era necesario me lo trajera detenido!

—Ya lo sé, señor; pero ese viejo es escurridizo como una anguila. No habríamos adelantado nada sumando otro sospechoso más a nuestra inútil lista de detenidos.

Macomber tenía la buena cualidad de saber qué frases son las que no deben decirse en este mundo; no importa que en muchos casos, esto lo advirtiera aun después de haberlas pronunciado.

—¿Pretende insinuar que yo no sé cómo hay que hacer las cosas? —rugió el *Super*.

El honorable adelantó la mano preventivamente como un guardia de la circulación.

—No... no; yo... yo no quiero decir eso, señor. Sin embargo, si Natalie insiste en no decir más de lo que hasta la fecha ha manifestado, dudo que podamos retenerla por mucho tiempo aquí.

—¡La falsedad es un delito; podría detenerla y hasta hacerla encarcelar por encubrir con sus declaraciones a un presunto culpable!

El subordinado volvió a hacer funcionar la boca sin poner antes en marcha el cerebro.

—Tampoco está muy clara la culpabilidad de Fosserit, señor.

—¿Se le ocurre a usted algo para remediarlo, mi querido inspector Macomber?

Fue un excesivo esfuerzo por parte del Superintendente, que con el rostro congestionado, vióse precisado a tomar asiento en su sillón de cuero. Percival aprovechó la circunstancia, cual boxeador que arrincon a las cuerdas por fin a su contrario.

—Entre Fosserit, la Singleton y el viejo Garret, existe un secreto común que ninguno de ellos se atreve a, poner sobre el tapete. Presione usted al que tiene más atrapado de los tres, señor, tendiéndole una trampa; Fosserit, pese a su aparente entereza no las debe tener todas consigo. ¡Que me corten la cabeza, si casi todo el dinero de Natalie, no se lo ha jugado a las cartas ese tipejo asqueroso!

—¡Qué listo es usted, Macomber! ¿Por qué cree que le he enviado a entrevistarse con ese maldito inválido? ¡Pero para llevar a cabo su genial idea, necesitaba algo más convincente y usted ha fallado!...

—Lo siento sinceramente, señor; yo he hecho cuanto he podido —dijo Percival contrariado.

—No lo sienta; ya da lo mismo.

Hogarty alzóse nuevamente del sillón para encender la llave de la luz; luego, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, se acercó hasta la ventana de cuchilla contemplando la niebla a través de los cristales, como si el vidrio fuera la cara de un inmenso acuario lleno de

agua jabonosa y turbia.

Percival, al otro extremo del despacho meditaba en silencio. Persistía en su cerebro la idea del mecanismo de las ruedas.

La transmisión de fuerzas hacia un solo objeto. Algo oscuro, indefinido; pero cada vez más amplio, más tangible; igual que esa palabra que no se acaba de recordar, a pesar de tenerla en la punta de la lengua...

El Superintendente volvióse de repente hacia él, cortando de golpe sus reflexiones.

—Por una sola vez, Macomber, intente conducirse con la inteligencia que es común en el más mediano policía.

Oprimió un timbre, ordenando que Fosserit fuera conducido a su presencia. Cosa de un cuarto de hora después arribaba éste, conducido con las manos esposadas. Al entrar, miró a los dos policías con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué es lo que se traen ahora?

—Querer manejar a un tiempo varias mujeres, es a veces tan arriesgado como pretender jugar al póker con varios comodines. Las hay peligrosas como un ataque de viruela negra. Yo sé de uno que se enamoró de un par de piernas; poca cosa, si al final no hubiera acabado ahorcándose precisamente con una media.

—¡Les conozco bien; no me vengan amasando cuentos!

—Natalie ha hablado, Fosserit —intervino Percival sombríamente—. No me es usted nada simpático, pero le digo esto porque sé que no volverá a pisar la pensión de mamá Jelly.

—¡¡Váyase al diablo con sus embustes!!

—Al final, Garret no tirará más dinero a la basura. Puedo leerle una bonita relación de cantidades sacadas al viejo por ustedes. Natalie asegura haberle entregado hasta el último céntimo. Usted la obligaba a hacerlo; puede que ella se lo diera voluntariamente, pero nosotros preferimos creer lo primero. Hasta el propio Garret, detestándoles a los dos, es de la misma opinión. ¡Esa es nuestra baza, Fosserit: chantaje y sospechoso de asesinato! De ahí a la horca solo hay dos pasos. Cualquier jurado del mundo lo entendería así. — Percival se detuvo unos momentos para respirar. Luego dijo tranquilo —: Ahora juegue usted sus cartas... si es que puede.

El policía había lanzado al aire la confusa acusación como el que pone su última moneda en la ruleta. Seguidamente, ambos servidores de la Ley aguardaron que la suerte marcara su color a través de la boca de Fosserit. Este tartamudeó unos instantes, tragando saliva con indecisión.

—Están tratando de sonsacarme —dijo con voz débil.

El Superintendente atajóle con brusquedad.

—¡No le he hecho venir para que me cuente nada, Fosserit, sino para poner en su conocimiento el nuevo cargo en contra suya, acusándole de

extorsión! ¡Ahora duerma tranquilo hasta el día del juicio!

—¡Yo no he hecho chantaje a nadie! —chilló Fosserit con el rostro demudado.

—Son dos personas a acusarle a usted.

—¡Malditos los dos, piojosos; ellos son los que tienen por qué callar!

—No nos venga con historias, Fosserit; ya le he dicho que no tenemos el menor interés en oírlo. — Hogarty oprimió el timbre sobre su mesa, apareciendo en el acto el agente uniformado que trajera al detenido.

Thomas, con las manos anilladas húmedas por el sudor, aferróse al borde de la mesa gritando:

—¡Espere! ¿Qué más les ha contado esa mujer?

—De momento no ha sido necesario que nos contara más. El día que haga falta que relate cómo le sorprendió a usted reduciendo el censo inglés a hachazo limpio, tendremos mucho gusto en prestarle toda nuestra credulidad.

—¡Maldita sea! ¿Y por qué tienen que creerla a ella y a mí no? ¡Que les diga de qué se vale para sacarle los cuartos al viejo! —

Hogarty se puso a ordenar unos papeles del cajón de su mesa sin prestarle la menor atención, a un tiempo que con la mano, hacía una señal al agente para que cumpliendo lo ordenado se llevara al detenido.

—Vamos, llévesele —dijo Percival.

—¡¡Tiene que escucharme usted, Macomber, al menos!! — sollozó el detenido al ser arrastrado por el guardia hacia la salida —. ¡¡Natalie es la mujer de Garret... están separados!!

Percival hizo un mudo gesto deteniendo al agente. Fosserit, de rodillas en el suelo, sollozaba igual que una mujer.

—Es por eso por lo que ella le sacaba el dinero, ¿no?

Thomas negó acongojadamente con la cabeza.

—No; el dinero es para la chica. Aunque ella lo ignora, Elisabeth Singleton es hija de ambos.

La reacción de Percival fue análoga a la de un toro furioso. Cogiendo a Fosserit por las solapas, alzóle en vilo como a un muñeco de serrín.

—¡Eso es mentira, asqueroso!

—¡Pregúnteselo a ellos ya que tienen ganas de hablar tanto...!

El teléfono sobre la mesa comenzó a repiquetear en ese momento.

—Déjele, Macomber, y atienda la llamada. — Percival hizo como le ordenaban, dirigiéndose Hogarty al derrumbado Thomas—. Puede que esto varíe un poco el asunto, Fosserit; medite sobre cuántas cosas nos puedan ser de utilidad, y...

Se detuvo al descubrir a Percival, que con la mano puesta en el auricular le miraba fijamente con cara estúpida.

—¿Qué ocurre, Macomber...? —al ver la indecisión de éste, volvióse hacia el policía uniformado, hablándole secamente—. ¡Vamos; lléveselo de una vez!

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el detenido. Percival murmuró turbado.

—O... otra vez, señor... en Lisen Street. Una mujer joven.

CAPÍTULO X

La asesinada resultó ser una tal Carola Smith, conocida en la barriada por deambular a lo largo de sus aceras en el ejercicio de la profesión más antigua del mundo.

El hacha había cumplido su mortal cometido, esta vez con bastante menos pericia, ya que la infortunada joven, pudo ser trasladada todavía con vida a una clínica de urgencia, sin conseguir desde luego que recobrara el conocimiento, muriendo a la media hora exactamente de ser hallada.

No tenía parientes reconocidos, y en cuanto a sus compañías más habituales, dada su condición, hubiera sido imposible, aun movilizándolo todo Scotland Yard, tener una idea ni siquiera aproximada.

Hogarty había destacado a Percival para reconocer el lugar del crimen, en tanto que él, acompañado de dos agentes, asistía a los últimos instantes de vida de la tal Carola Smith en un ambulatorio de la calle Grafton.

Macomber, ante el charco de sangre embarrado, manteníase abstraído metidas las manos en los bolsillos de la gabardina.

Este nuevo crimen carecía de sentido, a no ser...; a no ser que el reciente asesinato fuera un nuevo «certificado» destinado a probar la inocencia de alguno de los dos detenidos.

Esa era la conclusión a que Percival diera vueltas en su cabeza desde el principio.

Dos ruedas.

Dos asesinos.

Al llegar aquí, sintió un leve escalofrío.

Ahora las cosas, si bien no muy claras, tampoco parecían tan disparatadas. A pesar de todo, la idea seguía siendo nebulosa.

Suponiendo que «Mr. Hacha 1.º» intentara desde la calle proteger a su cómplice con un nuevo crimen: ¿Cuál de los dos detenidos podía ser el otro culpable? ¿Natalie? ¿Fosserit?

En este extremo, sin embargo, algo se desmoronaba.

El griego.

Gregoropoulos había estado también detenido, cometiéndose durante

su confinamiento otro asesinato. Entonces tanto Natalie como el jugador estaban libres.

¡Bien podía ocurrir que...!

En ese momento el Superintendente, con cara de vinagre, brotó de entre la niebla llevando pegados al faldón de su impermeable a dos subordinados.

—¿Qué hay...?

—¡Eh...! Ah; perdón, señor; estaba distraído — señaló hacia el suelo apenas visible un metro más abajo —. Nada; he hecho que tomen las fotografías después de revisar varios metros a la redonda, pero es imposible el poder apreciar nada; con esta humedad, el piso está lustroso como un baldosín recién fregado. Tengo a dos agentes de puesto; he querido que usted diera un repaso.

Hogarty gruñó como un perdiguero mientras se inclinaba para revisar el suelo. Tres potentes linternas estuvieron iluminando a través de la densa atmósfera, hasta que el *Super*, jadeando, optó por levantar la cabeza.

—Deje un guardia de puesto y vamos a acercarnos a la casa.

—Si se refiere a la pensión, mientras se tomaban fotografías, ya he estado yo, señor.

Hogarty tuvo que acercarse para interrogar con la mirada a su subordinado. A juicio de Percival, su aliento olía, a agrio, a enfermedad de estómago.

—Iba a decírselo, señor; están todos menos uno de los hospedados. Falta su equipaje como si hubiera abandonado la casa precipitadamente.

—¡Acabe de una vez!

—El contable Nicolás Blummer. Se ha escapado con los ahorros de su... de la que iba a casarse con él, Miss Herbertway, y...

—¿Cómo no ha hecho por notificármelo antes? —tronó el superior.

—Llamé a la clínica hará cosa de media hora, pero usted ya había salido. Al ponerme en comunicación con la jefatura, me dieron la noticia de que la casa en que Nicolás trabajaba acababa de poner una denuncia acusándole de robo. Blummer llevaba más de un mes retrasando el balance con diversas excusas; hoy, al tomar el gerente la decisión de que se realizara el arqueo sin más demora, el contable no dio la menor señal de vida. Revisadas las primeras cuentas, faltan aproximadamente unas tres mil libras.

Richard Hogarty acaricióse desesperadamente la cabeza con ambas manos, sin reparar en su sombrero puesto.

—¡Por San Jorge; lo mejor va a ser poner barrotes en esa maldita pensión y encarcelarles a todos perpetuamente...!

—Ya he dado órdenes haciendo una descripción detallada de Blummer para que se establezca una vigilancia especial en estaciones y demás

centros de transporte.

—¿Quién está ahora en la pensión? —preguntó el *Super*, comenzando a caminar apresuradamente.

—William Pinwell, señor; ha registrado toda la casa y en especial la habitación del contable sin poder hallar nada de particular. Al ocurrir el hecho, Miss Linch se hallaba en su cuarto como de costumbre ensayando con el arpa. El francés Deverger asegura haber estado durmiendo toda la tarde porque le dolía la cabeza. Miss Herbertway, al salir de su trabajo en el cinema Pleyel, sobre las ocho, estuvo según ella esperando infructuosamente que Blummer, conforme al plan diario, fuera a recogerla. Al llegar aquí se enteró de lo ocurrido, incluida la



Lanzó un grito de espanto

travesura de su Romeo. Entre dos ataques de nervios nos refirió lo de sus ahorros. Nicolás le pidió urgentemente esta mañana el dinero para invertirlo en unas acciones que eran regaladas...

—Y tan regaladas...; el atentado tuvo lugar exactamente a las ocho y diez, ¿no?; quiere decirse que hasta el momento todos tuvieron magnífica ocasión de partírsela la cabeza a esa chica. ¿Quiénes más faltan?

—Gregoropoulos; llegó también hace un momento. Según él, puede probar que a esa hora se hallaba en la funeraria. Pinwell lo ha refrendado telefónicamente llamando al dueño.

Habían llegado ante la puerta de la pensión. Un grupo de sombras cercaba la entrada. Era una compacta aleación de policías uniformados y periodistas.

Centellearon dos relámpagos, haciendo cerrar los ojos nerviosamente a Hogarty.

—¡Vamos, *Super*; la gente tiene derecho a enterarse... déjenos entrar...!

—¡Apártense...! ¡Macomber, vamos adentro...!

En el último peldaño, después de haber salvado la barrera humana establecida ante la puerta de mamá Jelly, Percival permitiéndose coger a su superior por el brazo, mirándole vagamente.

—Un momento, señor... antes de entrar — Hogarty ladeó la cabeza intrigado—. Falta... Elisabeth Singleton. Había salido de la redacción de la revista de modas donde trabaja, a entregar unos diseños que eran urgentes. Estuvo hasta las ocho menos diez; yo mismo he comprobado su coartada. Luego vino en el metro. Como la redacción del periódico se halla en Fulham, ni aun a pesar del medio de locomoción empleado habría tenido tiempo para llegar hasta aquí antes de la hora del atentado...

El *Super* fue a decir alguna intemperancia mirando ceñudamente al turbado joven; seguidamente cambió de parecer, suavizando su expresión.

—Esa es la de las violetas, ¿no, Macomber...?

—Su madre llegó hace aproximadamente una hora después que usted ordenara fuera puesta en libertad. Estuvo insultándome delante de todos en el salón hasta que se quedó ronca. Me temo, señor, que ya no habrá más violetas.

—Fue una pena el tener que soltarla, muchacho; aunque me temo que mañana no tendré más remedio que hacer otro tanto con ese indeseable de Fosserit. Si Blummer no es el asesino, estamos otra vez en el principio.

—¡Hogarty! —chilló desde abajo una voz—. ¡Prepárese a leer en mi periódico un articulito sencillito sobre el Cuerpo de Policía y la amabilidad!

—¡Peterson! —rugió a su vez el *Super*—. ¡Mire a ver quién ha sido ese y cuando yo dé la orden, ¡que pasen todos menos él! —volvióse nuevamente a Macomber—. Acérquese a charlar con Garret; si se pone duro déjemelo a

mi. Luego regrese.

Percival musitó un débil «Sí, señor». Bajó los escalones interceptándole el paso un individuo con gafas, enarbolando una pesada «Linhof Camera».

—¡No ha sido mi intención molestar al jefazo, inspector. La primera vez en un mes que van a dejar pasar a la gente, y yo me quedo fuera!

—Está bien, Jig; pero otra vez clávese la lengua con escarpías.

Pero Percival, en ese momento, hubiera preferido ser estibador del Támesis. El solo repaso mental de la furiosa Natalie despeinada, gritándole los más procaces insultos, ante la sorprendida mirada de su hija Elisabeth, hacía sentir su propia humanidad pequeña y rastrera como la del más insignificante gusano. Pese a todo, «ella», ignoraba todavía la verdadera identidad de su padre, ya que no del todo el vehículo pernicioso existente entre Natalie y Fosserit.

De cualquier forma la situación se haría insostenible, máxime cuando al día siguiente Thomas fuera puesto en libertad y se enfrentara con la mujer de Garret...

—Buenas noches, inspector.

Percival había destacado un agente uniformado ante la casa del viejo lobo de mar. Saludó distraídamente, trasponiendo a continuación la verja del jardín. Mrs. Clarence, después de abrir, cruzóse de brazos ante la entrada como un eunuco insobornable a la puerta de un harén.

—Mrs. Clarence —dijo Percival pacientemente—, ha sido asesinada nuevamente en esta calle una mujer y vengo aquí en acto de servicio. Si usted me intercepta la entrada digo a ese guardia que se la lleve detenida y yo paso de todas formas.

La mujer, después de mirarle como solo se puede hacerlo con un gorila escapado del jardín zoológico, introdújole pasillo adelante.

Garret, en su sillón de ruedas, le daba la espalda mirando hacia la ventana.

—¿Qué quiere...? —preguntó con voz cavernosa, sin hacer intención de volverse.

—Buenas noches, Mr. Garret. Ha sido asesinada...

—¡Ya lo sé!

—¿Qué más sabe? —repuso Percival complaciente.

El sillón dio la vuelta en un rápido y habilidoso giro, para enfrentarse su ocupante con la rígida figura del policía.

—¡Es usted quien lo sabe todo, Macomber! ¡No importa que esto sea a costa de sembrar el daño, amargando la vida a personas inocentes!

—¡Ah...! Ya ha hablado con Natalie, ¿eh?

—¡No me importan ella ni sus estúpidas amenazas, inspector Macomber! —bajó la mirada al suelo como si se asomara a algún negro abismo. Toda su arrogancia de días anteriores daba paso ahora a un

impresionante aspecto de patética desesperación; incluso su voz, la de dar ásperas órdenes, vibraba como el cristal de una copa al ser golpeado.

—Estoy cansado, Macomber. Cansado de andar de un lado para otro, igual que un buque fantasma. No quiero darle lástima... ¡No quiero darle lástima a nadie!

Garret hizo una pausa, jadeando en el sillón.

—Se casó conmigo por dinero; incluso tuvo el valor de decírmelo cuando quise imponer un freno a su despilfarro. Con sumo gusto la habría matado; quizá me contuvo el hijo que íbamos a tener: Elisabeth. Nuestra situación fue empeorando. Cuando dejé de darle dinero, ella se marchó. Ese era el único vínculo que la retenía en su lugar de esposa «fiel». Desapareció llevándose dentro de sus entrañas algo que yo no hubiera podido quitarle. Fue su mezquina venganza.

Bajó el tono de su voz murmurando apenas las palabras. Tenía, los ojos estriados por pequeñas líneas rojas. Las pupilas fijas, hundidas como taladros en algo más lejano que las paredes, de la habitación...

—Después hubo muchos años por en medio. El mundo es pequeño, Macomber; se lo dice un hombre que lo ha corrido palmo a palmo hasta cansarse. Andar y andar, para venir a parar a un mismo palmo de terreno. No ha sido la casualidad, desde luego: ella me encontró a mí o yo la encontré a ella, da lo mismo. Lo importante es Elisabeth y los veintitantos años de veneno volcados día a día sobre mi memoria. Una hermosa labor corrosiva muy propia de Natalie.

Las diferentes emociones se reflejaban en el movimiento de sus labios temblorosos. Macomber no podía precisar si en las palabras del hombre había ahora odio, cansancio o dolor.

—No es fácil atajar ese mal, al menos yo no sé cómo hacerlo sin conseguir que entre esa víbora y yo envenenemos el alma de Elisabeth llenándola de duda y rencor. Ese sería un duelo en el que nuestra hija llevaría la peor parte. Puedo conseguir que desprecie a su madre, pero lo que no es tan fácil es el demostrarle si yo alguna vez fui bueno y tuve razón. En bien de ella, prefiero que de momento todo quede como está... aun a costa de que Natalie me sangre sacándome mi dinero, que dudo llegue jamás hasta mi hija.

Añadió:

—Cada día pienso que va a ocurrir algo; alguna cosa que aclare al fin esta maldita situación. Lo he esperado siete años sentado sobre esta silla. ¿Comprende ahora, Macomber?

Ya no era el hombre abatido del principio. Sus ojos bailaban ante Percival como dos globos ígneos llenos de vida.

—No quiero ser hipócrita, Macomber; ese algo que yo esperaba ya está ocurriendo. No lo siento; es más, para mí es solo el comienzo.

El policía se sentía irritado y molesto. Garret, aun en su actitud de padre relegado, resultaba duro, combativo; de una agresividad poco a tono con el verdadero fondo de sus palabras. Macomber no hubiera podido afirmar qué clase de sentimiento le inspiraba este hombre de granito, encajado como un cuatro, agarrotado sobre la silla.

Tres mujeres y un hombre como víctimas inmoladas en menos de un mes, y para Garret era solo el comienzo. — Esperaba algo más —. La petulancia del hombre desencajó a Macomber.

—¿Qué más espera usted que ocurra, Garret?

El marino respondió sin titubear, con las pupilas brillantes:

—Espero otra muerte, Macomber.

—¿Natalie?

Sonrió:

—Si lo afirmara con certeza equivaldría a decirle que yo soy el asesino.

Volvía a disfrutar plenamente de sus invisibles galones de capitán de barco. En su expresión rotunda, desafiante.

Percival, sin dejarse impresionar, mantuvo el mismo tono.

—Bien, Mr. Garret. Esperemos; esperemos todos. Usted, como de costumbre, desde su sillón de ruedas, sumando tiempo a sus siete años.

Subrayó esto último con manifiesta sorna. El marino le miraba con cara vacía, carente de vida, como una escultura mal hecha.

—Le extraña, ¿verdad? que esté cansado de andar y andar

— golpeó con sus puños los antebrazos del sillón —. Ahora este es mi barco; lo tomé hace siete años porque no tenía necesidad de ir a ninguna parte. Si existen motivos para abandonarlo, esta será la nave que menos me duela tener que dejar.

—Que no sea para pasear en la noche a través de la niebla; puede coger reuma. Buenas noches.

Dio la vuelta, saliendo de la habitación precipitadamente. En la calle aspiró la niebla como si el aire enrarecido fuera el oxígeno más puro.

—Buenas noches, inspector.

Percival respondió al saludo del agente meditando otras palabras consigo mismo.

«Sí; quizá para algunos, esta sea una noche entrañablemente buena».

Garret contempló a Macomber cuando salía, a través de los empañados cristales de la ventana.

Hubiera sido difícil precisar si la extraña mueca del marino era o no una sonrisa amarga.

Percival caminó como un sonámbulo por la acera, empostrándose en la niebla. Los árboles desnudos y rígidos, semejaban fantasmas petrificados sumergidos en agua sucia. En la puerta de la pensión se detuvo, viniendo el agente Peterson a su encuentro.

—El Superintendente salió hace un momento. Me encargó que le dijera fuera usted a la jefatura. Ahí dentro, queda el inspector Pinwell con toda esa horda de periodistas. A juzgar por el escándalo que producen, deben ser felices como una tribu de negros africanos en un festín de explorador asado.

Percival ignoraba en qué podía consistir la dicha de los caníbales de África; lo que sí parecía evidente era que Peterson, como el noventa por ciento de los policías, sentía el mismo afecto por los redactores de Prensa que un miembro del Ejército de Salvación por una pipa de opio.

En efecto, los destellos azules de las lámparas fotográficas, reverberaban incesantemente a través de los cristales de las ventanas, como si en el interior de la casa se estuviera librando una batalla de fuegos artificiales. El detective podía apreciar desde su posición las voces de los hombres de la Prensa mezclándose frenéticas.

Dio media vuelta, despidiéndose del agente Peterson.

En su despacho, Hogarty se hallaba solo.

Una cafetera eléctrica desenchufada sobre la mesa, al lado de una taza a medio consumir, pregonaba en qué iba a consistir la cena del Superintendente por esa noche.

—Pase, Macomber, y sírvase café... si es que queda algo —
Percival alcanzó un vaso encerado del depósito de agua, volcándose agradecido una buena dosis de líquido negro—. ¿Qué ha pasado con ese tipo... el del sillón?

El policía sorbió un trago de café ardiendo antes de contestar.

—Ignoro, señor, si Mr. Garret tiene algo que ver con el asunto.

—¡Bien! Podemos extender un salvoconducto valedero para toda la familia. Usted, entretanto, vaya sembrando un campo de violetas; le saldrán más baratas.

—Yo no he pretendido decir eso, señor.

—Da lo mismo, Macomber — en su voz había fatiga y desencanto—. Ya todo da lo mismo. Acabo de hablar con el Comisario Superior; seguramente me quitarán el caso; por lo visto necesito reposo.

—Le juro por mí honor que lo siento.

Hogarty fue hasta la cafetera llenándose nuevamente la taza para seguidamente vaciarla de un sorbo. Luego quedóse ensimismado contemplando los posos del fondo, como una pitonisa que intentara leer el futuro.

—He querido que viniera para encomendarle el mando de la gente

destacada en la pensión. Hay establecida una vigilancia en el exterior de agentes vestidos de paisano. Nuevamente, cada pensionado que salga a la calle será seguido de cerca por dos de los nuestros.

Puso un gesto agrio, como si se hiciera daño en la lengua al tener que repetir las palabras de siempre.

—También se ha dispuesto que se suelte a Fossorit; ya lo he hecho, y a estas alturas disfruta de libertad como cualquier persona decente —volvióse repentinamente, señalando a Percival con la taza vacía—. ¡Pero usted es una autoridad dentro y fuera de la maldita pensión... no le consienta nada, Macomber; si intentara faltarle, hínchele la cara a puñetazos y luego tráigamelo detenido por desacato!

—Sí, señor. ¿Manda algo más?

—Nada; buenas noches.

Percival abandonó el despacho, dejando a Hogarty escurriendo la cafetera, gota a gota, sobre la taza.

* * *

Empleó más tiempo del normal en llegar hasta la casa. Todo un enjambre de sombras paseando silenciosas a lo largo de la calle le saludó quedamente. Peterson, en la misma puerta, tiró nerviosamente el cigarro que fumaba a escondidas.

—¿Queda alguien ahí dentro?

—Si se refiere a esos... a los periodistas, no, señor. El inspector Pinwell les hizo salir delante de él cuando llegó el sujeto ese... Fossorit, quiero decir. No sabía que lo habían soltado, señor.

—Sí; esta misma noche. Bueno, Peterson; ya deben estar todos acostados. Que pase buena guardia.

El agente llevóse la mano al casco en señal de despedida. Percival ascendió los escalones buscándose por los bolsillos el llavín de entrada que nunca solía utilizar. Dio media vuelta a la cerradura pasando al interior y echando después el pestillo a sus espaldas, según mamá Jelly tenía estrictamente ordenado. Sorprendióle el encontrar a esa hora las luces del salón encendidas.

—Buenas noches, Percival.

El aludido sintió sus pulsaciones repentinamente torpes al reconocer la voz.

—¡Elisabeth!... ¿Cómo no está todavía acostada?

Caminó hasta la chimenea tomando asiento ante ella, todavía sin desprenderse de la gabardina. La muchacha, arrodillada en la alfombra, mostraba el rostro desencajado y lloroso.

—Elisabeth... si me dice por qué llora, tal vez pueda ayudarla... quisiera

creer que yo no tengo ninguna culpa...

—Usted ha cumplido con su obligación, Percival; todos tenemos alguna obligación, superior a nuestros sentimientos... la mía debía ser odiarle, y no puedo...

—¿Qué ha pasado, Elisabeth?

—Llegó «él»; se dijeron unas cosas horribles, y hasta hubo que separarlos —contuvo un sollozo ahogado, frotándose con un menudo pañuelo los ojos escocidos—. Creía que mi madre tenía más dignidad; cuando alguien pierde el respeto a sí mismo lo tiene perdido todo.

—Nuestros padres, son también hombres y mujeres de carne, sujetos a todas las pasiones, a todos los defectos... —la joven había escondido la cabeza sollozando en silencio—. ¿Qué más, Elisabeth...?

—¿Cómo es ese hombre, Percival...?

—¿Quién...?

—«Ese»... que vive aquí al lado — proseguía con la cabeza hundida sin atreverse a mirar a su interlocutor de frente.

—¡Ah...! Lo sabe ya, ¿eh?

La muchacha asintió levemente haciendo oscilar su melena. Macomber estuvo meditando antes de responder. En su ánimo no albergaba interés alguno por mentir. Pero dijo seguidamente lo que le hubiera gustado con toda su alma que se atuviera a la realidad.

—Es un caballero; un perfecto y honorable caballero. Posiblemente, el que ha puesto de su parte todo lo que de bueno lleva usted consigo.

—¡No querré verle nunca... nunca! —dijo roncamente.

Percival pasó suavemente su mano por los rizados cabellos.

—Es su padre; el único que ha demostrado ser capaz de sacrificarse por usted. Enfrentese valientemente a la realidad, Elisabeth; huyendo de todos, solo pretende alejarse de sí misma — respiró, profundamente conmovido —. Vamos, Elisabeth; levante el rostro y deje de llorar. Ahora suba a dormir; mañana tendrá ocasión de meditar las cosas serenamente. Los disgustos son como la niebla; vienen... desaparecen, vuelven; solo así pueden disfrutarse mejor los días de sol.

Elisabeth dejóse conducir mansamente hasta el borde mismo de la escalera; luego ascendió lentamente, con la cabeza erguida, recordándole a Percival el perfil sereno y altivo de Garret.

Estuvo fumando frente a la chimenea hasta que se le acabaron los cigarrillos. Los troncos del hogar eran ya brasas mortecinas.

Aunque todavía llevaba puesta la gabardina sintió frío. Después de depositarla en el perchero subió los peldaños, agobiado por el extraño peso de sus disparatadas ideas.

Elisabeth Singleton intentó por centésima vez cambiar de postura, buscando un acomodo entre las sábanas, que sirviera para conciliar de una vez el sueño. La tela se adhirió a su rostro húmedo de transpiración, como el tejido de una araña.

Abrió los ojos definitivamente, desistiendo de poder dormir, para enjugarse a oscuras la cara con el borde del embozo. Al hacerlo, notó su garganta seca y pastosa, embotada su lengua por una intensa sed.

Deslizó su mano sobre la mesilla, tanteando la jarra del agua. Por la ingravidez del recipiente de cristal, pudo advertir que éste se hallaba vacío. Chasqueó la lengua, contrariada, sintiendo ahora más imperiosamente la necesidad de beber agua. Sólo el tener que ir hasta el cuarto de baño para llenar el jarro, hizo que dudara un poco sobre la conveniencia de satisfacerla.

Finalmente, haciendo la ropa a un lado, calóse el batín y las zapatillas, abandonando la habitación.

El cuarto de aseo se hallaba situado al otro extremo del pasillo, casi frente al comienzo de la escalera.

La obscuridad completa del corredor, hizo que sintiera cierto oculto temor, volviendo a su cuarto para encender la luz. Con el cono de claridad dimanante de su abierto dormitorio avanzó lentamente en la penumbra.

Recordaba la situación de la llave que iluminaba el comienzo de la escalera. Deslizóse casi corriendo, pegada a la pared, con el corazón laténdole apresuradamente. A través de las puertas, las respiraciones pausadas de los huéspedes, imprimían a la tranquilidad reinante una serie de ruidos monocordes y sospechosos que la joven trató de ahuyentar.

Tropezó con el borde de la alfombra, estando a punto de caer al suelo. La puerta del baño, entornada, fue para ella como un salvavidas en mitad de la corriente. Sin poder reprimir ya su miedo, lanzóse a través de la obscuridad precipitadamente, empujando la madera sobre sus goznes, para pulsar ansiosamente el interruptor junto al lavabo.

La claridad fluorescente iluminó la estancia de baldosines amarillos, viéndose ella reflejada en el inmenso espejo sobre la pared. Su alterada expresión de miedo hízola sonreír quedamente, como si intentara infundirse valor a sí misma.

La jarra de cristal, al ser aproximada al grifo, repiqueteó metálicamente, oscilada por su nervioso pulso. Pensó que una ducha a estas horas de la noche sería un buen sedante para confortar su abatido ánimo. Dejó la jarra a un lado para refrescarse, al menos la cara. Después de varias abluciones, le pareció sentir la cabeza más despejada.

Estaba secándose el rostro, cuando, a través de la pared, llegó a ella el ruido característico de algún objeto al caer contra el suelo.

La toalla deslizóse de sus manos, sintiendo renacer el miedo que la

invadiera momentos antes; seguidamente, se dijo a sí misma, para tranquilizarse, que al ocupante del cuarto junto al baño, podía serle, como a ella, imposible dormir.

Con el jarro del agua en la mano salió nuevamente al pasillo, persistiendo a pesar de todo en la idea de dejar la luz fluorescente encendida a su espalda. En el corredor, ladeó la cabeza a su derecha, descubriendo la puerta de la habitación de al lado ligeramente entornada. Por la madera entreabierta se filtraba una raya de luz que iba a morir proyectada sobre la alfombra.

Elisabeth Singleton estuvo a punto, entonces, de gritar, dejando que el jarro se estrellara contra el suelo.

¡La habitación iluminada de donde minutos antes proviniera el ruido, era la misma que en vida ocupara el difunto Mr. Ralheight!

CAPÍTULO XI

Estuvo unos segundos indecisa en el umbral del baño, sintiendo flaquear sus rodillas. El hecho de que alguien, a esas horas de la madrugada, anduviera en el cuarto deshabitado del difunto militar, resultaba en cualquier caso singularmente extraño.

Contuvo la respiración, sin atreverse a volver a su alcoba. Durante unos instantes alentó la idea de gritar para atraer la atención de alguien; luego, semejante ocurrencia parecióle pueril, meditando sobre la posibilidad de que Margarita, la doncella, sé hubiera dejado la luz encendida después de haber entrado en el cuarto para coger cualquier cosa. En cuanto al ruido, podía atribuirse a una posible corriente de aire que hiciera golpear la puerta. Recordó ahora cómo Mr. Ralheight se había lamentado más de una vez de tener que dormir con la llave interior echada, a causa de cerrar mal su picaporte.

Se hizo todas estas reflexiones en un alarde de autodominio, intentando cimentar su valor.

«Te estás volviendo histérica como ella». La sola comparación mental con su madre, hirvióla la sangre, haciéndola reaccionar de forma inesperada.

Con el jarro de cristal en la mano, dio un paso hacia delante, empujando la puerta entreabierta.

El cuarto del difunto Mr. Ralheight mostróse a sus ojos téticamente vacío.

Pegada a la pared del fondo, la cama se hallaba recogida con el colchón cuidadosamente doblado. A su lado, adivinábase la forma de una butaca, cubierta con una improvisada funda blanca. Nada recordaba la personalidad del hombre que fuera el último en habilitar el cuarto, salvo el caballete de pintar, plegado en un rincón junto a los lienzos rotos, apilados descuidadamente como algo inservible.

Fue en ese momento cuando Elisabeth, al inclinar la cabeza, desplegó los labios en un gesto de muda sorpresa al descubrir a sus pies el objeto que minutos antes chocara contra el suelo llamando su atención.

Era un lienzo bárbaramente rajado de extremo a extremo, tensada su tela todavía a pesar del desperfecto. Agachóse para coger con la mano libre el cuadro, examinándolo detenidamente.

Con una extraña sensación de curiosidad, superior al miedo, fue hasta el escritorio, encendiendo la lámpara portátil; allí, con el foco casi encima del bastidor, paseó inquieta su mirada sobre la pintura.

El rostro de *Dorry*, Dorothy, la primera de las víctimas bosquejaba su parecido, singularmente exacto, sobre algún otro motivo pictórico que el artista desechara, recubriendo la obra inicial con este retrato que tampoco había llegado a acabar.

Elisabeth acercó más su cara al óleo, intentando adivinar el motivo que primeramente captara en la tela el militar retirado. Al final, sacó la conclusión de que fue otro retrato. En los bordes donde el lienzo había sido rajado, la pintura descascarillada revelaba claramente la marca de una segunda impresión.

Con la uña, comenzó a hacer saltar afanosamente la primera capa de color presa de un turbio presentimiento. En algunos sitios la pintura negábase a saltar, adherida a la tela.

Fueron unos minutos interminables, patéticamente decisivos para la sudorosa joven, como si con las uñas escarbara la salida al exterior desde los escombros de una mina hundida.

Al final, quedó dramáticamente al descubierto lo suficiente; lo que desde un principio (aun siendo la prueba vulgarmente sencilla) no hubiera pasado desapercibido para el menos observador.

Elisabeth presionó su cabeza con ambas manos, desencajado su rostro por el horror. Ante su mirada empavorecida, la pintura descascarillada dejaba al descubierto el trazado de un ojo; un simple y corriente ojo, magníficamente expresado en las pinceladas más brutalmente sinceras que quizá jamás el aficionado pintor Mr. Ralheight volcara de su paleta.

La joven conocía entrañablemente esa pupila, aunque no en su verdadero y repulsivo aspecto, tal y como el militar lo concibiera. Aquí su mirada era brutal, lasciva; llena de desequilibrio ludíbrico, de impudicia y

asesinato. Era la mirada de la maldad y el crimen, en el solo ojo de un Polifemo bestial.

Separóse de la mesa, temblando de excitación y miedo, sintiendo un asfixiante terror como jamás presumiera poder tener en la vida.

Casi al mismo tiempo, sonó el ruido en alguna parte.

Un crujido leve, imperceptible apenas, pero tangible y amenazador como el arrastrarse de una serpiente de cascabel.

Elisabeth retrocedió rechinando los dientes, sintiendo sus piernas ridículamente débiles. Un frío intenso, mezclado inexplicablemente con sudor, pegaba dentro del batín su pijama a la carne, igual que un sudario gélido.

El ruido avanzó; lentamente, desde fuera, emboscado en la oscuridad, siniestro y viviente cual un animal carnicero de aspecto desconocido. Elisabeth lo notaba flotando en el ambiente, con la persistencia indefinida del olor a muerto...

Ahora fueron unos pies descalzos; dos garras cautelosas pisando levemente sobre la alfombra. La joven cerró violentamente los ojos, como si con esto, entre sus párpados y la sombra asesina, pudiera establecer un tupido muro. El sudor, semejando ya gruesas gotas de lluvia, chorreábale por la cara para mojarle el cuello de la bata.

Quiso hacer un esfuerzo y gritar; gritar hasta romper sus cuerdas vocales cual fibras de quebradizo vidrio. Sólo el miedo, un pánico salvaje a precipitar la muerte inexorable, la contuvo.

Elisabeth retuvo entonces su respiración, sintiendo su propio corazón golpeándole en el pecho hasta hacerle daño... y el jadear sonoro y anhelante del asesino.

Los segundos se prolongaron en medio de una tensión salvaje, hasta que la fiera decidió abandonar su oscuro acecho. La joven vio la sombra comenzando a recortarse en la penumbra; fue avanzando solemne hacia el cono de luz como un fantasma ingrátido. Primero fueron los pies, luego el filo metálico de algo oscilante al ras del suelo, luego...

—Buenas noches, querida.

Al fin estaba allí; en el mismo umbral de la puerta; con sus dos ojos horribles y demoníacos y el rostro transfigurado en la más nauseabunda e implacable de las expresiones.

Elisabeth hizo un definitivo esfuerzo por gritar, pero su voz fue gutural y ahogada como el estertor, de un agónico. El miedo palpitó turbulentamente por sus ramificaciones nerviosas, paralizándole todos los sentidos menos el supremo instinto del pavor.

La figura anduvo lentamente hacia ella, recreándose en su dominio

absoluto; en la pesada atmósfera de crimen y horror.

—¿Por qué has tocado mi cuadro...? Es mío...

Elisabeth asintió electrizada, con la cabeza, a las palabras incoherentes, silabeadas como un gruñido anormal. La sombra avanzó más, situándose a un metro escaso de la enloquecida joven.

—Tú también... como ellas... tú también...

Empezó a reír sordamente, resbalándole la baba por el belfo colgante.

El hacha inició su fatal ascenso, rígido y brillante como un estandarte de muerte. Elisabeth dio al mismo tiempo un grito ahogado, cayendo contra la pared, desvanecida, aumentando con esto la risa embrutecida de agudo diapasón. El arma dejóse vencer unos centímetros hacia atrás, para tomar mayor impulso...

—¡Alto...!

En pijama, Percival Macomber, desde la puerta, apuntaba amenazadoramente con un revólver. Transcurridos los primeros segundos de mutuo estupor, el rostro del policía fue demudándose, transfigurado por el dolor y la sorpresa.

—Sir Percy...

—¡Suelta el hacha, mamá Jelly...!

El arma seguía apuntando al techo. Oscilaba pesadamente como la cabeza de una boa, sostenida por la dueña de la pensión; una Miss Rusell repelente, con los vuelos del amplio camisón flotando y los lazos mechones de pelo gris revueltos sobre los ojos.

—¡Sir Percy... ella es hermosa; hay que matarla... le engañará... engañará a los hombres, como «Dorry» redujo a Mr. Ralheight...! — Percival la contempló conmovido a través de sus ojos empañados en lágrimas —. ¡Él me quería a mí... me pintó un cuadro... a mí primero... luego vino ella y lo engañó... hay que matar... matarla!

Macomber intentó avanzar dos pasos esgrimiendo el revólver.

—Vamos, mamá Jelly... traiga eso; lo arreglaremos todo... ya lo verá... —intentó persuasivo, temblando la voz.

—¡No se acerque, Sir Percy... le engañará...!

La loca oprimió sus dedos como garras sobre el mango metálico arqueando su peso al compás del hacha. Macomber esperó apurando angustiado la última décima de segundo para detener el arma en su mortal trayecto.

De haber estado en su sano juicio, ella habría comprendido que jamás podría ganarle al hombre la delantera. Pero estaba loca; era, solo una vieja acabada, impulsado su cuerpo por el irrazonable ímpetu de la demencia. Así lo entendió Macomber.

A pesar de todo, no tuvo más remedio.

Quizá también fuera esa la mejor de las alternativas.

Percival bajó sus párpados antes de apretar el gatillo; luego disparó seguidamente una, dos, tres, cuatro veces hasta que el percutor golpeó en el vacío.

Contempló estúpidamente en su mano la pistola todavía humeante, hasta que el arma, deslizándose como algo ya inservible, rebotó en el suelo.

Por el pasillo se oyeron voces y carreras.

Y Macomber, ocultando el rostro entre sus manos, dejóse caer pesadamente sobre el somier vacío, sollozando desconsoladamente como un muchacho.

EPÍLOGO

La cafetera de Hogarty humeaba hirviendo como una diminuta máquina a vapor. El *Super*, después de desenchufarla dirigióse afablemente al ensimismado joven, que apoyado junto a la ventana miraba sin expresión el tránsito de la calle.

—Bueno, hijo; ya está nuestra merienda a punto. Coja su taza.

Percival vino lentamente hasta la mesa, tomando distraído el recipiente con un lacónico «Gracias, señor». El superior le miró afablemente, frunciendo los labios en una amplia sonrisa.

—Macomber, hay un refrán que dice que nunca llueve a gusto de todos; sin embargo, lo que sí es evidente es que, poco o mucho, algo siempre tiene que llover. En este caso, quizá nosotros pudimos haber evitado gran parte de la tragedia de no habernos dejado engañar por las apariencias. Un policía debe considerar a todo el mundo por igual. Mi error se amparó en el suyo al no contar entre los sospechosos a una persona tan allegada. De no haber sido así, hubiéramos sabido desde el primer momento que mamá Jelly, a consecuencia de los bombardeos, estuvo recluida durante la guerra en un sanatorio para enfermos nerviosos.

—La culpa es mía, señor; yo tenía una remota idea de algo.

—Bueno; en realidad ya no es hora de lamentarse; al fin y al cabo a usted exclusivamente se debe la... resolución del caso. El asunto queda acabado, posiblemente, con un cambio general para la vida de algunos de sus intérpretes: Nicolás Blummer está en la cárcel, y Miss Hebertway puede que nunca más confíe a ningún hombre ni sus ahorros, ni su otoñal corazón. Thomas Fosserit y la Singleton se han perdido de vista para seguir juntos amargándose la vida, hasta que alguno de los dos asesine al otro. Eso es lo mejor que le ha podido ocurrir a Elisabeth. Del resto de los personajes, desde que finalizó el asunto hace un mes, no he vuelto a saber nada. Supongo que, clausurada la pensión de mamá Jelly, andarán desperdigados por el mundo sintiéndose ahora más importantes. Resultaba curioso ver cómo el horror puede ir estrechamente emparejado con la publicidad.

¿Y la información completa del caso, señor? —inquirió Percival.

Hogarty dejó sobre la mesa su taza vacía.

—¡Ah, es cierto! Usted ha estado de permiso todo este tiempo. Verá,

existen algunos puntos en los que, para aclararlos, sólo ha intervenido nuestra deducción. Sabemos que mamá Jelly se creía cortejada por Mr. Ralheigt, ya que resulta del todo improbable que dicho señor, al tener atenciones con la dueña de la pensión, obrara impulsado por ningún afecto romántico. Este la pintó el cuadro, demostrando subconscientemente estar al tanto de la verdadera personalidad de Miss Russell. Quizá él mismo, cuando acabó su obra, se viera desagradablemente sorprendido ante el resultado, hasta el extremo de querer anular la pintura. Por esa época aproximadamente entró en el servicio la nueva e infortunada doncella, Dorothy, que inconscientemente habría de desencadenar la tragedia.

El Superintendente, sentado sobre un extremo de la mesa, sirvióse una nueva taza de café.

—Ignoramos también si Mr. Ralheigt se llegó a enamorar de la nueva doncella o esto fueron simples alucinaciones de mamá Jelly; lo cierto es que el militar cometió una lamentable equivocación, que inflamó la mecha, al pintar sobre el cuadro de Miss Russell el rostro juvenil de Dorothy. La reacción de la pobre demente fue funesta. Más tarde, cometido el primer crimen, su desequilibrio aumentó progresivamente, hasta llegar a matar sin orden ni concierto.

»La locura es a veces un animal dormido. En mamá Jelly el despertar de su desequilibrio fue funesto. La sangre le cegó. Sabemos ahora que Miss Russell, en su juventud, fue defraudada en dos diferentes promesas de matrimonio. Estos engaños en una persona normal no hubieran tenido tan macabra trascendencia, pero ella estaba enferma. La guerra dio lugar a sus primeras manifestaciones de erotómana; solo un débil síntoma. El verdadero choque sobrevino al creerse cortejada por Mr. Ralheigt, y casi a un mismo tiempo postergada por la joven y bella sirvienta.

Macomber inclinó la cabeza con aire abatido, como si su cabeza fuera de plomo y estuviera cansado de llevarla erguida sobre los hombros. Hogarty, con voz taciturna, prosiguió.

—Para su débil cerebro fue éste un golpe demasiado duro, y como en sus anteriores fracasos sentimentales, se sintió desplazada, vencida por otra mujer más joven y hermosa que ella. De ahí que todo su furor criminal volcárase sobre mujeres agraciadas con algún singular atractivo, queriendo aniquilar en las demás lo que ella jamás tuvo: belleza.

—¿Y Mr. Ralheigt...? Estaba ya muerto cuando mamá Jelly lo agredió.

—Sí; en realidad esa es la laguna a que me refería antes. Suponemos casi con seguridad que, muerta Dorothy, él no ignoraba la identidad y los motivos que impulsaron al asesino. Recuerde su aspecto sobrecogido y horrorizado. En el fondo, como militar, tenía su código del honor y es probable que se considerase responsable indirecto del asesinato. Supongo que libraría una fuerte lucha interior, sobre su deber de denunciar a la anormal mujer. Pidió el soporífero prestado a Natalie, y... si

científicamente tomó la dosis mortal, es algo que solamente Dios y él pueden saber. El resto, es solo la vulgar historia de una demente con instintos homicidas, y en algunos casos con ideas bastante definidas. Lo prueba el acto de calzar las zapatillas del griego para perpetrar uno de sus crímenes, introduciéndolas después llenas de pintura en el maletín de éste, como abrumadora prueba en contra del embalsamador.

Percival jugó nerviosamente con la taza durante unos segundos, sin levantar la cabeza. Al hacerlo, Hogarty pudo notar impresa en su cara una notable huella de cansancio.

—Creo que a pesar de su aspecto le hemos concedido demasiado descanso, muchacho; lo que usted necesita en realidad es trabajo intenso. Tengo un asunto, un buen asunto...

—De acuerdo, señor; mañana me reincorporo al servicio y tendré sumo gusto en ponerme a sus órdenes directas.

—Hasta mañana, Percival.

* * *

Henley es un bello paraje del Valle del Támesis a treinta y cinco millas exactamente del centro de Londres, donde anualmente se celebran Las Reales Regatas; acontecimiento social éste tan importante, como puedan serlo los de Ascot y Goodwood. La pequeña ciudad, está constituida por hermosas residencias donde se concentra lo más selecto de la sociedad inglesa.

Percival Macomber, con un ramo de violetas en la mano, estuvo paseando indeciso durante tres cuartos de hora, junto a una maciza verja de hierro cubierta de hiedra. Al final, tirando con rabia las moradas flores dio media vuelta, comenzando a alejarse con la premura de un fugitivo.

—¡Eh!... ¡Macomber... muchacho!

Percival paróse en seco, sin atreverse a volver la cara, para enfrentarse con la arrogante figura de Mr. Garret en persona.

Este vestía deportivamente pantalón blanco, jersey a rayas y una gorra azul de marinero. En la mano sujetaba el recientemente despreciado ramo de violetas.

—¡Vaya; parece que al fin se ha decidido a venir a visitarnos...! Yo sé quién se va a alegrar. Bueno; ya tenemos dotación completa. Participamos este año en la regata a vela. Entre Elisabeth y yo, hemos diseñado el yate más bonito que verá usted en su vida. La chica es marinera hasta en la forma de andar. Yo ahora voy al embarcadero; por si no lo veo antes de que se marche, sepa que le esperamos a almorzar el próximo sábado... bueno... ¿a qué aguarda...? ¡Adelante...!

Percival sonrió con turbación a Garret; un Garret nuevo, apuesto y

feliz, rezumando jovial vitalidad. Sin acertar a expresar nada, estrechó la mano que el otro le tendía, dando luego media vuelta atropelladamente.

—¡Percival... que se olvida usted esto!

Le tendió el ramo de violetas manchadas de tierra.

Traspuesta la verja, el jardín que seguidamente atravesara Macomber, fue más grande e intrincado de lo que su humana paciencia podía ya soportar. Paradójicamente, y por segunda vez en pocos minutos, vióse sorprendido por un segundo habitante de la casa.

—¡Percy...!

Elisabeth, con un pantalón corto y tocada la cabeza por un amplio sombrero de paja, arreglaba varias macetas de flores junto a un invernadero. El policía, con su manojo de ajadas violetas en posición de firmes, la vio radiante como de niño suele imaginarse la aparición de un hada.

—¡Percy; qué alegría...! ¡Oh, qué bonitas flores... gracias Percy, has sido muy atento!

El muchacho, confusamente, intentó esconderlas tras su espalda.

—Ve... verá... están pachuchas... él... el viaje...

—¡No; son preciosas! Vamos adentro, y así podremos hablar; estoy lo que se dice impresentable.

Percival, a esta última observación negó violentamente con la cabeza. Luego ella, tomándole del brazo, le condujo hasta el interior de la magnífica residencia.

Fue una tarde aciaga para Macomber, sintióse dentro de la casa como embutido en el caparazón de una tortuga. Bajo la desconcertante mirada de Elisabeth llevaba hablando de sus antepasados casi dos horas...

—No le he dicho aún algo, Miss Elisabeth: mi tío me ha asignado, una pensión anual de dos mil libras. Cree que he hecho alguna heroicidad en pro de Inglaterra.

—¡Oh! ¿Entonces piensa abandonar la policía?

—No, no, desde luego que no. Bien mirado, yo creo que mi honorable abuelo Harold Macomber, de haber vivido en la presente época, hubiera considerado ésta una ocupación apasionante. Ya mi bisabuelo el vizconde de...

—Percy...

Fue una interrupción cadenciosa y envolvente como una ducha de esencia. Macomber se aferró a la oratoria taponando sus oídos al *canto de la sirena*, sintiéndose por vez primera en su vida insignificamente pequeño.

—Pues... sí... mí... mi ¿qué...? ¡Ah, sí; el vizconde! El vizconde de Leicester... tenía...

—Percy...

Esta vez hizo su llamada apoyando una mano cálida sobre la de Macomber, sintiendo el joven un inexplicable cosquilleo eléctrico, como si su esqueleto fuera de alambre.

—Mi... mi abuelo... mí... mi vizconde... digo...

Pero no dijo nada.

Elisabeth tuvo que taparle la boca, poniendo sobre ella sus propios labios, para que, por unos instantes, unos deliciosos e interminables instantes, Sir Percival Macomber, quinto Barón de Blandford, Conde de Leicester y Caballero de la Orden de Saint-Albano, dejara temporalmente en paz la historia de Inglaterra.

FIN

¡UN CADAVER EN EL AGUA!

*era la señal convenida
para llevar a cabo el
mayor sabotaje regis-
trado después de la
Guerra Mundial! Bajo
la máscara trágica y
grotesca de*



UN CADAVER EN EL AGUA

se ocultaba el más audaz y tenebroso plan de la post-guerra: ¡El hundimiento de la flota americana en aguas de Nápoles!

UN CADAVER EN EL AGUA

es el título que a esta sensacional y emocionante novela ha dado el inteligente y dinámico escritor

J. DIXON

quien, a través de un argumento intenso y escalofriante, le llevará a usted, amigo lector, a una colosal aventura... ¡junto a la más hermosa mujer de Europa!

COLECCION SERVICIO SECRETO

le ofrecerá esta magnífica novela en su próximo número.

¡No deje usted de leerla!

Precio: 5 ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

393. — Fidel Prado

LA RAZON EN EL "COLT"

COLECCION "BUFALO"

90. — A. Rolcest

FURIA SUELTA

COLECCION "PANTERA"

27. — Anthony G. Murphy

EL MEJOR HOMBRE MALO

COL. "SERVICIO SECRETO"

257. — Charles Mitchell

EL CANTO DEL HACHA

COLECCION "LAUREL"

42. — MANUEL GUTIERREZ NAJERA

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

26. — BAILES MODERNOS

A 5'50 pts.

COLECCION "PIMPINELA"

452. — Matilde Redón

EL SECRETO DE DOVER

COLEC. "MADREPERLA"

348. — Luis Masota

ROSA DEL TIROL

COLECCION "ROSAURA"

292. — Isabel Salueña

AMARGA RAZON

COLECCION "AMAPOLA"

178. — Corín Tellado

QUIERO TU AMOR

COLECCION "ALONDRA"

131. — Armando Sandoval

FORJA DE ILUSIONES

COLECCION "CAMELIA"

72. — Concepción León Ruiz

DOS MUCHACHAS EN APUROS

COLECCION "ORQUIDEA"

42. — Sergio Duval

ALMA DE FUEGO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires



¡Hágase admirar de sus amistades, demostrando su dominio y habilidad en todos los

BAILES MODERNOS I

Ello le será extraordinariamente fácil de conseguir, leyendo y aplicando a la práctica el contenido de este sugestivo e interesantísimo volumen:

BAILES MODERNOS

En sus páginas hallará todo lo relacionado con la danza, desde sus orígenes hasta nuestros tiempos, a través del vals, el tango, la rumba, el fox, el bolero, la guaracha, el baião, etc.

¡Un libro absolutamente indispensable para quienes deseen lucirse en los

BAILES MODERNOS

y el más extenso y completo publicado hasta la fecha!

COLECCION POPULAR

se lo ofrece a usted esta misma semana

¡Sólo cuesta 5 ptas.!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



¡Cada escena un impacto de emoción!

¡Cada cuaderno una aventura apasionante!

BISONTE GRAFICO

¡La colección del Oeste más completa y emocionante de todos los tiempos!

BISONTE GRAFICO

en cada uno de cuyos cuadernos quincenales — de acción al rojo vivo, dinamismo, intriga y amor — aparece el siguiente contenido:

- * UNA AVENTURA LARGA COMPLETA.
 - * Un apasionante episodio de "EL JUSTICIERO ERRANTE".
- y la sección de alto valor documental:
- * A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA.

¡Todo ello por sólo 1'25 ptas., precio de cada cuaderno!

PIDALO A SU HABITUAL PROVEEDOR O DIRECTAMENTE A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*¡He aquí un libro que
le ayudará a conservar
o recuperar su salud!*

DIGESTIONES DIFICILES

Su interesantísimo contenido le revelará a usted la decisiva influencia que el estómago ejerce en la salud y el organismo en general, dándole a conocer a la vez todo lo relacionado con dicha viscera: úlceras, hipercloridria, dolores estomacales, regímenes para enfermos del estómago, etc. Y además, los siguientes artículos:

- * COMO CONSERVAR LA JUVENTUD
- * COMO CURAR LA HIPERTENSION
- * HIGIENE DE LA MENTE

¡y otros muchos, de supremo interés para usted!

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

le ofrece, esta misma semana, el utilísimo volumen:

DIGESTIONES DIFICILES

¡Un libro que le resolverá todas sus dudas!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Precio: 15 ptas.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Peggy Cummings

N.º 85

Esta actriz inglesa, nacida hace veintiocho años, debutó en la película "Ambicioso", de la Fox, junto con Linda Darnell. Últimamente ha interpretado "El dominio de las armas".

Foto de la película "LA LOTERÍA DEL AMOR", CHAMARTIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3/50

- {1} *Diminutivo de Dorothy.*
- {2} *Despacho de bebidas.*
- {3} *Asado de cordero.*
- {4} *Gimoteo.*
- {5} *Lord Botella.*
- {6} *Familiarmente abreviatura de superintendente.*
- {7} *Los Cuatro Grandes.*
- {8} *Jelly, gelatina.*
- {9} *Producto empleado para embalsamar cadáveres.*
- {10} *Título equivalente a Jefe Superior de Policía.*
- {11} *Nombre familiar que se da en Inglaterra a los agentes uniformados.*
- {12} *Apelativo con que popularmente se suele designar a los agentes de policía*
- {13} *Casas de pensión.*